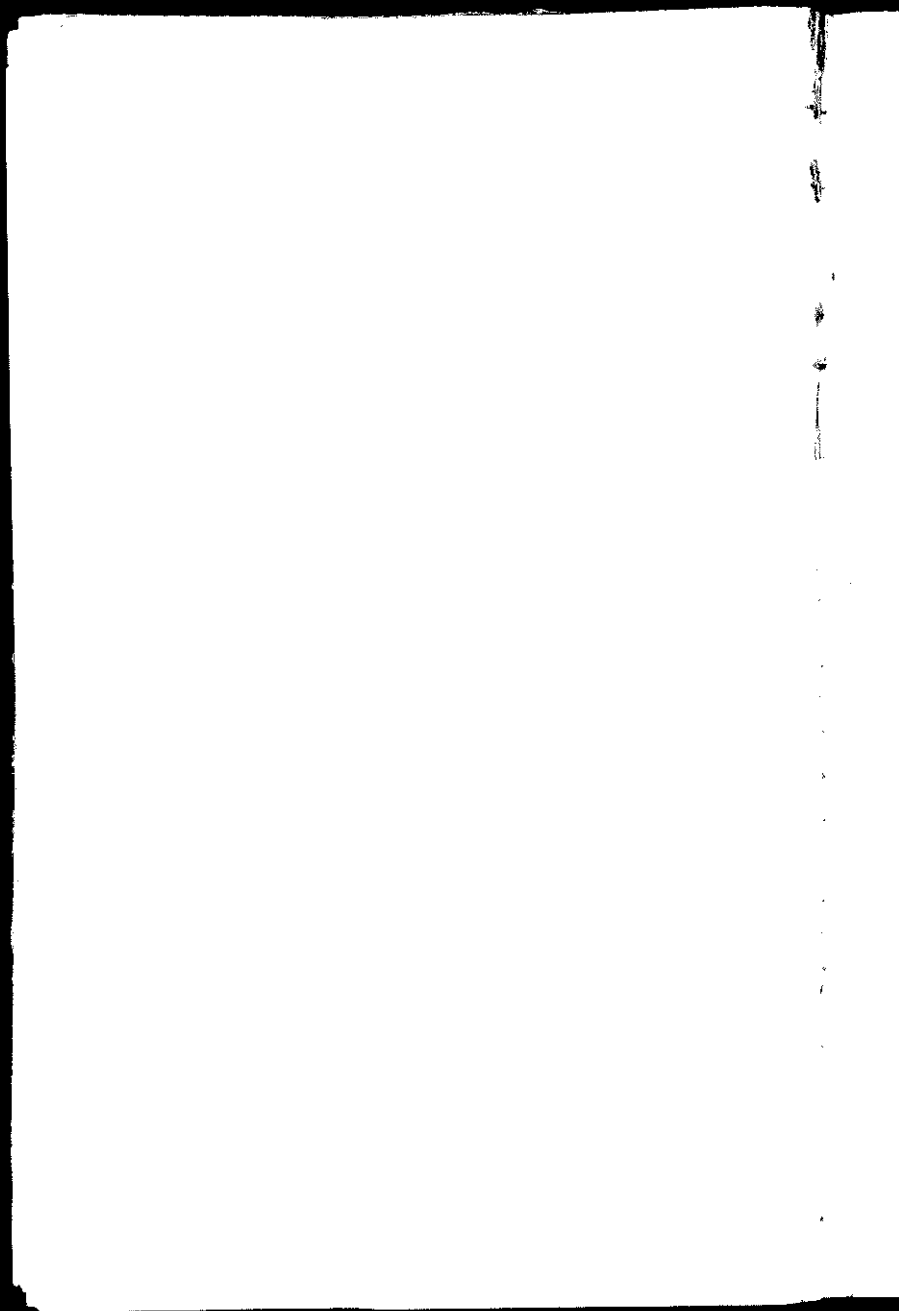


POESIAS

DE

DON JUAN BAUTISTA ALONSO.



R. 140876

POESÍAS

de,

Don Juan Bautista Alonso,

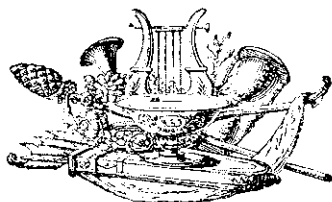
INDIVIDUO

DEL COLEGIO DE ABOGADOS

de Madrid.

In te mihi habeo.

VIRGO



MADRID:

Imprenta de Don Tomas Jordan,

1834.

1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

Los versos que me atrevo á dar á luz, son en la mayor parte fruto de mis primeros años juveniles; y no los presento al público sino con la desconfianza propia de la edad de la razon. No es mi ánimo disculparlos, manifestando que representan una ocupacion laudable y honrosa, ya que no interesante, del escaso tiempo que me han dejado libre mi azarosa vida privada y mi pública carrera literaria. Espero, sin embargo, que la critica no descargará tan pesadamente la mano sobre ellos, como suele hacerlo con las obras que aspiran al renombre de modelos. Sé que en mis composiciones se notarán sin dificultad graves defectos; y no desconozco yo por cierto muchos de los que tienen, y que no he corregido (lo confieso con ingenuidad) por falta de humor y de paciencia; pero me daré por satisfecho si los lectores vislumbran alguna belleza en medio de tantos lu-

*nares, y si quieren honrarme diciendo:
"estos ensayos poéticos, ya que no pre-
vengan á su autor un distinguido lugar
entre los alumnos de las musas, han de-
bido allanarle la senda para el ejercicio
del difícil arte de la palabra."*

Al Señor

Don Manuel María Cambronero (*),

Quinceaño.

Soneto.

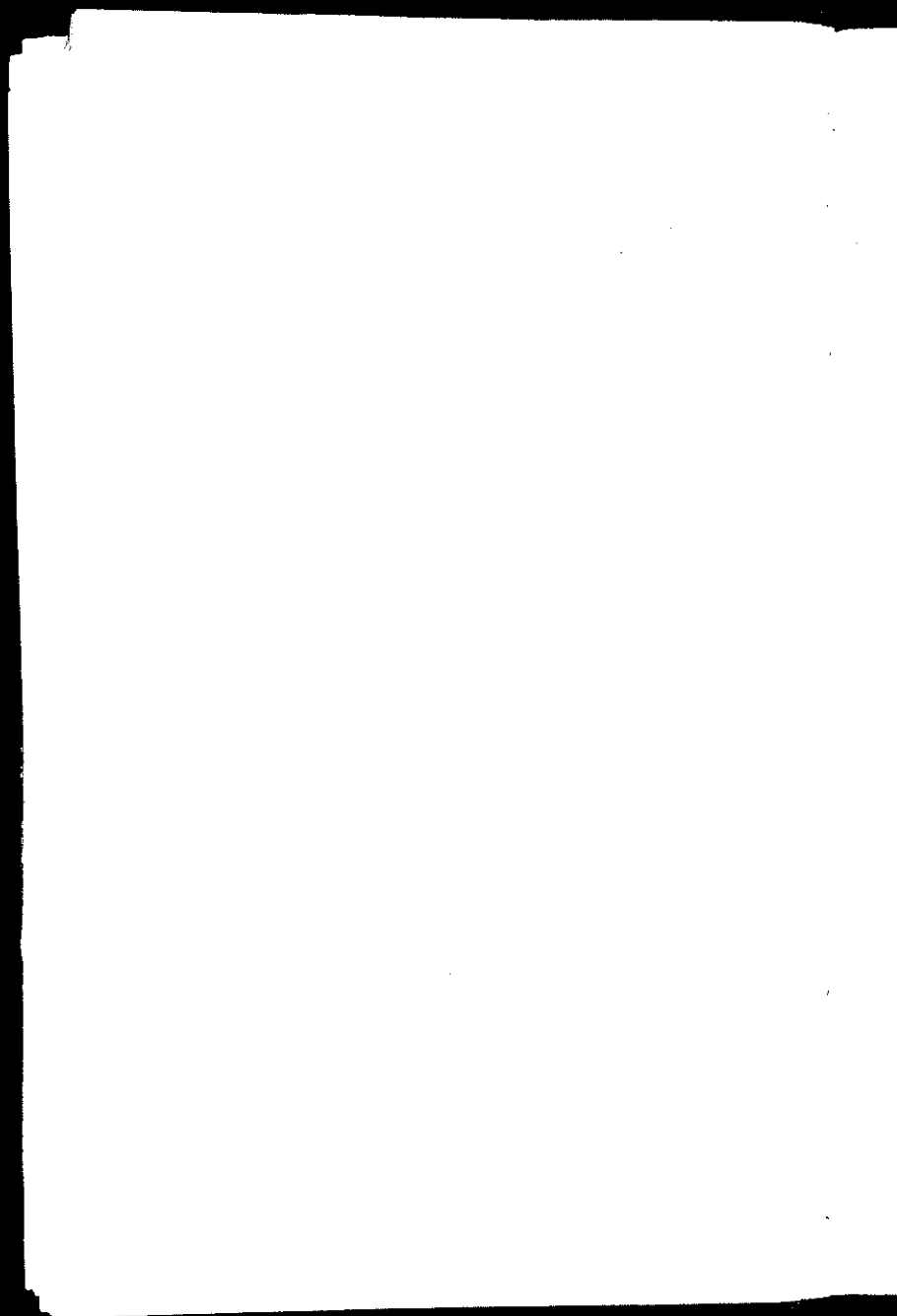
A ti que la gloriosa muerte impía
Cantaste de aquel Régulo severo,
Que atormentado en el suplicio fiero
Por la Patria muriendo sonreía:

A ti, prestigio de la mente mia,
Filósofo, orador del pueblo ibero;
A ti que disipaste placentero
La nube que mi frente oscurecía:

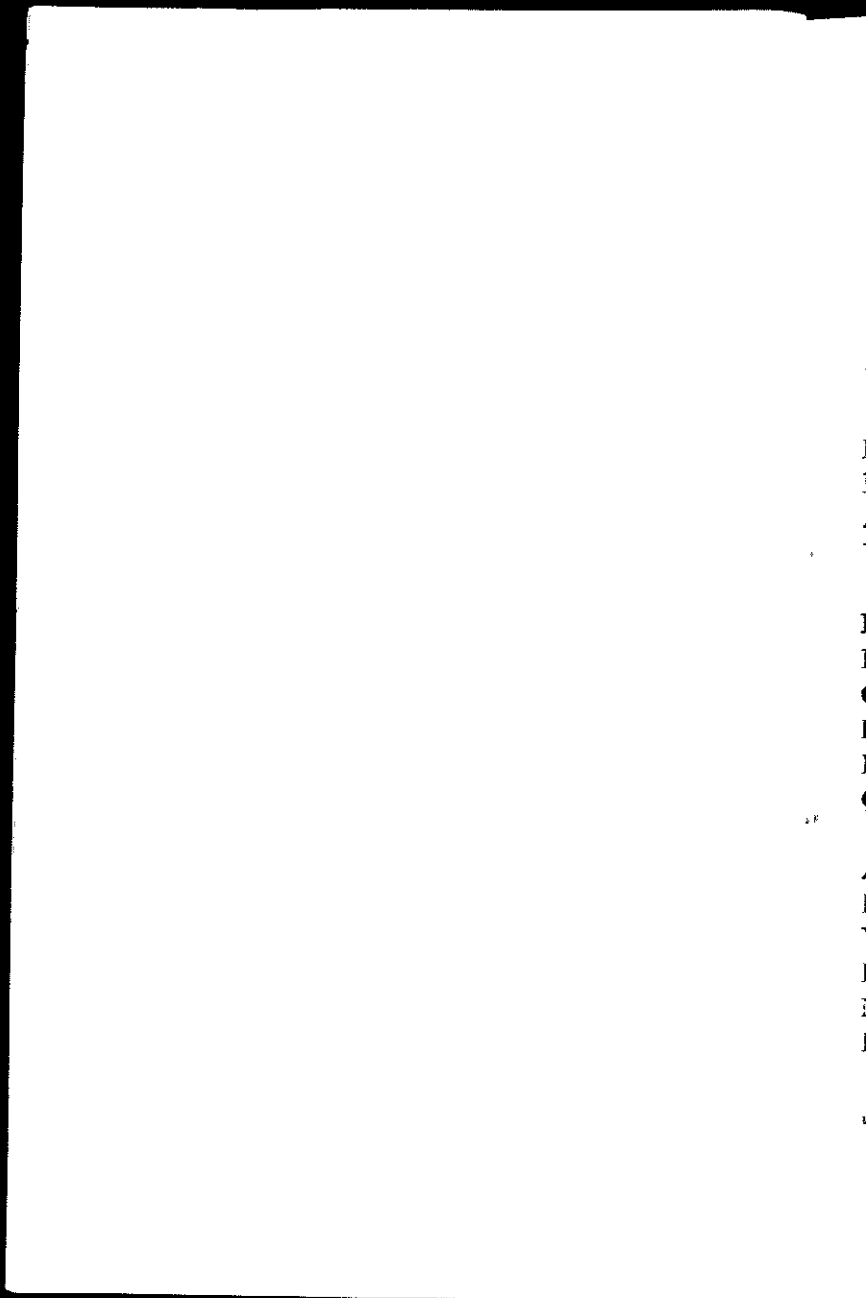
Yo te consagro en débiles cantares
Las primicias del genio, ó dulce Fabio,
Que templaron mis bárbaros pesares.

Si las honré tu indulgente labio,
Desde mis pobres y escondidos lares
Veré tranquilo el envidioso agravio.

(*) Muchos años antes de la muerte de este tan justamente celebrado español, acontecida en 5 de enero del presente año de 1834, se halla compuesto el *Soneto* que el lector tiene á la vista.



0043.



*Que la instruccion es la mejor y la mas
durable de las riquezas.*

¡Cuán grande, y cuán magnífica resuena
En este asilo santo (1),
Como la voz del cielo poderosa
La voz sublime que Epitecto envia
Desde el trono del sol resplandeciente,
A do nace entre aljófares el día
Y á las oscuras playas de occidente!

¿No ois su voz que eternizó primera
Delante las naciones
El alto don que al pensamiento engríe,
Cuando al tronar la tempestad del mundo
Estremeciendo y quebrantando el polo,
La envidia acecha con dolor profundo
Quedar ileso el pensamiento solo?

¡Ah! sí: que en vuestros férvidos semblantes
A la verdad atentos
El rayo de la luz sin mancha brilla
Y el fuego audaz del entusiasmo brota,
El alma al ser de la virtud alzando,
Mientras ufano el corazon agota
El vaso de la gloria, palpitando.

(1) Colegio de Humanidades de la calle de la Madera en esta Corte.

Ya un nuevo acento vengador repite :
 En su delirio insano
 Desnuda el orbe á la ambicion sus armas :
 ¡Mas ay! en vano conquistar procura
 Cuanto por falso prisma ven sus ojos :
 Que el triunfo de su bárbara locura
 Del fuego universal son los despojos.

Sobre la mies del heredado campo ,
 Lanzándose el torrente ,
 Al dueño roba el pan de su alimento.
 En las hondas entrañas de la tierra
 El hirviente huracan fiero retumba ,
 Los montes abre y prometiendo guerra
 Naciones altas al no ser derrumba.

El mar estiendo sus inmensos brazos
 Y esconde en el profundo
 Del poderoso suelo la riqueza ;
 Y en medio á tantos sepultados bienes
 Voga el diamante que costó mil vidas
 E imperios mil á coronadas sienes ,
 A estéril polvo luego reducidas.

¿Qué vale el oro amontonado al oro
 Si en honda pesadumbre
 El pecho avaro y corrompido abisma?
 ¿Qué vale el empinado señorío
 Si el pastor afrentado en su cabaña
 Rompe el silencio y despertando al brio ,
 Pone al señor bajo su justa saña?

El cetro engañador de la fortuna ,
 Idolo bello y falso ,
 Ora convierte en ásperos abrojos
 De pena y muerte las cuidadas flores ,
 Dulce gloria del mundo y esperanza ,
 Y ora se aplice en prodigar favores
 Al que juguete fue de la venganza.

No hay bien seguro ante su trono instable.
 El que acatar debiera
 Suelo de bendicion tala y devora.
 Allí fabrica una corona al crimen
 Y aquí ¡ por ella ! en funeral quebranto
 Los hijos de la paz temblando gimen ,
 Y vierten justo y compasivo llanto.

Pero tanto poder , tamaña afrenta
 Que indestructible alcanza
 Desde el redil hasta los aúreos techos ,
 Robar no puede al hombre amedrentado
 El luminar de la razon divina ,
 Que en el centro del alma resguardado
 A la imágen del cielo se avecina.

Tu sola , ó luz de los sentidos , eres
 El benéfico campo
 Do el estudioso afan el fruto siembra
 Con que al dudoso por venir responde
 El alumno á Minerva consagrado ;
 Y tu la fuente cristalina en donde
 Se purifica el mundo atormentado.

A tí no llega la ambicion sañuda :
 Tus rosas no se agostan
 Al soplo de los vientos bramadores.
 Y cuando el orbe á los abismos llega ,
 Y orbes de sangre fraternal levanta ,
 Pueblos y reyes , la razon os queda
 Con que la nube del dolor se espanta.

Hijos de salvacion , España os guía
 Bajo un cetro seguro
 De amor y paz con el favor del cielo
 A los lejanos templos de la fama :
 Un nuevo oriente nos mostró el camino ,
 Y el noble grito del honor nos llama
 A cumplir los decretos del destino.

A los cuidados maternos dando
 El suave tributo
 Miremos ¡ ay ! á que en los dulces lares ,
 Probando el beso maternal de gloria ,
 La imágen de la patria nos sonría ,
 Y al menos sepa el orbe en nuestra historia
 Que Iberia á la virtud sus hijos cria....

Virtud , nombre sagrado y respetoso ,
 Lumbrera de los justos ,
 No temas , no , que con estrago y sangre
 Tus venerandas aras profanemos ,
 Ni á la calumnia vil , ni al ódio infame
 Abrigo nunca ni esperanza demos ,
 Aunque el infierno amenazando brame.

Arrebatarnos puede en sus furores
 La injuria de la suerte
 Los bienes , sin defensa aventureros :
 ¿ Mas cómo puede anonadar la herencia
 Del ingenio felice cultivado ,
 Si invulnerable espíritu es la ciencia
 Aunque el sabio en su honor gima ultrajado ?

El á la soledad lleva consigo
 Su riqueza invisible ,
 Y á los extraños reinos y apartados.
 Su riqueza es su voz ; y donde quiera ,
 Fijando solo y fuerte sus reales ,
 El mundo todo en júbilo le espera
 Con mas que sobra á disipar sus males.

En medio de la corte estrepitosa ,
 En las calladas selvas ,
 Del modesto saber acompañado ,
 A la dicha sin término se entrega ,
 Y con sublime y puro entendimiento
 Al corazon de los imperios llega ,
 Y sube al chapitel del firmamento.

Unico , justo y perdurable encanto ,
 Antorcha santa y pura ,
 Del mísero mortal consuelo cierto ,
 Si en mí clavare el encorvado diente
 La sierpe de la envidia venenosa
 ¡ Ay ! tú seras el bálsamo clemente
 Que me cierre la herida lastimosa.

En medio del espanto y la tormenta
 Que atropella los siglos
 Con el peso del mal desnivelados ,
 Tu sola , libre del infando yugo ,
 Al hombre triste en su ventura pones :
 Que al soberano Dios del rayo plugo
 Defender de la muerte tus pendones.

En la tumba de Sócrates divino
 Oigámosle su acento ,
 Y entre el clamor de la lisonja humana ,
 Cual pretendemos parecer , seamos :
 Que en la abrasada arena del desierto
 No reverdecen los agenos ramos ,
 Ni exala aromas el clavel ingerto.

Al resonar sobre el postrero aliento
 Con pavoroso ruido
 De la tremenda eternidad la hora ,
 Tranquila entonces desde el triste lecho ,
 El alma fiel se exalará en la vida :
 Que solo altera al delincuente pecho
 La espada de Damocles suspendida.

Así á la voz de Dios , que el trueno imita ,
 La tierra se deshace ,
 Y el rayo abrasador , lloviendo mares
 De fuego , pone espanto en el impío ;
 Cuando el justo , á sus dichas entregado ,
 Se mira , huyendo el paso del desvío ,
 Entre las manos del eterno alzado.

Con motivo de la prematura muerte de la hermosa Doña María Zavala, esposa de Don Miguel Ortiz, mi amigo.

..... Miserere laborum
tantorum, miserere animi non digna ferentis.

VIRG.

¡Qué sombra tenebrosa
El esplendente Olimpo ennegreciendo
Mis tristes ojos asustados ciega!
¡Qué macilentas nubes me circundan!
¡Ay infeliz! ¿me siento
En la mansion del avernal tormento?

Bulle cárdeno el rayo:
El tremendo rugir del ronco trueno,
Al estallar sus cóncavas cavernas,
Las celestiales cimas estremece
Y entre el inmenso ruido
Se oye á lo lejos funeral quejido.

La luna en raudó vuelo
En sus moradas lóbregas se esconde:
Pálido el sol y muribundo, apenas
Débil en torno de su sólio alumbra.
Mustio la frente humilla:
Solo la antorcha de la muerte brilla.

¡Qué es, ay, de mi inocencia! . . .
 Late mi corazón amedrentado. . . .
 Todo tiemblo y fallezco. . . . El llanto corre
 Por mis mejillas lánguidas. . . . Envuelto
 En horrible sorpresa,
 Mi amarillento labio el suelo besa.

¡Acaso la gigante
 Fantasma atroz de la ilusión mentida
 Mis ojos engañó! Recobra, Anfriso,
 Recobra en calma el sofocado aliento.
 ¡Cielos! ¿qué imagen fiera
 Entre lúgubre horror mi pecho altera?

En lecho pavoroso,
 Al borde del hondísimo sepulcro
 Exalando los últimos alientos
 Gime la reina del amor postrada.
 Las parcas la rodean,
 Y ya su presa arrebatarse desean.

Con íntimos sollozos
 Las Gracias melancólicas desvían
 Del lecho funeral la faz llorosa,
 Y entre sus manos con temblor la ocultan,
 Mortales presintiendo
 Del perdurable mal el golpe horrendo.

¡O Cintia, triste Cintia!

¡Que invisibles cadenas te sellaron
Los labios de carmin! ¡Cuál densa niebla
Empañó de tus ojos brilladores
La luz esplendorosa
Que anublára del sol la llama hermosa!

¿Nos dejarás en llanto

Al seno huyendo de las hondas tumbas?
Si no te ablanda mi ferviente ruego,
Las ansias vé de tu infeliz esposo
Que tiende á ti los brazos
Y en ellos muestra de tu amor los lazos.

¡O Cintia! ¿no respondes?

¡La congoja mortal, el misterioso
Recuerdo horrible del sepulcro eterno
Tu lengua embargan! ¿En tu seno amante
Se apagó ya la hoguera
Que contra el voto del destino ardiera?

El manto de la muerte

Descoge airada la insidiosa parca:
Con él enluta el pavimento oscuro;
Y entreabriendo los párpados sombríos
Cintia á su Delio mira,
Y entre sus brazos, sonriendo, espira.

Así en oscuro templo
 Donde el silencio sepulcral domina,
 La agonizante lámpara vislumbra
 Sus moribundos trémulos reflejos,
 Mientras su luz se abuyenta
 En desiguales pausas soñolienta;

Y al consumir, oculta
 Entre las sombras de la negra noche,
 Último resto del fulgor dudoso,
 El tibio gérmen de su triste vida,
 Fugaz vigor adquiere
 Y súbita creciendo, alumbra y muere.

¡O furias del averno!
 ¡Crudas, horrendas, execrandas furias!
 ¿Cobróse ya vuestro anhelar impío?
 ¿Con alborozo criminal la nueva
 De la víctima triste
 Habreis al oro de llevar? No existe.

Tu gloria, ó mónstruo, es vana;
 Solo el instante de la muerte dura;
 Cintia volóse á la mansion celeste:
 Su sombra solo en galardón te queda;
 ¿Por qué con dura saña
 En Cintia hundiste la infernal guadaña?

¡Si en pavesas volvieras
 El lecho del adúltero callado!
 ¡Si el cuello del avaro empedernido
 Oprimiesen tus garras inclementes!
 ¡Si hundieras en la nada
 De la calumnia la fatal morada!

Mas tu robaste al mundo
 La mas brillante flor de Manzanares ,
 La bella entre las bellas mantuanas ,
 El modelo de amor , un pecho ardiendo
 En la virtud mas pura
 Y un alma fiel de sin igual ternura.

¿No ves tu crimen fiero?—
 ¿Y el doble crimen que en perpétuo llanto
 Anega el corazon? O parca horrible,
 Atiende , atiende estremecida , y rasga
 Tu miserable seno
 Ya de furoros y venganzas lleno.

Tú , sañuda rasgando
 El nudo conyugal que firme unia
 El corazon de Cintia enamorado
 Al feliz corazon del blando Delio ,
 Por herencia le dejas
 La enlutada viudez , las vanas quejas.

Tú á Cintia le robaste ,
 Y con su Cintia el divinal contento
 Y las queridas flores suspiradas ,
 Del ardoroso amor fruto inocente
 Que ya el seno encubria
 Y al esposo y la patria prometia.

Guerreros , magistrados
 Tal vez hundiste en el sepulcro horrendo :
 Tal vez robaste al angustiado mundo
 Otra amable beldad consoladora ,
 Y en ella mil amores ,
 Bálsamo de la angustia y los dolores :

Que en amor rebosaban
 Complacidos los cámlidos esposos ;
 E inflamados de noble patriotismo ,
 Patriotismo y virtud y honor y gloria
 Al placer imprimian
 Cuando la copa del placer bebian.

¡ O parca inexorable
 De crímenes sin fin honda espelunca !
 Todo lo has hecho tú , segando ansiosa
 En los campos de amor embellecidos
 La rosa mas ufana ,
 Del pensil de Cíteres flor temprana.

A Delio ataste al carro
 De la perpétua soledad que llora :
 El no verá ¡ infeliz ! los tiernos hijos ,
 Que de la vida en el umbral murieron ,
 Acariciar su frente
 En la hora estiva del agosto ardiente.

Al ver la prole agena
 Jugar alegre en las campiñas verdes ,
 Y al halda de la madre embebecida
 Llevar manojos de silvestres flores ,
 Recordará á su esposa ,
 Y nuevo llanto verterá en su losa.

En la vejez cansada
 A los presticios juveniles muerta
 ¿Qué tranquilos placeres sucesores
 Del perdido deleite impetuoso
 Alegrarán sus años
 Robándole al dolor de los engaños?

¿Qué hermosa mantuana
 En que la sangre de sus venas corra ,
 Le peinará las canas dulcemente ,
 Sus venturosos tiempos recordando?
 ¿Qué imberbe nietezuelo
 Dará , saltando , á su penar consuelo?

¿Qué fue de aquella Cintia
 En quien, ó Venus, tu esplendor fiabas?
 Tu escelso amparo la infeliz pedia;
 ¡Mas ay! las parcas desde el hondo averno
 Quiebran tu ceño de oro
 Arbolando el pendon de muerte y lloro.

¿Cuál premio merecieron
 Tus esclavos de amor que á amor brindaban
 De la afliccion sobre el abrojo impío?—
 Eterna muerte y servidumbre eterna.—
 ¡Ah! de justo despecho
 Arde un volcan en mi tronante pecho.

Romped, Cisnes de Mantua,
 La lira en que de Venus los loores
 Entre el aplauso universal sonaron,
 En los tranquilos pechos encendiendo
 La cautelosa llama
 Que á mi pesar el corazon me inflama.

Mi dulce plectro de oro,
 Que hirió el laud del inmortal Batilo,
 Al fuego destructor es dulce ofrenda.
 No mas cantar á la deidad mentida.
 En lira mas sublime
 Cantemos solo á la virtud que gime. . . .

Apenas himeneo ,
 El santo amor y la virtud premiando ,
 Del tierno Delio y de la tierna Cintia
 El lecho conyugal sembró de flores ,
 Las flores ya inodoras
 Se tornaron espinas punzadoras.

Apenas los esposos
 Tras largo afán que con placer olvidan ,
 A las sublimes frentes enlazaron
 El reñido laurel de la victoria ,
 De la consorte bella
 El orco apaga la naciente estrella.

Asi la osada náve,
 Entre opuestas borrascas combatida ,
 Pudo arribar al engañoso puerto
 Cuya aparente calma le consuela ,
 Y surta, el mar la amaga ,
 Y áncora y nave y marineros traga.

¿Quién ya , pérfida diosa ,
 De tu poder esperará sus glorias ,
 Si con baldon del universo olimpo
 El cetro del amor abandonaste ,
 Y destronada lloras
 A merced de las parcas triunfadoras ?

Tus efimeros dones
 Amargo encubren el letal veneno
 Que incauto bebe el amator perdido.
 ¿Do estan, do estan las sempiternas dichas
 Que á la passion ofreces ,
 Si tu tambien con la passion pereces ,

Como el reptil dañoso
 Que en la estacion de fuego ardiendo vuela ,
 Por saciar sus mortiferos placeres ;
 Y cuando se une á la consorte alada
 En la tostada tierra ,
 Su gozo acaba el aguijon que afierra?

Mas tú, Delio , suspiras ,
 Y la amarilla palidez te encubre
 El brillo juvenil del rostro hermoso :
 Vierten tus ojos el amargo llanto
 Del corazon herido ,
 Y prorumpes en fúnebre alarido.

¡ Ah! no al cielo maldigas ;
 No invoques nunca los funestos manes ,
 Y en lágrimas de amor tus iras vuelve ,
 Digna oblacion de la viudez sentida.
 Tu lloro aguarda el mundo ,
 Y á tu gemir retemblará el profundo.

No rindas con tu muerte ,
 Otra víctima al orco macilento :
 De la inmortal Sofía visitando
 Los recónditos templos misteriosos ,
 De tu esposa adorada
 Darán ofrenda á la ceniza helada.

Los manes de tu Cintia ,
 El ponderoso mármol levantando ,
 Verán cuál alzas la orgullosa frente
 Donde la enseña de la patria ostentas ,
 Y en noble señorío
 Reirán triunfantes del infierno impío.

Y si Mavorte fiero
 El estandarte sedicioso ondea
 Sobre los altos riscos de pirene ,
 El español corage provocando ,
 Y con mirar ceñudo ,
 Soberbio embraza el rutilante escudo ;

Tú , ardoroso evocando
 La augusta sombra , á los combates duros
 Sabrás volar con inmortal denuedo ;
 Y á tu potente voz y al brazo armado
 Dará invencible brio
 El mudo acento del sepulcro frio.

Mas ¡ay! ¿qué nuevo espanto,
 Qué despechado frenesí te agovia?—
 Ya no veré, me gritas lastimoso,
 No veré nunca á mi adorada Cintia;
 Me la robó la tumba:
 ¿No es justo Anfriso que al dolor sucumba?—

Tambien, Delio querido,
 Me es dado á mi gemir: tambien mi llanto,
 Tributo á la amistad y á la hermosura,
 Corre á inundar el sacrosanto asilo
 De mi cara Filena,
 Y calmo así la devorante pena.

Ven, mi adorado amigo:
 Contra tu débil rostro enagenado
 Dame que el mio sollozando oprima.
 Recibe mis suspiros dulce muestra
 De la amistad ferviente
 Y del sensible corazón doliente.

Mis lágrimas amargas
 Se mezclarán en caudalosa fuente
 Con tus amargas lágrimas: entrambos
 Sintamos juntos la profunda pena,
 Y en el acerbo duelo
 Mutuo será el dolor, mutuo el consuelo.

Un día nuestros males
Y el insufrible horror disiparemos :
Que Jehová que á los hados rencorosos
Concediera del rayo el poderío ,
Dió bravura al humano
Para apagarle en su pequeña mano.

Y cura el tiempo , pio ,
Las vivas llagas del dolor profundas :
No se complace en el tormento el cielo ;
Mas ; en la dicha del mortal ! se engrie ,
Y tras de un mal forzoso
Le prodiga mil bienes generoso.

¿ Y piensas que la muerte
Roha por siempre tu mejor tesoro ?
¿ Qué el hado infando para siempre agosta
La desmayada flor de la belleza ?
¿ Qué siempre entristecido
Irás al carro del dolor uncido ?-

Cuando el eco espantoso
Del celeste clarín sonando vuela ,
Y recorra los tímidos lejanos
Del ancho mar , y los opuestos polos ,
Las losas revolcando
Y las cenizas muertas animando ;

Tu Cintia peregrina

A la luz volverá su rostro hermoso
Con su virtud y su candor primero ;
Y del infierno inmenso triunfadora ,
Hollará con su planta
De las tartáreas sierpes la garganta.

Entonces mas ardientes

Del santo amor renovareis las glorias :
Entonces , sí , que en inmortales lazos
Se unirán vuestros tiernos corazones
Con perenal contento ,
A no mas recelar del vil tormento.

Tal es la ley suprema :

Mas ora entre los bosques solitarios
De tu adorada respetable albergue ,
En lúgubres endechas entonemos
Mil himnos dolorosos
A los tranquilos manes silenciosos.

En torno de la tumba

Los callados cipreses levantando
Hasta las nubes las sobervias copas ,
Darán respeto á la mansion de Cintia ,
Y el cesirillo en ellas
Repetirá , gimiendo , tus querellas.

Y las caras cenizas
 De rosas y azucenas plantaremos,
 Que regarán las abundosas fuentes
 De nuestros tristes ojos noche y día,
 Y con tan bellas flores
 Crecerán en la tumba los amores.

Y al espicar su aroma,
 Recibirás el delicioso aliento
 Que en el lecho nupcial tierno bebías,
 Y aspirarás el alma bella y pura
 De tu Cintia querida
 En blanda tierra sepulcral tendida.

Deja, pues, que del orbe
 Se desquiciea los ejes diamantinos:
 Que los cimientos del infierno estallen
 Y que la envidia macilenta grite
 Que cesó su amargura,
 Al espirar la flor de la hermosura.

Que las sañosas parcas,
 A la tierra infeliz moviendo guerra,
 Celebren con horriblos clamores
 De su corva guadaña el golpe cierto,
 Y el vano poderío:
 En tiempo gritarás: *«El triunfo es mío.»*

*A la profesion religiosa de una Señorita
madrileña.*

» Ven , ¡ ay , esposa mia ,
Al seno del pastor mas cariñoso ,
Do nace la alegría
Al pecho congojoso
Con los cantares de Jehová amoroso :

Do se olvida la pena
Que dá el deleite del vivir mundano ;
Donde todo enagena ,
Do se olvida lo vano
Y el árbol de virtud descuella ufano.

Ven , deja los amores
Falaces donde el bien es impostura :
Mas dulces y mejores
Te los dá mi ternura :
Mas tengo yo que el hombre de hermosura.

Mira la fresca posa
Que al despuntar la aurora nacarada
Muestra su pompa hermosa :
En breve marchitada
La verás y en el suelo deshojada.

Así, querida esposa,
 La belleza del hombre desaparece:
 Con marcha misteriosa
 Su edad callada crece
 Y al primer brillo de su luz perece.

Amor triste es el hombre,
 Y triste la hermosura en que se adora;
 Y triste es, ¡ay! su nombre:
 La edad consumidora,
 Ministro del Dios fuerte es su señora.

Sepultaráse el mundo
 Y todo con el mundo y sus amores
 Allá en el caos profundo;
 Los mares bramadores
 Y los horribles vientos silbadores.

Y hasta el sol luminoso,
 Padre de la hermosura á quien sustenta
 Su rayo vigoroso,
 Morirá por su afrenta
 El día que á los siglos amedrenta.

Solo tu esposo anado,
 Sobre siglos de siglos existiendo,
 Con risa enamorada
 Tu puro amor sintiendo,
 Tu pecho librára del orco horrendo.

Ven, ¡ay! ¡cuánto me agrada
 Mirar tu toca límpida velando
 La frente sonrosada,
 Y verte al suelo dando
 Los ojos que pudor van derramando!

Ven, yo te daré flores
 Bellas, cual es mi magestad divina,
 Con eternos olores
 Y sin punzante espina;
 Flores que el cielo á tu virtud destina.

Con la virgínea rosa
 De Jericó ornaré tu pura frente,
 Y leche muy sabrosa
 Y rubia miel luciente
 Te daré que recojo diligente.

Te daré mil panales
 Y apagarán tu sed de amor divino
 Las aguas celestiales
 Del Jordán cristalino
 Y de Eugadí fecunda el almo vino.

Te adormirás riante
 Recostada en mi cándido vestido,
 A par que mansamente
 El céfiro atrevido
 Se mece entre sus pliegues con ruido.

Y mientras tú gimiendo
 Limpies la sangre de mi frente hermosa,
 Irá desapareciendo
 De la maldad dolosa
 Y del crimen mayor la huella odiosa.

En los campos floridos,
 Do yo respiro celestial ambiente,
 Jamás lanzó gemidos
 Un corazon doliente,
 Jamás amor lloró su amor ausente.

Allí jamás al cielo
 Manchó pálida nube pavorosa.
 En tan felice suelo
 Siempre brilló amorosa
 Del refulgente sol la llama hermosa.

Jamás á la alegría
 Del justo sucedió la triste pena:
 Allí es eterno el día:
 Allí celeste avena
 Con soplo blando el querubin resuena.

Eterno es el contento:
 Nadie allí se acordó del tiempo añoso
 En su ventura exento:
 Todo el placer glorioso
 Se goza en cada instante presuroso.

Yo soy el pastorcillo
 Que tantas dichas sin cesar derrama :
 Al corazon sencillo
 Que ardiéndose en la llama
 De la dulce virtud , « virtud esclama. »

Soy el Dios de dulzura ,
 De la eterna bondad eterna fuente ,
 Y de mi boca pura
 Siempre mana corriente ,
 Lleno un raudal de caridad ferviente. »

Así , Jesus bien mio ,
 Cual si fueras mortal , entre mortales
 Hablas humilde y pio ,
 Y ofreces inmortales
 Amores en los reinos celestiales. —

La víctima sagrada
 Se postra al sacrificio respetosa ,
 Con planta acelerada ,
 Y tierna y candorosa
 Entre los brazos de Jesus reposa.



A la mañana.

Cándida lumbre de la dulce aurora ,
Descorre el velo de la noche triste :
Que ya fatiga al velador cuidado
Tanta tiniebla.

Ven amorosa derramando vida ,
Dora las cumbres de los montes altos ,
Pinta los campos de verdura y flores ,
Luce benigna.

Oye mis ruegos : tu feliz tesoro
La rubia Ceres suspirando anhela ,
Llega á las chozas , y al potente alcázar ,
Gloria del mundo.

Madre , esperanza del mendigo insomne ,
Segura guía al caminante ciego ,
Claro destello de fulgente Apolo ,
Todos te aguardan.

Todos esperan que en fulgor despuntes ,
Sobre la niebla del oculto oriente
De luz serena liberal vertiendo
Férvidos mares.

Goce el cuitado que en cavernas hondas
Miseró arrastra ponderosos grillos ,
Donde tinieblas con horror le cercan .
Lumbre celeste.

Y el que tembloso del sayon despierto,
 Con pobre mecha registrando vaga
 La negra cárcel, matutinos rayos
 Goce sin miedo.

Presa inocente de brutal calumnia
 El héroe ilustre, domador del galo,
 Lúzcale el astro que en la lid sagricata
 Vió sus hazañas.

Alba risueña, por amor disipa
 La densa nube que tu faz envuelve;
 Muero penando si mi voz desoyes,
 Sorda á mi queja.

Séme propicia: las canoras aves
 El mar, y el viento, la alimaña, el hombre
 Culto sublime te darán, mostrando
 Súbita gloria.

¡Pálido brillas! ¡postrimer lucero!
 ¡Nuncio felice!-- ¿Se ocultó?-- Bien haya.--
 Terror del crimen, esplendor del justo,
 Salve mil veces.--



Al canto de Doña G. L. y Doña T. V...

¿De dónde, ó claro Dios, en tu carroza
Tan escelsas beldades
Aquí, glorioso en esplendor, conduces;
Que las divinas frentes levantando
Mas que mugeres diosas,
Vencen al sol en brillantez hermosas?

Entre celeste y soberana pompa,
Del bello amor la diestra
Vá con régia apostura señalando
Al templo humilde del saber hermoso,
Do Minerva elevada
Con dos guirnaldas resplandece armada.

Las ninfas llegan al sencillo trono
Donde el saber se ostenta;
Y al descender de la inmortal carroza
Con las flotantes ropas agitaron
El viento suspendido,
Y al divinal encanto adormecido.

De amor entonces resonó el acento:
«Esas guirnaldas, diosa,
Futuro premio del cantar sublime,
A que anhelante y poderosa y sabia
Tanta belleza aspira,
Serán de Laura y la gallarda Amira.»

«Se encumbrará su voz al alto Olimpo
 Rompiendo el aire puro,
 Y atónito el Olimpo abandonando
 Del sacro Apolo los celestes trinos,
 Oirá solo gozoso
 El canto de mis bellas amoroso.»

«Ninfas preclaras, cuyo acento un día
 Con alto arrobaniento
 Escucharon el Miño y Guadalete,
 Sobre la mar los pechos levantando,
 Su curso deteniendo,
 Y su ronco murmullo suspendiendo.»

«Desplegad ya los purpurinos labios
 A celebrar mis triunfos,
 Y corra vuestra gloria el mundo, el cielo
 Y otros cielos y mil penetre osada.
 Cantad, bellas auroras,
 Cantad, hijas del sol, cantad pastoras;»

— Y súbito cantaron dulce el rostro
 A la diosa elevando,
 Teñido en rosa, y en jazmín y en grana,
 El tierno canto del amor divino.
 ¡Cuántos en él ardían,
 Y á la reina de amor, amor pedían!

Ya en dulcísimos trinos desmayando ,
 Imitan dulcemente
 El breve son del arroyuelo puro
 Que en el cauce de nítida esmeralda ,
 Sus ondas meneando
 La márgen besa con murmurio blando.

En profunda querella el ay sentido
 Mas hondamente sueña ,
 Y en pos del son del instrumento espira ,
 Dejando al mudo espectador que aumente
 Los sonos en idea
 Y arrebatado percibirlos crea.

Un nuevo y firme y sonoro acento
 Del letargo profundo
 Y el venturoso error los pechos torna
 A mas sublime y eternal encanto ,
 Y arroba la memoria
 De placer en placer , de gloria en gloria.

Ya de los negros celos infernales
 La esclavitud horrible
 Con terroroso acento altivas dicen.
 Mas si aflige sus pálidos semblantes
 El peso del tormento
 Los engric y eleva el sentimiento.

Lamentan ya la ausencia dolorida,
 Y no de amor el ave
 Tan tristemente se querella al cielo,
 Si el bien perdido en soledad lamenta
 Entre la selva hojosa,
 Fatigando á la noche silenciosa.

Mas la esperanza victoriosas cantan;
 Y la risa halagüeña
 Sus rojos labios de coral esmalta,
 Y ante ellos grata la deidad se ostenta
 De flores coronada,
 Y en venideras dichas trasportada.

¡Qué tiernísimo son vibrado sale
 De sus gargantas bellas!
 ¡Qué trinos anhelantes! ¡qué dulzura!
 Nunca el sensible colorin, mas fino
 Canto en el campo amores
 Por su amada piando entre las flores.

En los deliquios del amor envueltos
 Por éstasis callados
 Súbito truecan el acento hermoso,
 Y hondos suspiros, como el fuego ardientes,
 Despidiendo del pecho,
 De entrambas late el corazon deshecho....

Ya, Dios del mundo, miras soberano
 Tu rico honor supremo.
 También, también la muchedumbre gime
 Y á los encantos del placer desmaya:
 Allí un suspiro vuela
 Cuyo dueño feliz amar anhela.

¡Mas ay, que Amira interrumpiendo avara
 El silencio profundo,
 Del crudo Otelo la ignominia horrenda
 Con lúgubres acentos eterniza,
 Y en el semblante el lloro
 Grava el recelo del fatal desdoro!

Pero vertiendo de amistad raudales
 En el raudal sonoro
 De la mágica voz que templó el alma,
 La herida en ellos del dolor mitiga
 La venturosa Laura
 A quien halaga mas benigna el aura.

Así las dos beldades amorosas
 En divinales trinos.
 Mas súbito adunadas sábiamente
 Entonan del vivir los sobresaltos,
 Rápida la ventura
 Y del dolor eterna la amargura:

En sus delicias la niñez gozosa;
 La juventud lozana
 A precipicios mil volando alegre:
 La triste ancianidad llorando errores;
 Y el corazón del justo
 Que inmóvil ve la eternidad sin susto.

Minerva entonces desde el alto trono
 La vena al llanto abriendo,
 Tierna soltó de las hermosas manos
 Las guirnaldas de rosas y azucenas
 Que las frentes ciñeron
 De las que á tierra y cielo embebecieron.

Cantad hermosas; mas hermosos lauros
 Os prepara ya Apolo;
 Los altos dones del vital contento
 Al mortal inspirar, de las pasiones
 Domeñar la bravura
 A la virtud creciendo y la ternura:

Conllevar la injusticia, y de la vida
 Endulzar los dolores,
 Perpétuo censo de la especie humana:
 Arrebatár á Marte el asta ruda
 Y mandar la victoria
 En los felices campos de la gloria.

Dar al cuitado labrador consuelo
Tras la áspera fatiga:
Del tirano humillar la altiva frente,
Y del monte del crimen espantoso
Despeñar al malvado
A la mágia del canto esclavizado.

Cantad, pastoras mías: loor eterno
A vuestros nombres sea:
Y que la fama alijera volando
Lanzada en medio á la region del viento,
Al resonar la trompa
Siempre con ellos el silencio rompa.



A la muerte de una niña llamada Doña Maria de los A. C.

Vuelve á mis manos , destemplada lira,
Y ayúdame á cantar , no los amores
Que al herir de tus cuerdas resonaron
Y á las pastoras lindas
En dulcísimo fuego arrebataron.

Hoy tu lúgubre son , mi triste acento
Ablandarán el mármol insensible,
Y los bravos leones , olvidados
De su nativo brio ,
Vagarán por los montes asustados.

Dolor profundo en las sensibiles almas
Se agite sin cesar ; y largo llanto
Viertan los ojos : la beldad mas pura
En su brillar primero
La parca nos robó con mano dura.

A su poder la arrebató callada,
Como improviso viento en remolino
Sordo deshace la naciente rosa,
Honor de los pensiles,
Y el clavel lindo y la azucena hermosa:

O cual fiero el milano desde el cielo
Se arroja á la paloma descuidada
Y con sus corvas garras la ataraza,
Y por beber su sangre
Crudívoro sus miembros despedaza.

Dije, y mi lira con medroso acento,
Los hombres y las fieras conmoviendo,
El luto derramaba en la comarca,
Do el eco repetía
»Odio implacable á la implacable parca.»

Pero tú, niña hermosa, ya no existes
Aunque te ven mis ojos anhelantes;
Ni mi eterno dolor podrá volverte
La vida que ha segado
El misterioso afañe de la muerte.

¡Un hora ha que jugabas dulcemente
De la amable Melisa entre los brazos
Con mil tiernas caricias halagada;
Y agora cuerpo inmóvil
Yaces en lecho funeral postrada!

Qual presta exalacion se oscurecieron
Los años de ventura inmensurable
Que tu inocencia cándida inspiraba,
Cuando dulce reías
Y cuando el eco de tu voz sonaba.

¡O imágen espantosa de la muerte!
 ¡Cuánto aquejas mi pecho que, vagando
 De tormento en tormento, iasomme piensa
 De todo un Dios tremendo
 Medir osado la justicia inmensa!

En este atroz momento, arrebatada
 Por los lejanos ámbitos del mundo,
 Discurre el alma misera aflijida,
 Y en prepósteros jiro
 Contempla el orden de la humana vida.

El tronante cañon estrago y muerte
 Lleva al campo enemigo; y muerte y ruina
 Los broncees vuelven del contrario bando,
 Y muere el inocente
 Por agena ambicion su sangre dando.

Y el ominoso Marte, que preside
 A la sangrienta lid con ceño airado,
 La frente de laureles va ciñendo
 Al que vuela sañudo
 Los campos de cadáveres cubriendo.

Impune hierre el bárbaro asesino,
 Y tranquilo se goza en sangre hermana
 Retiñendo el puñal de muertes lleno;
 Y asesinando vive,
 Alumbrándole el sol que alumbra al bueno.

Pero tú, gloria mia, en cuyo pecho
Previvió la virtud, cediste al golpe
Destructor de la parca enfurecida
Que al hórrido malvado
Alarga por sus crímenes la vida.

Dios soberano que los orbes mandas,
¿Por qué consiente tu poder supremo
Que la muerte feroz descargue airada
La guadaña terrible
En el crisol de la inocencia amada?

¡O muerte, ó mónstruo! tu furor vehemente
Quieres cebar? Sepulta los tiranos
Que fatigan con crímenes la tierra
Y á la virtud inerme
Encienden cruda y horrorosa guerra.

Mas ¿que nuevo huracan el pecho ajita!
Ojos llorad á vuestro amor perdido:
El inmenso dolor, el sentimiento
De tanta desventura
Amargo torna á su primer momento.

¿Dónde está mi cariño y mi esperanza?
¿El justo Dios que en las alturas truena,
La oculta mano del señor del rayo
Es la que vierte al orbe
La cruda hiel del eternal desmayo?

Mas ¡tarda imprecacion! El Dios eterno
 En los eternos libros del destino
 La suerte de los hombres tiene escrita,
 Y el atrevido labio
 En vano trastornarla solicita.

Sí, Dios de tierra y cielo: tú que diste
 Al humano vivir, que fabricaste
 Con sola una palabra el mundo entero
 Señor eres del mundo
 Y del primer viviente hasta el postrero.

Perdona, Dios benigno: tierna el alma
 Se humilla ante tus plantas fervorosa
 Y tu poder respeta. Los arcanos
 De tu saber inmenso
 No es dado comprender á los humanos.

A la clemencia soberana.

Ya en el alma ¡gran Dios! no cabe el gozo,
 Y bullidor ansia
 Brotar como rugiente llama opresa,
 Y estenderse y volar de gente en gente
 Como el rayo fecundo
 De la luz que al brillar abarca el mundo.

Dadme la lira de las cuerdas de oro
 Y el plectro de diamante:
 Que, si el llanto de amor que el pecho vierte
 Pueden mis manos detener, glorioso
 Con ardiente ufanía
 Sabré cantar de la clemencia el día.

¡Cuán hermoso brilló! Del sol la lumbre
 Con magestad suprema
 Sobre los altos regios chapiteles
 Del soberano alcázar reflejando,
 Me pareció que al suelo
 Triste anunciaba el eternal consuelo.

Y fue: la muerte que acechó sañuda
 Del monarca las horas,
 Con inútil rencor bramando fiera,
 A la espelunca edaz del hondo abismo
 Lanzóse amedrentada
 Entre vírgenes luces deslumbrada.

En el eterno libro del destino
 Leyó: «Será que España
 De las furias tal vez sienta el amago;
 Pero en breve con ímpetu fogoso
 Respirará serena
 Y alanzará del corazón la pena.

El régio lecho del dolor punzante
 Lecho será de flores,
 Que nunca envuelva el huracan violento;
 Y un letargoso sueño que la muerte
 Respete dolorida,
 Venero de la paz y dulce vida.

Vive la patria ya. Cantad hispanos
 Libres himnos de gloria
 Al que reina en las cimas celestiales,
 Y voz tambien de gloria al trono augusto
 Se eleva sonora:
 Que el suspirado bien en él reposa.

Hijos del crudo azar que en negras sombras
 Oprime el infortunio,
 Y vosotros, iberos infelices,
 De proscripción y lágrimas cargados....
 Cesaron los pesares,
 Tornad, tornad á los paternos lares.

Cesa vuestro dolor. Vida celeste
 Penetró bienhechora
 En la mansion de la tiniebla oscura;
 Y del Sena y del Támesis nublado
 Busca ya los retiros
 Donde un triste español lance suspiros.

Venid, venid : las puertas de la patria
 Al misero se abrieron,
 Y la virtud hermosa resplandece
 En el solio cual rosa inmarcesible,
 Y espatee su tesoro
 Con ayes de concordia y blando lloro.

Nuevo ser, nueva patria, dones nuevos
 Os otorga una madre
 De sus llorosos hijos fuerte escudo,
 Opio del mal y de la España gloria.
 Vuestra patria divina
 Es ya, españoles, la inmortal CRISTINA.

No mas las aguas de estrangeros rios
 Crecerá vuestro llanto,
 Ni el pan de la afliccion será alimento
 Del pobre que abatíó larga ruina.
 Volad: que ya os espera
 Con dulces brazos la amistad *sincera*.

¡O Reina, Reina! ¡cuánto bien y cuantas
 Esperanzas previenes
 Con esa ley de generoso olvido!
 ¡Cuántos séres levantas del sepulcro
 Do con feroz tormento
 Ya exalaban el último lamento!

Salud, ó Reina esclarecida, salve,
 Ahora mas que nunca
 Hermosa con los ínclitos adornos
 Que la mano del tiempo no devora:
 Coronen tus amores
 Del alma Dios las suspiradas flores.

¡ Ah! Enjuga este llanto, escelso numen,
 Que es llanto verdadero:
 ¡ Qué día! ¡ eterno sér! Ya no el silencio
 De la sombría y misteriosa noche
 Rompe amargo jemido
 Con sollozos de muerte estremecido.

Ya la vision fantástica del crimen
 No profana dolosa
 De la desgracia pálida el asilo,
 Ofreciendo á su mente delirante
 Cadalsos levantados
 Con española sangre salpicados.

Olvido y amistad: mirad la enseña:
 El cielo oyó los votos
 Que alzó el dolor con abrasado acento,
 Y claro por do quier con terso brillo
 Los términos de España
 El iris de la paz benigno baña.

Cobró Minerva su laurel precioso,
 Y ya sobre sus aras
 Del sólido saber arde la pira,
 Y en ellas con amor pondrán sus hijos
 Por humilde tributo
 Del velador afán el alto fruto.

Y todos, todos con el nombre solo
 De austeros españoles,
 La nave del Estado dirigiendo,
 La llevarán al puerto apetecido
 Donde el pueblo y los reyes
 Por ley segura acatarán las leyes.

Quien ¡ay! no se enternezca! y ¡quien no llora
 Lágrimas de entusiasmo!
 Sigamos, sí, la soberana huella:
 Unió CRISTINA con piedad sublime
 Las apartadas manos,
 Y todos deben ser dulces hermanos.



A la virtud y al saber.

No es ilusion. El revolver del día,
Fanal de la niñez antes vendada,
De la perenne luz á la morada
En raudó vuelo celestial nos guía.
Tú, mudez elocuente
De los recuerdos; tú, patria del mundo,
Del bien eterna fuente,
Y tú, beleño del dolor profundo,
Sacra esperanza, al seno
Volad, que os llama de entusiasmo lleno.

Yo canto del saber la escelsa gloria
Y de la alma virtud el rayo fuerte
Que el negro solio de la adusta muerte
Despedaza en perínclita victoria.
El hambre y sed del oro
Son del avaro á la ansiedad puñales,
Y las envidias lloro:
Las coronas trabajos inmortales;
Pero del cielo santo
Las ricas joyas perdurable encanto.

Calle el funesto error que gozos miente
 Y al ocio torpe y vil erije altares,
 Y oigan la tierra y los soberbios mares
 De la suprema diosa el voto ardiente.
 Tu noble aliento inspire,
 Minerva, al pobre y retemblante labio,
 Y el universo mire
 Cual arista quemarse el tosco agravio
 Sobre la llama pura
 Del sol que brilla en la virtud segura.

Con lengua maldicion y amarga afrenta
 El tristemente célebre asesino,
 Si amaga abrirse el libro del destino,
 Siglos en breve de ignominia cuenta.
 ¿Y á la ignorancia ruda
 Que frutos nacerán? En vez de flores
 Punzante espina cruda,
 Gérmen de sangre y llantos y dolores,
 Dará la tierra triste
 Donde sus galas la ignorancia viste.

Alma de Pigmalion atormentada,
 Dinos desde las sombras laticrosas
 Si fue vida tu vida y si reposas
 Aun en el centro de la tumba helada.
 «¿Y qué? También cayeron

(Así el genio del mal dice á los hombres)
 Y en la tumba se hundieron
 De Régulo y Caton los caros nombres;
 Y todo, todo es mío,
 Grita la sierpe del averno impio.»

No, dulces hijos del benigno cielo,
 Quien de la alta verdad en torno gira
 A la sublime eternidad aspira,
 Y atiende Dios su fervoroso anhelo.
 Mil edades pasaron;
 Mil destrozos del orbe en Grecia y Roma
 Y do quier se clavaron
 Cual agudo peñasco en blanda loma;
 Mas no su pesadumbre
 Mató jamás de la virtud la lumbre.

Sobre el nivel del agua vengadora,
 Las furibundas olas contrastando,
 Un hombre á los desiertos fue anunciando
 Del nuevo ser la refulgente aurora.
 El Régulo latino
 Al hado vil sobrevivió muriendo,
 Y á Sócrates divino
 E lyelo del empíreo recorriendo
 Del negro olvido exime
 De « *el alma es inmortal* » la voz sublime.

Sobre los siglos levantada brilla
 El alma de Maron. Aun vive Orfeo,
 Y aun resuena la lira de Tirteo
 Y la azagaya del Mesenio humilla.
 Al verter su tesoro
 El poderoso sol resplandeciente
 Despide un rayo de oro
 Sobre el lecho de Thales blandamente,
 Y la luna callada
 Le corona de perla nacarada.

Vive en el por venir el sacro Homero:
 Hoy de Newton la palma reverdece,
 Y la mente de Horacio tierna ofrece
 Mirtos y lauros á su alumno ibero.
 Absorto el mundo nombra
 La audaz empresa de Colon ufano,
 Y atónito se asombra
 De solo el pensamiento sobre-humano:
 A Herrera da y Batilo
 Y á Cervantes la fama eterno asilo.

¿Qué pueden de la muerte los furores?
 ¿Qué del volcan la llama abrasadora,
 Si el mismo infierno atroz no descolora
 Del sumo bien las perdurables flores?
 Desploma, ó parca fiera,

Sobre el humano tu invisible azote :
 Que de la tierra entera
 Nubes y polvo son tu vana dote :
 Cuando á Régulo herías
 ¿ Por ventura sus glorias destruías ?

El Egipto cayó : se hundió Fenicia ,
 Mas al Danao sus ciencias se estendieron ,
 Y de Atenas los sabios *son* , cual fueron ,
 Del mundo inmenso la sin par delicia.
 En magestad veladas
 De Licurgo y Solon las justas leyes ,
 Al pueblo consagradas ,
 Brillan en los palacios de los reyes
 Que de gloria sedientos
 Vivan al bien universal atentos.

Despues de siglos mil preside alzado
 El grande Ciceron con voz de fuego ,
 Para arrancar la venda al crimen ciego ,
 De la elocuencia el divinal senado.
 ¿ Y Arístides no muestra
 Desde el sepulcro su blason radiante
 Pendiente de su diestra ,
 Y el brillo de su rostro fulminante
 Para los justos guía ,
 Y espanto y miedo á la torpeza impía ?

Del fuerte Mucio á la novel grandeza
 Grato sonrie el alto firmamento,
 Y aun en sombra se aplaca del sangriento
 Porsena y de sus huestes la fiereza.
 El generoso ejemplo
 Del famoso Estilpon Demetrio diga
 En el megario templo,
 Y de la argiva hueste la enemiga
 Cante con labio puro
 Del noble Bias el pensar maduro.

¿Y no escuchais, alumnos de Minerva,
 Del mantuano la voz ardiente y pia?
 ¿No os da Séneca esfuerzo y osadía
 Para afrentar á la impiedad acerba?
 ¡Ah! Con vosotros vive
 Dulces horas en plática sabrosa
 Y culto aquí recibe
 De Terencio la mente prodigiosa,
 Y Plauto os ilumina,
 Y Tertuliano al cielo os encamina.

¿Pues qué es la noche de las tumbas?--Nada
 Para el saber y la virtud sublime.
 Solo el malvado entre tormentos gime
 Muerte de eterna maldicion cargado:
 Que la luz bien bechora,

La luz de la razon jamas fallece :
 Y, si triste á deshora
 La máquina mortal rauda perece ,
 El alma noble y pura
 Queda con nuevo precio y hermosura.

Cual niño incauto no teniendo el daño
 Coger presume entre su mano breve
 De la vecina llama el humo leve ,
 Y luego advierte su ilusion y engaño ;
 Así tú , ó parca , miras ,
 Si al justo arrojas la feroz guadaña ,
 Que tan solo tus iras
 Hartas y tu rencor y cruda saña
 Sobre el polvo primero
 Que mudo burla al mentidor agujero.

A la forzosa ley el sabio anciano
 Paga , muriendo , el perenal tributo ;
 Mas ya en sus caros nietos deja el fruto
 Del prudente consejo , y muere ufano.
 « Yo fallezco, hijo mio
 (Dice la madre al espirar doliente
 Con letal desvarío);
 » Mas la memoria de mi voz ferviente
 » Será tu compañera
 » Y bueno vivirás aunque yo muera.»

En vano acechas, cernejudas muerte,
 De la virtud y del saber el rayo :
 Que no liela en los brazos del desmayo
 Ni cede á los caprichos de la suerte.
 Mientras tu faz sonrie ,
 El vuela triunfador de clima en clima
 Y lozano se engrie ,
 Y salva de los montes la alta cima ,
 Y claro, limpio y terso
 De polo á polo ilustra al universo.

Si aunque mil veces tu cortante acero
 La viva llama dividir intente ,
 Hesa brilla, y el fulgor potente
 Cual antes resplandece igual y entero ;
 ¿Cómo con tu braveza
 Herir podrás los invisibles séres ,
 La insigne fortaleza ,
 De la póstuma gloria los placeres ,
 Y cuanto en pos del hombre
 Queda elevando hasta el cenit su nombre?

Una vez y no mas el cuerpo espira ;
 Mas siempre vive triunfadora el alma
 Cual en Virgilio con fogosa calma
 La alta doctrina de Platon respira.
 Con sus obras el sabio

Rompe desde las tumbas la cadena
 Al ignorante labio,
 Y al bravo ponto la soberbia enfrena,
 Y los reinos erige,
 Y con cetro de paz el orbe rige.

Si los bienes de un siglo acaba un día,
 Ni airados ni cobardes sollocemos.
 El oro tomen los demas : guardemos
 Nosotros la virtud : Solon decia.—
 Levantémosla altares,
 Y allí pongamos del saber ofrendas
 Para los dulces lares.
 La virtud y el saber son altas prendas
 Que las furias no hieren :
 Solo el saber y la virtud no mueren.



*En loor de la Señora Concepcion Rodriguez,
primera actriz del teatro del Principe, re-
presentando el papel de Dido en el quinto
acto de la tragedia de este nombre.*

¿Quién es esa infeliz que pavorida
Con planta temblorosa y agitada
Huyendo viene de funérea sombra?
¿Quién la persigue, quién? ¡ay! ved sus ojos
Espantados mirando:
Oid los gritos de su horror infando.

¿Quién causa su dolor? ¿Quién su hermosura
Marchitára con mano asoladora?
¿Quién agostó su plácida esperanza?
¿Qué furias la devoran? ¿Desfallece
Su rostro amortiguado
Tal vez de impuro amor avergonzado?

Sin orden el cabello, en tu semblante
Grabada la afliccion y la amargura,
En tus ojos la muerte, en tus acentos
El crimen y el dolor, con ansia fiera
Desmayas sin aliento
Cabe el trono ¡infeliz! que fue tu asiento.

Mas ¿eres tu la reina de Cartago,
 La dulcísima Dido, la amorosa
 Esclava humilde del piadoso Eneas?
 Su nombre entre tus labios balbucientes
 Resuena ¡desdichada!
 Morirás con tu amor abandonada.

¡Ah! No es Dido: sin manto, sin corona,
 La faz sombría y en furor ardiendo,
 Desamparada y sola, otra infelice
 Será que de la muerte perseguida
 Aquí busque un asilo,
 Rápida huyendo de ensañado filo.

¿Qué escucho? ¡imágen triste! ¿qué pronuncia
 Segunda vez tu lengua? ¿Tú eres Dido?
 ¿Aún abrasa tu pecho enamorado
 La llama funeral? ¿Dónde tus ojos
 Fijas debil é incierta?
 ¿Tiemblas al ver la desquiciada puerta?

¡Cómo tiende las manos temblorosas
 En ademán de reclamar venganza!
 ¡Cuál se teme á sí misma! ¡Cuál cubierta
 El deslustrado cuello! Horrenda sombra
 En torno de ti veo....
 ¡La sombra! ¡oh Dios! ¡Del mísero siqueo!

Le miras desgarrado ante tus ojos
 Mostrarse vengativo, y recordarte
 Con pavorosos lúgubres gemidos
 Las dulces glorias de tu amor primero,
 Glorias que tu olvidáras
 Con otro amor en halagüeñas aras.

Ignorándolo tú, te deja Encas;
 Y entre el temor y la esperanza errando,
 El temor te consume, la esperanza
 Torna á tus labios la alegría, el fuego
 De tu amor alimentas,
 Y ya en los brazos de tu bien te cuentas.

¿Cómo olvidas tus males! ¿Cuál invocas
 Con ruego dulce al soberano Jove!
 Por mentidas deidades se abandona
 Tu corazon de amor tan verdadero;
 Y al saberlo, tu pecho
 De furia y de dolor gimc deshecho.

¿Por qué con tus amores le brindaste
 Y el trono que fundáras le ofreciste?
 ¿Por qué con esperanzas lisonjeras
 Tus labios le halagaron? Tu pensabas
 Coronarte de glorias;
 Mas ves en torno á tí tristes memorias.

Ya venganza y piedad al cielo imploras
 Y el ámbito del mundo, el cielo inmenso
 No basta á tus clamores. ¡Desdichada!
 No hay piedad ni virtud: tu rabia crece
 Y te ostentas serena,
 De calma horrible y aparente llena.

Un grito horrendo de furor exalas
 Y mostrando un puñal, rauda le escondes
 En tu pecho de amor, y moribunda
 Y el nombre de tu Eneas pronunciando,
 Caes de amor llagada,
 Y aun me pareces, muerta, enamorada.

¡Murió Dido! ¡Infeliz!.. ¿y aún vive Eneas?..
 Mas ¡qué ardiente delirio enagenaba
 Mi alma y mis sentidos! No era Dido,
 Tu eres, Celia hermosa, quien pintaste
 En sensibles furores
 Sus tristes y frenéticos amores.

Aún escucho la voz con que templabas
 Del tirano infeliz la dura suerte,
 Y amante y reina y Diosa parecías
 En medio del pesar y el rendimiento,
 Y sin el cetro de oro,
 Al cetro dabas y á tu honor decoro.

Escucha, Celia, escucha, tú mandaste
 Con mágia encantadora el alma mia.
 Yo te conozco á tí; mas trasportado
 De una en otra ilusion, te contemplaba
 La reina de Cartago,
 Y á par sentia su horroroso estrago.

Al reconocimiento del Ser Supremo.

Al despuntar la abillantada aurora
 Por el rosado oriente
 Himnos eleva el mundo en voz sonora
 Al Ser Omnipotente.

Himnos el quieto labrador le canta
 Con plácido ardimiento:
 La frente el prócer rápida levanta
 Al mágico portento.

Sobre la humilde flor brilla adorada
 Y en la eminente cumbre,
 Por la invisible mano alimentada
 La soberana lumbre.

El grito universal de «luz eterna»
 Despierta al ancho mundo,
 Que repiten la cóncava caverna
 Y el hondo mar profundo.

Cuando el rayo del sol rico visita
La cárcel tenebrosa
Con menor llanto el prisionero agita,
La tres-doblada esposa.

Al coronar el trono diamantino
El celestial tesoro
Vierte el tirano con fervor divino
Arrepentido hero.

Las aves en los árboles cantando
Al bello sol saludan,
Y por verle los golfos van cruzando,
Y los plumajes mudan.

El brioso alazan de la ribera
Registra los confines
Mientras le peina el aura lisonjera
Las enredadas crines.

El negro toro de contento muge,
Y alegre el leon brama;
El tigre fiero enagenado ruge
Sobre la algosa cama.

Y bueno el hombre con la voz ardiente
O en silencio sublime
Delicias pone al ánima doliente,
Si lastimada gime.

Todos, Señor, te adoran. ¿Y el masivado?
El malvado te teme,
Por mas que, á sus delirios entregado,
De tu gloria blasfeme.

El vé como sucede el claro día
 A la noche medrosa ,
 Como preside á la tiniebla umbría
 La luna silenciosa.

Serena el aura del abril parece
 El nido desterrando ,
 Y en el ramage bullidor se mece
 Con movimiento blando.

El verde prado su riqueza ostenta,
 Y en el pensil de Flora
 La fresca rosa y el clavel alienta
 La cándida pastora.

Del rudo monte la cerúlea espalda
 Destila blanca nieve
 Que alimenta la nítida esmeralda
 En arroyuelo breve.

El plácido Favonio , el sol radiante
 Las campiñas fecunda ,
 Y la cosecha súbito abundante
 Los paneros inunda.

Con asombro el celeste beneficio
 El criminal recibe,
 Y vuelto de su error detesta el vicio
 Al ver que por ti vive.

Si del placer indigno le cautiva
 El pernicioso cebo,
 De los deleites ávida le priva
 La imagen del Erebo.

De los breñales ásperos brotando
 La saludable fuente ,
 Las gargantas del monte atravesando
 El rápido torrente :

Del ronco mar el espantoso estruendo,
 Del rayo el estallido ,
 El huracan el mundo estremeciendo
 Con hórrido rugido :

De vida ó muerte la preñada nube
 Que á los cielos se eleva ,
 Y el don oculto al solio del Querube
 Para lanzarlo lleva :

Por las celestes bóvedas rodando
 Cual leve piedra inerte ,
 Y los eternos muros atronando
 De Dios el carro fuerte ;

Todo le anuncia , todo , el poderio
 Del que el orbe domina ,
 Y puede handlele en el averno impio
 Con eternal ruina.

El pabellon de Dios rebelde insulta
 El tirano encubierto ,
 Y á Faraon iudómito sepulta
 El hondo mar abierto.

Alzan contra Jesus la torpe mano
 Los que su Rey le vieron ,
 Y la rica Pompeya y Herculano
 Hechos polvo se hundieron.

Huyóse la virtud con la justicia
De la grandiosa Roma,
Y el eje de su imperio se desquicia
Y rauda se desploma.

Pérfido y vil al Hacedor maldiga
Y ultraje sus hechuras
Quien no espera, ¡infeliz! ni tierno abriga
El gozo de almas puras:

Que siempre con espanto de sus ojos
Caminarán los años,
Y aumentarán su pena y sus enojos
Los justos desengaños.

Seguirá siempre su inmortal carrera
El monarca del día;
Ni anublará su fúlgida lumbrera
Porque el inicuo ríe.

Tú, mortal sin ventura, ¿por qué ofendes
Al Hacedor del suelo,
Si los arcanos ¡miseró! no entiendes
Del escondido cielo?

Un rayo de la luz que el mundo adora
Enriquece la tierra,
Y el mismo rayo es plaga abrasadora
Que las mieses destierra.

El río que alimenta el yermo prado
Fue torrente impetuoso,
Y turbulento y cárdeno nublado
Del Ponto borrascoso.

El volcan que mil altos pueblos traga,
 El Cráter descubriendo,
 Salva la tierra á que el destino amaga
 Frenético gimiendo.

Gozad la dicha en la virtud, mortales,
 Alabanzas cantando
 Al que reina en las cimas celestiales
 Los mundos abarcando.

Sufrid del duro mal el peso grave
 Con ánimo robusto:
 Que tras él os espera el bien suave
 Si no insultais al justo.

No indagador se atreva el necio humano
 A despreciar sus leyes:
 Que el sepulcro, que iguala en polvo vano
 Los siervos y los reyes,

Le enseñará en silencio pavoroso
 De la verdad la guía,
 Y del error funesto y clamoroso
 La pérvida falsía.



A la Luna.

Salud, astro benigno,
 Reina inmortal de la callada noche,
 Luna hermosa, salud: los anchos mares
 Ya rápida abandona, y, tu carroza
 Por los inmensos ámbitos guiando
 Ornada con tu espléndida hermosura,
 Inspira los amores
 Vertiendo tus pacíficos fulgores.

Alza tus mustios ojos,
 Divino encanto de Endimion felice:
 Con tu lánguida luz amortecida
 Penetra en estos bosques solitarios:
 Mi fuego calma con tu fresco aliento,
 Y dulcifica mi dolor en tanto
 Que desatado lloro
 Ausente de aquel bien que ausente adoro.

Aliviarás mis males,
 En oyendo la pena en que se abrasa
 Mi corazón de cera enamorado:
 Sé tú mi compañera en el silencio
 Que reina en las campiñas pavoroso.
 Siente conmigo en mi fatal quebranto
 Mi amargo desconsuelo
 Desde la cumbre del oscuro cielo.

¡Ay, cuanto eres amable!
 ¡Cuál mi mente y mis ojos enajena
 De tu dorada palidez el brillo!
 Ni el lucero del alba, ni el sol bello
 Derramando su lumbré abillantada,
 Me agradarán jamás cual me enamora
 Tu faz casi adormida,
 Imágen dulce de mi dulce vida.

Ayer aquí ¡ó fortuna!
 Sobre un lecho de flores olorosas
 La contemplaste férvida jimiendo,
 Y la viste temblar cual leve arbusto
 Por el soplo del alba meneado,
 Y arderse en mi pasión callando tierna,
 Y ya de amor llagada
 Su cabeza en mis hombros reclinada.

Rendida y anhelante,
 Sus dulcísimos ojos desmayaron
 Mirándome una vez: así los míos
 Turbados y cobardes y ardorosos,
 Se cerraron también; y en mil delicias
 Con mil memorias plácidas sentimos
 Sojuzgarnos el alma
 Antes la agitación, después la calma.

Asi primero brillas,
 Astro benigno , al coronar el cielo
 Con grato resplandor , encaminando
 Hasta Endimion los pasos silenciosa;
 Mas al tocar su rostro peregrino
 Pierdes tu bella luz , y entre la nube,
 Que apenas ya coloras
 El bien que alcanzas sonriendo adoras.

¡ Cuánto mi Filis tarda!
 Ven , dulce amada , ven : acude ansiosa
 A renovar las glorias de Citeres
 Con tu adorado bien entre las flores
 Do entrambos recostados dormiremos
 Mientras en blandos trinos delicados
 El ruiseñor suspira.
 Ya llega. ¡ O luna ! tu fulgor retira.



A Filena adormecida.

EL RESPETO.

Duerme , pastora mía,
 En mis amantes brazos reclinada
 Aquí á la fresca umbria
 Do la hoguera abrasada
 No queme tu mejilla delicada.

Tu sueño delicioso
 Respeta el aquilon , de embravecido
 Tornado ya en calmoso:
 No se escucha un jemido
 Ni de nuestras ovejas el valido;

Ni de tórtola ausente,
 Su tristísima pena lamentando,
 El arrullo doliente,
 Ni la abeja zumbando,
 Ni los lozanos potros relinchando.

El ábrego detiene
 Su furor al mirarte descansando,
 Y la paz nos mantiene,
 Y el cordero , callando ,
 La yerba en el redil está rumiando :

La tórtola sintiendo
 De sus polluelos el amor naciente,
 Y el río repitiendo
 Suave su corriente
 Bajo espumas de plata resalgente.

Duerme, duerme, pastora:
 Cefirillo apacible, silencioso
 Tu dulce paz adora,
 Y halaga ya amoroso
 Tu sueño de dulcísimo reposo.

Sus alitas batiendo
 Mueve las blandas auras con ternura,
 Y á tu pecho subiendo
 Sobre tu boca pura
 Derramará su plácida frescura

Tan solo Filomena
 En la copa del álamo vecino
 Canta su amable pena
 En delicado trino,
 Y fiel te brinda su cantar divino.

Y mientras que envidiosa
 La contristada luna se querella,
 Al ver tu faz hermosa,
 De su infeliz estrella,
 Y el débil rayo de su luz destella:

Yo feliz y envidiado,
 Dulce bien mio , velaré inocente
 Tu sueño regalado,
 Y el sudor de tu frente
 Enjugaré con mano diligente.

Al tierno gilguerillo
 Rogaré que te envíe sus amores,
 Y en blando caramillo
 Yo te diré loores,
 Y tu cabeza adornaré de flores.

A tu nariz preciada
 Aplicaré en tu sueño delicioso
 Una rosa esponjada
 Que en tu pecho dichoso
 Derrame un ámbar celestial , sabroso.

Y el juramento santo
 Que sollozando te presté en el seno,
 Con amoroso llanto
 En este valle ameno
 Repetiré de amor y gloria lleno.

Así Anfriso decia,
 Y la hermosa Filena suspiraba,
 Y él en amor ardía ,
 Al verla cual callaba
 Y los divinos párpados cerraba.

POR QUÉ DEBE GOZARSE DE LA
JUVENTUD.

A Amira.

Ya del abril florido
La diosa que los campos enamora
Y el cielo embebecido ,
Se agita en las mansiones de la aurora
Con agradable estruendo,
Del triste marzo la prision rompiendo.

Ya con el sol naciente
Rayos de clara luz al mundo envia ,
Y un regalado ambiente
Que alivia del dolor la carga impía ,
Y á los mustios vergeles
Algumas de sus rosas y claveles.

Al sáuce plateado
Da apostura gentil con dulce viento ,
Y al torrente callado
Bullicioso y alegre movimiento ,
Y ofrece á la ribera
Las galas de la linda primavera.

De la dádiva hermosa
 Los vivientes del bosque se apereiben,
 Y en la enramada umbrosa
 Del nuevo sol el parabien reciben.
 Canta el ave serena
 Y el lozano bridón la crin ordena.

Todo es grata esperanza,
 Todo, Amira feliz, torna á la vida,
 Y la misma mudanza
 El raudó bien, á asegurar convida.
 La amistad á ti llega,
 Y que no pierdas el placer te ruega.

Tú, como el sol que brilla,
 Del cielo anuncias la cercana gloria
 Ante la cual se humilla
 De los crudos pesares la memoria:
 Tú las delicias eres,
 Y en el ardiente amor nueva Citeres.

Quien viere tu semblante
 Donde la rosa del candor se mece;
 Quien aspire triunfante
 El ambar puro que tu aliento ofrece,
 Gozará enagenado
 Las galas del abril anticipado.

La paz vive en tus ojos,
 Y tu don menos grande es la hermosura :
 Al crimen das enojos ,
 Palmas á la virtud y á la ternura.
 La virtud es tu guía ,
 Y consuelo tal vez del alma mia.

Misero y triste lloro
 Porque el ministro horrendo de Belona
 Entre el rumor sonoro
 Que oprime al orbe de feroz blasona,
 Y la tierra fecunda
 De sangre y de cadáveres inunda.

Necio invoco á la muerte :
 Pero la voz de tu amistad resuena ,
 Y ya adoro mi suerte;
 Que tú sabes templar mi amarga pena.
 ¡Ay! perdona , Dalmiro:
 De inocente amistad es mi suspiro.

Si algun mortal pudiera
 El laurel disputar de tu contento,
 El pobre Anfriso fuera;
 Ni tú culparas el glorioso intento:
 ¡Ay! pregunta á tu esposa
 Quien fue su clara estrella y luminosa :

Quien lanzó de su mente
 De la primera oscuridad la nube,
 Y del error demente
 La levantó á los templos del Querube,
 Do la virtud florece
 Y la verdad eterna resplandece.

Yo cultivé , Dalmiro,
 La verde palma que tu sien decora:
 Yo di lozano jiro
 Al vástago de amor que tu alma adora;
 Al mágico portento,
 Dueño de tu alvedrío y pensamiento:

A la bella española
 Mitad, la que mas quieres, de tu vida,
 Do Febo tornasola
 De su lumbré la ráfaga encendida,
 Donde el amor aprende
 El sabio ardid con que las almas prende.

Gozad , gozad ahora
 Que la preciosa juventud os rie:
 No vive aquel que llora
 Y en el tormento y el dolor se engrie.
 La vida es la alegría,
 La muerte la fatal melancolía.

Goza el bien que te espera,
 Venturosa hieldad del Manzanares;
 No temas que te hiera
 El venenoso arpon de los pesares:
 Que tú guardas el seno
 Para el esposo de delicias lleno.

Goza el bien, anhelante:
 No le dejes volar sin que le ofrezcas
 El pecho palpitante:
 Jamás insomne y tímida padezcas.
 No torna el bien que ha huido
 Al tardío clamor de hondo jenido.

La paz cubra tu lecho;
 Y, cuando al mundo la ambicion devore,
 Jima en amor deshecho
 Tu corazon, y amor y amor implore
 Tu esposo amartelado
 Al mar de los placeres entregado.

Quien del gozo despierta
 Dos veces gana el lauro delicioso,
 Y la hieldad que, muerta
 Para el placer, esquiva el lazo hermoso.
 Se atormenta dos veces
 Y al ocio agota las amargas heces.

Tras el fulgido rayo
 Con que al abril halaga el sol eterno,
 Viene el triste desmayo
 Que en las campiñas vierte el crudo invierno,
 Y sumerge en la nada
 La flor en el pensil abandonada.

Coje la fresca rosa
 Que te brinda el oriente de la vida.
 No permitas, hermosa,
 Que lánguida fallezca y aterida,
 Antes que tú la aspire
 Y en el tembloroso corazón la mires.

Y el enojo del cielo
 No podrá arrebatarte el gozo puro
 Ni el divinal consuelo
 Que tu seno disfrute en el seguro
 Puerto de tu bonanza,
 Do de la envidia el aguijón no alcanza.

Con plácido gemido
 Derrama de la paz las bellas flores
 En el lecho querido;
 Que son mas amorosos los amores,
 Cuande en ellos respira
 El céfiro de paz que en torno gira.

Así, cuando en tu daño
 Quiera gozarse la vejez doliente,
 Del triste desengaño
 No beberás en la amargada fuente,
 Siendo entonces tu gloria
 De las primeras dichas la memoria.

Y mientras tú gozosa
 Recuerdes tu delicia verdadera,
 Mil fuirás, celosa
 De tu ventura, la beldad artera
 Que el tiempo fugitivo
 Diera al fiero desden y al trato esquivo.

Pues quien sin fruto deja
 Volarse la estacion de su contento,
 Con importuna queja
 En pos fatiga la region del viento;
 Y, por calmarse, miente
 Glorias que no gozó, que tarde siente.



A Rosana.

Bella Rosana , deja
De la corte el bullicio estrepitoso,
Y la negra madeja
De tu cabello hermoso
Ven á lucir en este sitio umbroso,

Do á la merced del viento,
No en trenza artificiosa esclavizado,
Suelto fluctúe , exento
Del prendido , esponjado
Sobre tu cuello cándido nevado.

Tus ojos inocentes,
Imágen del pudor , su dulce brillo
Me ofrecerán rientes.
Yo un lindo canastillo
De flores te daré y un pajarillo:

Un pajarillo , hermosa,
Con plumas de colores adornado,
De garganta rizada,
De piquillo dorado,
Que trine como un ángel elevado.

Todo á gozar convida:
 La soledad, las flores y la fuente
 Y la gruta escondida,
 Y el arrullo doliente
 De la amorosa tórtola gimiente,

Y el laberinto oscuro
 De circulares calles no encontradas,
 Los árboles y el muro
 De ramas enlazadas,
 Formando mil figuras delicadas.

En el estanque claro
 El escamoso pececillo gira
 Tras la consorte, avaro
 Del placer que le inspira
 El rosado color que en ella admira.

El lomo nacarado
 Y los remitos de sus alas bellas,
 O ya el desden buscado,
 Le roban tras sus huellas
 Y alegre y rauda sacrifica en ellas.

La tórtola se queja
 En la cima de un álamo posada,
 Y la meliflua abeja
 Está so la enramada
 Fabricando sus mieles agitada.

De flor en flor volando
 La inquietilla volátil mariposa,
 Con luces mil brillando,
 En amores rebosa,
 Y bebe del clavel el zumo ansiosa.

Aquí de una cascada
 Rauda verás precipitarse un río
 De espuma levantada
 Con repetido brio,
 Muy cerca oyendo de un jilguero el pio.

Aquí la fresca rosa;
 Allí la blanca y cándida azucena;
 En este lado airosa
 Correr la fuente llena,
 Y al pie sonando pastoril avena.

Ven, amorosa amante,
 Ven y las dulces penas templaremos
 Con nuestra fé constante,
 Y alegres jugaremos
 Y en el frondoso bosque hospedaremos.

Tú volarás, bien mio,
 Tras mí, las manos á cogerme echando:
 Yo fingiré que ansío
 No ser cogido, cuando
 Los pasos malicioso iré tardando.

Y cuando ¡cielos! llegues
 A tocar mis vestidos ajustados
 Con los airosos pliegues
 Del tuyo, ¡qué cuidados
 Llenarán nuestros pechos azorados!

De los brazos asidos
 Iremos por la fresca oscura calle
 Cual dos nuevos Cupidos,
 Tú luciendo tu talle,
 Yo envidia siendo del vergel y el valle.

Verás ¡cuál nos miramos!
 Y ¡cómo el corazón palpita herido!
 Y ¡cual, mientras callamos,
 Nos quema enardecido
 El dulce fuego del amor querido!

En rústicos asientos,
 De cortezas de encina fabricados,
 Posaremos contentos,
 En tanto que enclados
 Nos visiten los céfiros alados.

Y en la rústica mesa
 Nos brindaremos los manjares frios;
 Mas tu risa traviesa
 De los amores míos
 Aumentará los blandos desvarios.

Iremos á la fuente
 Y allí la sed fogosa apagaremos
 En su fresca corriente;
 Y el bien que nos debemos
 Sin miedo y sin testigos gozaremos.

¿A qué el vaso mas fino
 Cuando en el seno de la fuente pura
 Rebulle cristalino
 Raudal con hermosura
 Entre follajes de caudal verdura?

¿A qué envidiar ansiosos
 El chopo erguido que circunda el Prado,
 Si aquí mas deliciosos
 Árboles sin cuidado
 Del arte, sirven un frescor preciado?

¿A qué envidiar cortadas
 Las frutas en los cestos cortezanos,
 Si aquí penden colgadas
 En árboles galanos
 Que desde el suelo alcanzarán las manos?

Vuela, Rosana mia:
 Que ya despunta la fulgente aurora
 Trayendo la alegría,
 Y los pensiles dora
 Y entre las ramas el ambiente mora.

Todo, Rosana hermosa,
 A regalar en el vergel incita:
 Acorre presurosa,
 La triste corte evita
 Que aquí la paz con el deleite habita.

Un desengaño.

Este sí que es placer, placer divino.
 ¡Ah! gózate alma mía:
 Que tan dulce agonía
 Es de la dicha el celestial camino.
 ¡Felicidad! ¡felicidad! Te veo.
 Encanto de los tristes,
 Ya sé, ya sé que existes,
 O me engañan los ojos del desco....

No me engañan.... el fuego que enardece
 Mi corazón ansioso
 Es fuego delicioso,
 Llama de nuevo sol que me engrandece.

De la tierna inquietud la aguda pena
 Me colma de contento,
 Y este temblor que siento
 Es la vida de amor que me enagena.

¡Amable agitacion! ¡Cómo la mente
Embebecida inflamas!

¡Cuál por ella derramas
De deleites sin fin rápida fuente!

Aquí respira férvida mi gloria,
Aquí vive el consuelo:

Aquí mora mi cielo
Y engríese en sí misma la memoria.

Nunca probé tan halagüeño instante:
Nunca mi tierno pecho

Así jimió deshecho
En el placer de la ilusion triunfante.

¿Do estoy? ¡ó suerte! ¡que divino ensueño,
Alma feliz, te engríe!

¿O qué numen sonrie
Plácido al verte esclava de otro dueño?

Desfallezco. ¡Y que hermoso es un desmayo,
O mi diosa querida,

En brazos de la vida,
Si le acaricia de esperanza un rayo!

Astro de mi existencia, yo deliro
Pensando en tu hermosura,

Y en sublime locura
Mi fantasía aletargada miro.

¡Ay! cada acento de tu dulce boca
Conmueve mis entrañas.

Hermosa, tú no engañas....

Mi eterno amor tu compasion invoca.

¡Yo, oprimiendo, ¡ó placer! tu blanca mano!
 ¡Yo entazado á tu cuello
 Como las gracias bello!
 Muera de envidia Jove soberano.

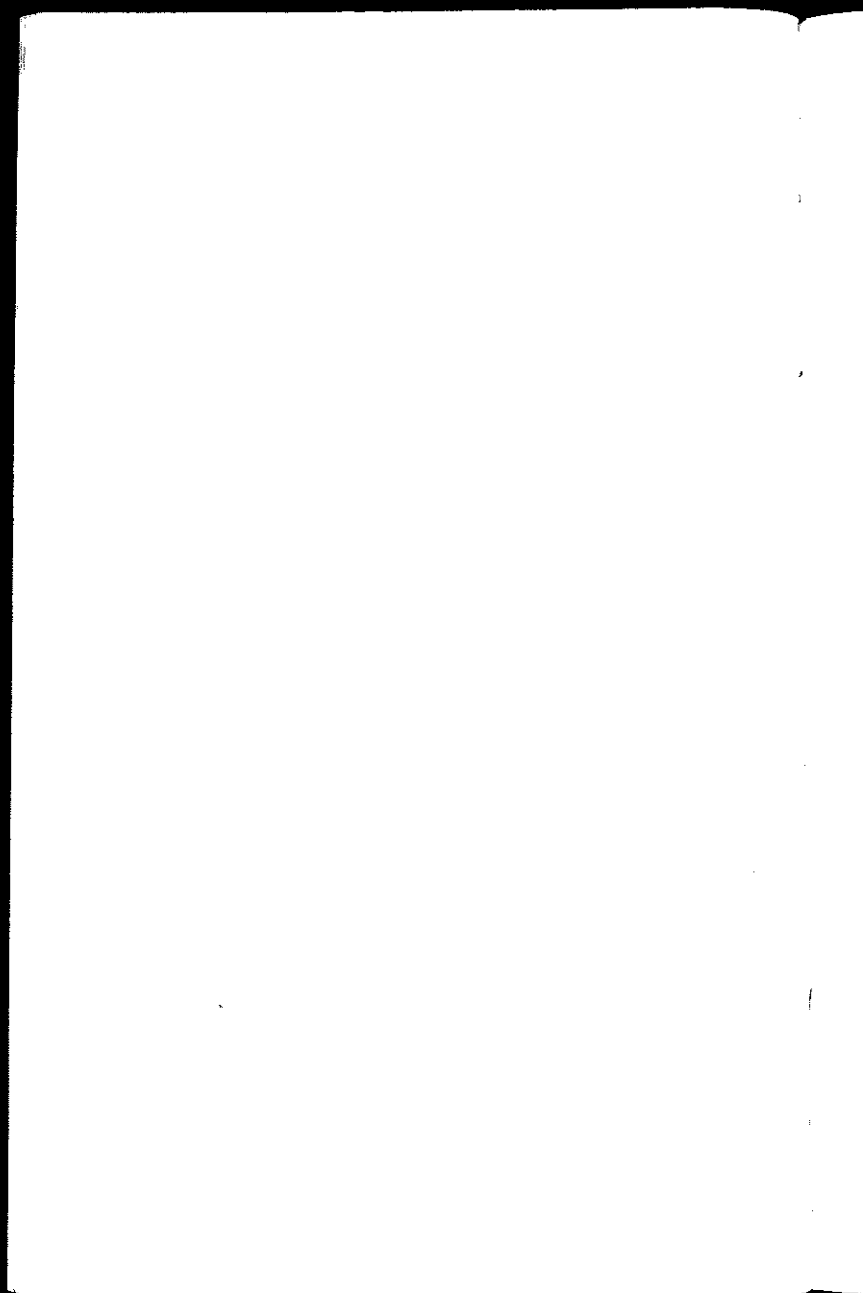
Al sentir el ardor puro y sabroso
 De tu rostro suave,
 El gozo en mí no cabe
 Y de mi pecho al tuyo vuela ansioso.
 Tal vez espacio busca en todo el orbe,
 Y el orbe le es estrecho,
 Y tórnase á tu pecho:
 Que él solo, él solo el universo absorbe.

Esto en silencio misterioso, ardiente,
 Un amador decía,
 Mientras su rostro unia
 Al rostro de su amada dulcemente.

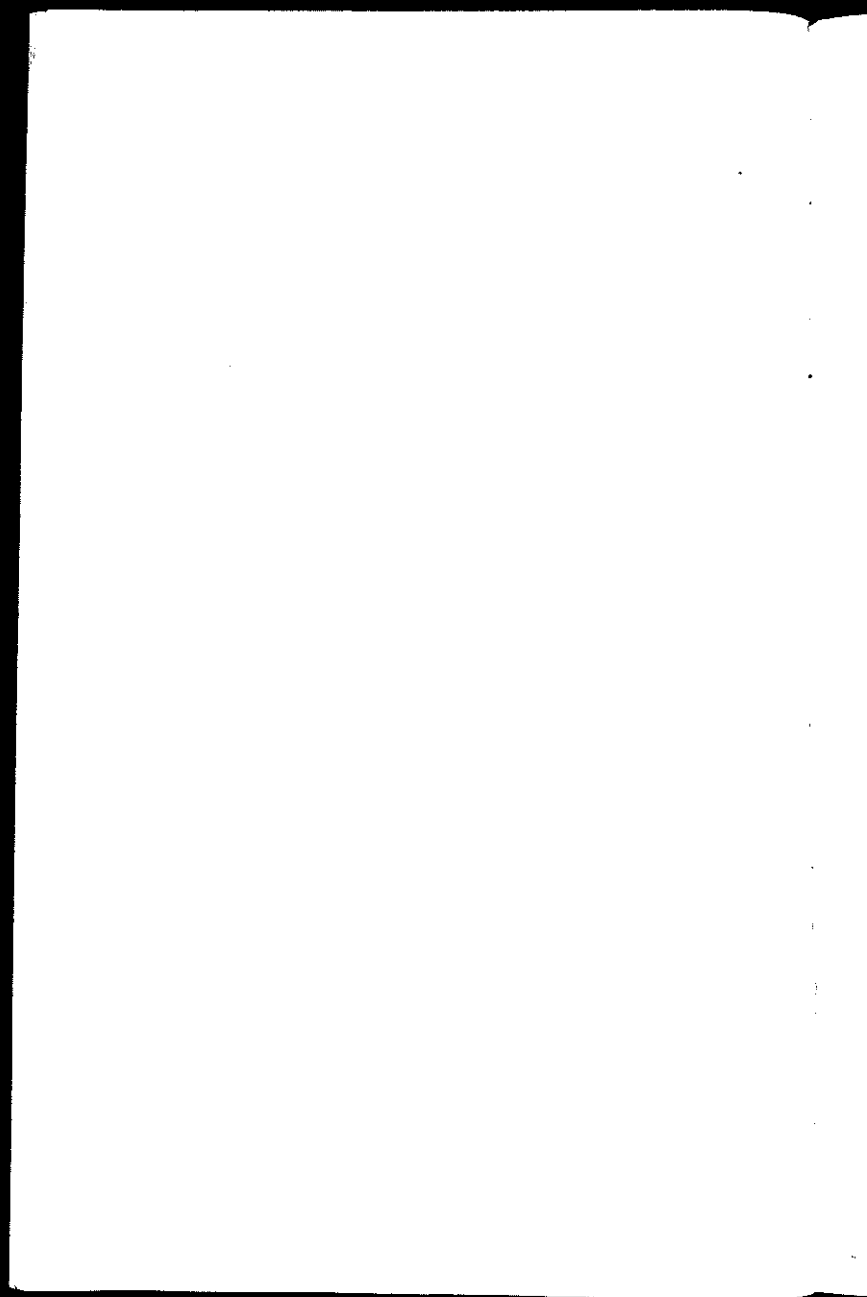
Mas ella se descüñe, y con serena
 Faz le mira impasible,
 Y él callado y sensible
 Toca el engaño y de dolor se llena.

Y así luego la dice. «A merecerte
 No basta un desdichado.
 Yo muero atormentado:
 Tú me diste el abrazo de la muerte.»





ROMANCES.



Ya, dulce España, recobras,
En pos de angustias amargas,
Con la razon y sus fueros
La libertad suspirada:
La libertad que otro tiempo,
Madre de heróicas hazañas,
Al trono español y al pueblo
Salvó de negras borrascas:
La libertad jenerosa,
Consuelo de nobles almas,
Que cuando vence perdona,
Que ni oprimida es esclava:
¡O libertad! no permitas
Que quien se incline á tus aras
Deba otra vez de los héroes
Sobrellevar la desgracia.
Asaz de extranjeros rios
Bebieron tristes las aguas
Los que un día enarbolaron
Tus banderas sacrosantas.
No varoniles esfuerzos
Sufran la funesta plaga
De vergonzosas pasiones
Por el infierno agitadas.

No envuelva nuestra alegría
 Ni mate nuestra esperanza
 Horrenda y pérfida nube
 De negro rencor preñada.
 Mas no : donde quiera brillan,
 ISABEL , las fuertes armas
 Que tu inocencia defienden
 De malignas asechanzas,
 Y que en bases indelebiles
 Nuestros derechos afianzan,
 Sin que baste á destruirlos
 La mano del tiempo avara.
 Y sí estas armas triunfaron
 De viles hordas , guiadas
 Por un fanatismo fiero,
 Que al cielo y al hombre ultraja,
 Cuando tres-doblados hierros
 El ansioso brazo ataban,
 Cuando era virtud el miedo
 Y delito la constancia:
 ¿Qué no harán? ¿qué rara empresa,
 Jamás del mundo lograda,
 No alcanzarán combatiendo
 Por las libertades pátrias?
 Ya nuestra divisa es cierta,
 Brille en morriones y lanzas,
 Y como una flor al pecho
 Prendedla , españolas damas.

Prendedla, si, y al guerrero
 Sirva, mejor que la malla,
 Cinta azul con pátrio mote
 En las reñidas batallas.
 Que si en vuestros labios suena
 Aquella voz soberana
 De libertad, que engrandece
 Hasta las vidas menguadas,
 Serán españoles todos
 Cuantos lo tengan á gala:
 El valor y la hermosura
 Altos milagros alcanzan.

La declaracion.

ROMANCE MORISCO.

Pasear siempre tu calle,
 Rondar tus ojos alegres
 Es mi placer, es mi gloria,
 Aunque sé que me aborreces.
 Jamás fui galan sumiso:
 Jamás atendí las preces
 De Jatima ni Benceyda,
 Ni obedeciera sus leyes.
 Mas ora, tres veces diosa,
 A un moro en tu calle tienes
 De la lid siempre olvidado,
 Y de sí no pocas veces.

Es, Celima, que te adoro,
 Y de Tarfe el amor cree:
 Que es amor que no he buscado;
 Porque él vino á sorprenderme.
 Mas me agrada tu hermosura,
 Me agradan mas tus desdenes,
 Que me agradaron un tiempo
 Los africanos; jaeces:
 Que poner la silla airoso
 A mi alazano valiente,
 Y sus crines ondeantes
 Trenzar con varios caireles:
 Que montarle, libre el cuerpo,
 De un brinco sin detenerme,
 Y derribar con mi lanza
 Cien caballos, cien jinetes:
 Que ondear la airosa garzota,
 Que ceñir turbante verde,
 Y ser de nuestro profeta
 Un bien quisto descendiente.
 Mira si Tarfe te adora:
 Celima los ojos vuelve
 Hacia este moro, que al menos,
 Si no es hermoso, es valiente.
 El te librárá arrogante
 Del que arrogante te befe,
 Y de tus luceros quiera
 Insultar la luz celeste.

¿Quién de Mavorte en las lides
 Infunde espanto á los reyes,
 Qué no ha de hacer por su dama
 Por quien de amores se muere?
 Esto el alarbe la dijo
 Con voz tan noble y ardiente,
 Que vió de aquel rostro hermoso
 Trocarse en fuego la nieve.
 La bella y gentil Celima
 Llena de amor enloquece,
 Y le responde: «Soy tuya,
 En ese anillo me tienes.»

A unos ojos azules.

Quien de tibios acusare
 Tus ojos azules, Clori,
 Ni sabe de ojos azules
 Ni alcanza el fuego que esconden.
 Como ellos solos modestos,
 Jamás ostentan sus dones
 A la corrompida turba
 De insolentes amadores.
 Mas si á la amistad escuchas
 Sus blandos acentos nobles,
 O del amor verdadero
 Los dulces suspiros oyes,

La hermosa llama escondida
De tus ojos brilla entonces
Como en el mayo risueño
Los febeos resplandores.
De su morena Dalmiro
Los ojos negros adore,
Por el volcan que los arde
Sobre un volcan de pasiones:
Que yo de mi blanca bella,
Luz y ornato de la corte,
Quiero adorar los azules
Eternizando mi nombre;
Porque del cielo ostentando
Los asombrosos primores,
El borde azul sus pupilas
Al azul del cielo oponen:
Porque de la luz remedan
Los refulgentes albores,
Y en pos de tímido llanto
Son iris de amor insomne.
Cuando tus ojos, querida,
Alzas, á mis ruegos dócil,
Desvaneciendo la nube
De mil pesados temores,
Con agradable sorpresa
Mil bienes me das que goce,
Con que inmortal me contemplo
Y el mas feliz de los hombres.

Si con silencio me ordenas
Que yo mis ansias reporte,
Tambien me anuncias que aguarde
De un bien mas firme la dote.
Pero cada vez que al alma
Tus suspiros corresponden,
Disfruto nuevas delicias,
Cual no esperadas , mejores.
Así contento enloquece
En su triste hogar el pobre,
Cuando la mano ignorada
De la piedad le socorre.
Así cuando un infelice
La cárcel lóbrega rompe,
Tornando á la luz perdida
A todo bien la antepone:
Y al sol alzando las manos,
Se deshace en mil loores,
Con que persuasivo arranca
Llanto de amor á los dioses.
Jamás , esquivo inocente,
Amargas sospechas cobres
De que yo por tus desdenes
Te desprecie y te abandone.
No de muelles cortesanas
Me arrastra el finjido porte,
Ni me cautivan los sueños
De peligrosos favores.

A ser en Georgia amante
Vuele el codicioso Adonis,
Y hollando abismos inmensos
Surque las ondas salobres.
Y á la par que enfurecidos
Bramen los vientos veloces,
Y los sobrepuestos mares
El leño fragil azoten,
Nosotros en la ribera,
Tras de los riscos enormes,
Libres del piélago insano
Nos demos de amor lecciones.
Yo contemplando anhelante
De tu linda faz los soles,
Ni oiré el crujir de las velas
Ni las moribundas voces
De los que al ábrego fien
El logro de sus amores,
Trocando el suelo nativo
Por las estrañas rejiones.
Yo aquí contigo me quedo:
Que unos ojos españoles
Mas valen que cuantas joyas
La tierra inmensa atesore.
Cuando abiertos iluminan,
Y aunque dormidos reposen,
De los imperios del mundo
Sin pretenderlo disponen.

¿Y no ves cuán dulces trinan
Los pardillos ruiseñores
Sobre la erguida palmera,
Tinta de esmeralda y bronce,
Que ora sus ramas despliega
Coronando el tronco doble,
Y ora que el noto se amansa
Sus verdes palmas recoge?
¿No sientes, Clori, no sientes
Los bien concertados sonos
De las flautas pastoriles
Y los moriscos albogues?
Pues mira: tantas delicias
Serán á entrambos mayores,
Si permites que en tus ojos
Muerto de placer me arrobe.
¡Cuánta dulzura derraman
Cuando entornados los pones,
Para no sufrir del cielo
Los abrasados ardores!
Hirviendo en locos deseos
El rico zagal del Tormes,
En los ojos negros bebe
Sus agradables errores:
Que yo adoro satisfecho
Tus ojos azules, donde
Brilla la flor de mi vida
Mas que la rosa en los montes:

Donde se ostenta la gracia
Con la alma bondad acorde,
Que del corazon sensible
Copia, al mostrarse, las dotes.
Y porque en ellos no falte
Beldad que los hombres locu,
Ni á sus llamas apacibles
Lóbregas nubes estorben,
Dióles por asiento Venus
En tus divinas facciones
Rosas frescas y jazmines
Que exalan dulces olores.
En ellos tienes, hermosa,
Los celestiales arpones,
Con que al orbe amante rige
La emperatriz de los dioses.
¿Quién es el que al oro rico
Prefiere el mezquino cobre?
¿Quién entre oscuro azabache
Las turquesillas no escoge?
Yo por lo azul me desvivo,
Muero por tus ojos, Clori;
Por que los ojos azules
No pueden serme traidores.
Yo te amaré, dulce mia,
Mientras los lirios coloren
La pura y fulgida grana
Del sonrosado orizonte.

Sobre tu cándido pecho
Corpiñito azul abroches,
Y en el dorado cabello
Prendas azuladas flores.
Y de San Juan en las fiestas
Albo vestido coloques
Sobre un vivo azul celeste
Que anhelen ver los pastores.
Azul pabellon te encubra
Cuando en lecho blando poses,
Y con seda azul, bien mio,
Bordes mi cifra y mi mote,
Ora en las áureas sortijas,
Ora en albos cinturones,
Cuando importunos testigos
Ni te pregunten ni azoren.
Mas halagüeña aparece
La blanca nieve si absorbe
El grato azul que despiden
Los matutinos albores.
Ojos azules que tengo
En precio mayor que al orbe,
Yo adoro de vuestras niñas
Los celestes esplendores,
Y si la paz vive en ellos
Dejadme que en ellos tome
El ópio de amor que ansío
Para calmar mis dolores.

A Rosana.

Un lustro, Rosana hermosa,
Te he estado amando en secreto,
Desde que la suerte impía
Me echó de tu vista lejos.
Aquella ausencia obligada
Llenó de amargo tormento,
De congojas é inquietudes
Mi triste inocente pecho.
¡Cuánto, cuánto me afligia
Haber causado indiscreto
Tus primeros sinsabores
Y tus sollozos primeros!
¡Triste noche! cuando daban
Las horas al blando juego
Mil amadores felices,
Libres de odio y recelos,
Me hiciste apurar la copa
Del mortífero veneno,
Lágrimas mil arrancando
De los ojos de mi dueño.
Si yo pudiera, Rosana,
Pintarte aquel desconsuelo
Que sentí, cuando escuchamos
El noble grito materno,

Perdonarias benigna,
 Por mis cordiales afectos,
 La pena larga y profunda
 De que fue testigo el pueblo.
 ¡Ah! tú sabes que yo entonces
 Fui un inocente reo,
 A quien solo condenaron
 Sospechas vanas y miedo.
 ¿De aquel instante, Rosana,
 Feliz y penoso á un tiempo,
 No conservas en tu mente
 Los poderosos recuerdos?
 Sí: que mil veces yo mismo
 Te los ví pintar diciendo
 Que no merezco tu enojo
 Ni tú indignacion por ellos.
 Haz, hermosa de mi vida,
 Que aquel amante destello
 Sea el sol que me ilumine
 De rayos de oro cubierto.
 Ten compasion de tu Anfriso
 Que en tantos años eternos,
 Sin la lumbré de tus ojos
 Vagó deslumbrado y ciego,
 Como el habitante triste
 De los oscuros desiertos
 A quien niegue siempre airado
 Sus puras luces el cielo.

No ha mucho ¡ó fortuna, ó gloria!
 Que los pacíficos vientos
 De la calma á tus hogares
 Tierno amigo me volvieron.
 Si la tempestad bravia
 Quebró de mi barca el remo,
 Vivo aún, y á tí mi playa
 Con mi pobre barca llevo.
 Se tú mi sola esperanza:
 Se tú mi tranquilo puerto,
 Y no cruel me abandones
 Al temporal que aborrezco.
 Otra vez te ví, Rosana,
 Despues de mi mal horrendo;
 Mas de él, con mirarme, hiciste
 Un dichoso sufrimiento.
 Ya la ilusion me pintaba
 De nuevas dichas el sueño,
 Y hombre inmortal me fingia
 El volador pensamiento.
 La antigua pena trocando
 Por este placer de vernos,
 Ardía el alma invisible
 Llena de amor y respeto.
 Mas ¡cuán raudos se tornaron
 Tantos placeres risueños,
 En burladas esperanzas
 Y en horroroso despecho!

No es dado esplicar al labio
 El sombrío abatimiento
 Que entorpeció mis sentidos
 Despedazándome el pecho,
 Cuando te vi desgraciada
 En el poder de otro dueño,
 A quien tus bellas miradas
 Alma y vida y gloria dieron.—
 Solo conmigo pensaba
 En mi dolor, y en mis versos
 Solo contaba mis males
 Para sentirlos de nuevo.
 Cuando en amables delicias
 Nos cubria un mismo techo,
 Para escuchar de tu Laura
 Los seductores acentos,
 Al quieto placer cedía
 Su lugar el llanto acerbo,
 Y la amistad consolaba
 El miserable lamento.
 Yo te nombré tierna amiga,
 Me llamaste amigo tierno,
 Y entonces ¡oh Dios! gozamos
 Tranquilas horas serenos.
 Servirte siempre, ensalzarte,
 Dar á tu pasión consejos,
 Regocijarme en tu dicha
 Era mi constante anhelo.

Tu dabas vida á mi vida ,
 Tregua á mis penas sin cuento ,
 Y al corazon fatigado
 Dignos y nobles deseos.
 Ante tu madre benigna
 Delante del pueblo entero
 Yo te nombraba orgulloso
 Mi mejor amiga al menos.
 Mas tanta amistad , Rosana ,
 Era el amor encubierto
 De la amistad acendrada
 Con el trasparente velo :
 Era un rayo despedido
 Del inestinguible incendio
 Que en mi corazon se esconde
 Des que vi tus ojos bellos.
 Si alguna vez meditaba
 Dar alivio al triste peso ,
 Buscando en nuevos amores
 Olvidar tu hermoso imperio ;
 Al levantar engañado
 Con nobles ansias el vuelo ,
 Muertos y helados caian
 Mis generosos esfuerzos.
 Asi la piedra lanzada
 Que hiende subito el viento ,
 Perdido el ímpetu breve
 Se precipita á su centro.

Plugo por fin á los hados
 Que de Dalmiro indiscreto
 Viese yo, Rosana hermosa,
 Libre tu cándido seno.
 Y entonces volví á buscarte
 De mis esperanzas siervo,
 Para repetirte ansioso
 Mis antiguos juramentos.
 No mas veloz por los montes
 Se ticade el ciervo sedicento,
 Saltando los altos riscos
 De mortal despeñadero.
 No hace ocho soles de cuando
 Al brillar el rojo Febo
 Sobre tus campestres flores
 Tras de los bosques opuestos,
 Te declaré que aun te amaba
 Con el entusiasmo inmenso
 Del mismo amor que desoye
 Todas las leyes del suelo.
 Nunca mis tímidos labios
 Tan elocuentes se abrieron
 Para revelar del alma
 Los encendidos secretos.—
 Debí de cansarte, hermosa.
 Tal vez con mi ardiente ruego:
 Tal vez profané las aras
 De los humanos respetos.

Si desventura tan triste
Es mi fatal privilegio,
Lloraré mi suerte amarga,
Mas no culpes el exceso.
Porque el amor fue mi guía
Y él mandó mi pensamiento
Y él animó mis palabras
Y él encendió mis deseos.
Mientras el arroyo cabe
Dentro de su cauce estrecho,
Ni pierde su dulce calma
Ni salva el puente soberbio.
Mas, convertido en torrente,
Brama espumoso y violento,
E inunda montes y llanos,
Y vuelca trontos y pueblos.
Así fue mi amor, Rosana:
Cuando ignorado y primero
Solo el alma le sentía
Con envidiable sosiego.
Mas creció como las olas
Del bravo mar turbulento,
Y con mis hondas angustias
Hice resonar los vientos.
Si la celestial ternura
Goza un lugar en tu pecho,
Bendeciré con orgullo
Mi amoroso atrevimiento.

Un consejo.

No sé, desentelada Elisa,
Si tus suspiros apruebe,
Ni los favores que pides,
Ni las dichas que concedes.
No sé si de Fabio alcanzas
Los sacrificios que puedes,
Ni si en su seno alterado
Dormir sin recelo debes.
Ni yo repruebo que indócil
Le otorgues justas mercedes
Cuando tristemente calle
O cuando humilde te ruegue:
Que la amistad en tu pecho
Su templo escojido tiene,
Y es la virtud que las almas
Immortaliza perenne.
Dulces serán sus caricias,
Sabrosas mas que las mieles
Que el rico fanal esconde
Entre los bosques de Ceres.
Mas tu libertad resguarda:
Que si él diestro la adormece
En un placer fugitivo
Labrará tu eterna muerte.

Si alguna vez te deslumbra
Y el falso reclamo atiendes,
Cobra tu razon, hollando
Con pie seguro las redes.
¡Ay! si la astucia maligna
Entre sus lazos te prende,
No sabrás romperlos nunca
Aunque misera lo intentes.
Y las lágrimas que llores
No borrarán de tus sienes
Del único bien perdido
Las señales indelebles:
Que las lágrimas no mudan
El vendaval de la suerte,
Ni él repara los estragos
Cuando el silbido detiene.
El mismo céfiro dulce
Que las tiernas flores mece,
Inhumano las deshoja
Cuando en cierzo se convierte.
Y por el suelo marchitas
Lleva rosas y claveles
Que el bello pensil ornaban
Antes con pompa celeste.
Sepulta ahora tus ayes,
Guarda el decoro que pierdes,
Si como prenda de gloria
Ostentarle al mundo quieres.

El agua que entre esmeraldas
 Trenza de cristal parecec
 En que se mira tranquila
 La yerba del márgen verde,
 Arrasará los sembrados
 Salvando diques y puentes,
 Si con abundante lluvia
 Se trueca en bravo torrente.
 El claro sol, cuando nace,
 Tesoros de vida llueve;
 Pero en las horas estivas
 Tal vez abrasa las mieses.
 Si al mayo adorna con galas,
 Cubre de luto al noviembre,
 Y en un mismo rayo, Elisa,
 Delicias y males vierte.
 Tal vez, benigna ó confusa,
 Con luz de amor aparente
 Pagas al error tributo
 En cariños inocentes;
 Y á Fabio que finje celos
 Y una pasión que no siente,
 Das el corazón en prenda
 De las dichas que prometes.
 Si el cercano precipicio,
 Desvendado el rostro, vieres,
 Y del honor acechado
 El negro sepulcro temes,

Huye, Elisa, el asechanza
Que Fabio á tus años tiende,
Ora sonríe á tu vista
O taciturno se muestre.
Si en ademan pensativo
El dogal áspero muerde
De un desprecio imaginado,
Elisa, no le consueles:
Porque el leon furibundo
Cuando en la apariencia duerme,
Viendo la presa cercana
Sobervio su sangre bebe.
No carñosa le halagues
Si á desdeñarte se atreve:
Que son tambien seductores
En el amor los desdeñes.
Y cuantos él imagina
Como rayos se convierten
Contra tu cándido seno,
Para tal borrasca débil.
Cuando de tus ojos puros
Sus torpes ojos divierte,
Si en el silencio se agrada,
Con el corazon te hiere.
Yo sé que publica ufano
Con lengua mordaz y aleve
Victorias en esperanza
Que le agravian y te ofenden.

Y pues llorando me pides
Que mi amistad te aconseje,
Con sábia prudencia elije
Entre olvidarle ó perderte.

El retrato de Rosana.

Si quieres saber, Dalmiro,
Qué me cautiva en Rosana,
Oye en mis débiles versos
Un bosquejo de sus gracias.
Es su semblante la rosa
Cuando al despuntar el alba
De los nuevos resplandores
Su nítido cáliz baña.
Gentil y breve su talle,
Y ella en el andar gallarda
Como la erguida azucena
Cuando la mecen las auras.
Su pura y tierna sonrisa
Es la mas bella mañana
Del abril, que el verde campo
De gayas flores esmalta.
Ni del orgullo sombrío
Respeto la sombra vana,
Ni de su sexo azaroso
Los tristes placeres ama.

De seductores peligros
Modesta y fuerte la guardan
Con la virtud adquirida
Las virtudes heredadas.
Miel es su sabroso acento
Si la amable voz exala,
Y aromas son sus suspiros
De los pensiles de Idalia.
En su donosa apostura
Y en sus sensibles miradas
Por la vez primera acaso
Decoro y amor se hermanan.
Vive en la viciosa corte
Como inocente aldeana
A quien jamás victorioso
Puso el crimen asechanzas.
Tiene en sí misma su gloria
Y en su candor su esperanza:
La fortaleza es su escudo,
Y la bondad es su gala.
Compasiva y jenerosa
La espina al dolor arranca,
Y son opio de las penas
Sus dulcísimas palabras.
Aquel agrado celeste
Con que el discurso acompaña
Trueca en delicia el tormento
Y al venturoso arrebatá.

Cual agua limpia y serena
Riega en silencio las plantas,
Con su amistad los pesares
O los disipa ó los calma.
Si los demas son dichosos
Es feliz , aunque la amarga
Desventura la persiga
Para probar su constancia.
Y es en años juveniles
Para los consejos sábia,
De la licencia castigo,
Y del sacro honor muralla:
Modelo de las mugeres
Que el justo mérito ensalza;
Y sobre tantos trofeos
Española y castellana.
Ya sabes , Dalmiro ilustre,
De mis cuidados la causa.
¿No piensas tú como Anfriso,
Que es dulce y forzoso amarla?



El duelo.

Cuidé que ya no venias.—
Cuidaste mal, moro Tarfe;
De Abderramen las palabras
Sus leyes son : ya lo sabes.
¿Ni como faltar pudiera
Siendo tú quien me retaste,
Y si amor, brio y Celima
Me conducen al combate?
Tarfe, Tarfe atras te tira
Y saca ese corvo alfanje
Y acomete, pues ya el mío
Ansioso está de matarte.
Señalando está á tu rostro
Para en muy breve rajarle.
No temas moro : la muerte
La teme solo el cobarde.—
¿Cobarde yo? ; Alá potente!!
Abderramen de mí alcance
El cielo va á ser testigo,
Tus heridas y tu sangre
Y tu muerte y el genil
Y los granadinos valles
Y mis ojos sobre todo,
Y sobre todo mi alfanje.

Dijeron, y silenciosos
Y enardecido el semblante,
Con la diestra los aceros
Cruzaron amenazantes.
El brazo siniestro arquean
Sobre las cabezas fácil,
El pie siniestro afirmando
Atrás, y el diestro adelante.
Casi de perfil el cuerpo;
Pero la frente arrogante
Da cada cual al contrario,
Y el pelo erizado al aire.
Comienzan ya la pelea,
Van y vienen los alfanjes,
Y hasta el recazo retumban
Con rumor fierro sonante.
Ya Abderramen se retira
Y sobre él se tiende Tarfe,
Atrás Tarfe se revuelve
Y Abderramen sobresale.
Ya se estiran, ya se embeben
Hurtando el pecho sagaces,
Ya se juntan, se separan
Y ya tornan á juntarse.
Ya vencedor ya vencido
Se ve cada cual á instantes,
Y en su veloz pensamiento
La atroz contienda acabarse.

Con mas enojo acometen
Y con brazo mas pujante,
Espumarajos vertiendo
Silenciosos y tenaces.
De sus órbitas los ojos
Arrojando fuego salen,
Y los movimientos siguen
De los aceros cortantes.
Lanzando sordos jémidos
Que comprime el alma grave,
Ya sin vigor se acometen
Aunque en el esfuerzo iguales.
Mira la muerte asombrada
El dudoso y crudo trance,
Y un solo brazo parece
Que agita el fiero combate.
Mas ya, cual última llama
De luz que espirando arde,
De su cansancio arrancaron
Nuevos bríos, mas coraje.
De sus pechos dos arroyos
Brotaron de roja sangre,
Y fue común la victoria
Sin haber vencido nadie.
Abderramen segundando
Desarmó seguro á Tarfe,
Quien entonces ruboroso
En voz exclamó espirante:

Tuya es, moro, esa hermosura
 Por quien se empeñó este lance;
 Mas pues quedo sin Celima,
 Por Alá la muerte dame.—
 Eso no, mi honor perdiera
 Si tratara de matarte:
 Bástame haberte vencido,
 Porque.... debe de bastarme.
 Jamás con moro he luchado
 Mas brioso ni arrogante,
 Desde que vengar á Argel
 Me dió furibundo Marte.
 Los mas forzudos cristianos
 Los ví á mis plantas postrarse,
 Con solo llevar los ojos
 Adonde cuelgo el allanje.
 Pero tú, valiente moro,
 Al verme á mí te esforzaste,
 Y no mas que á la fortuna
 Debo la vista esta tarde.
 No recies que en la Alhambra
 Mi inútil victoria cante,
 Ni á las rejas de Celima
 Tu nombre y valor ultraje.
 Ven pues á mis dulces brazos,
 Que en ellos quiero estrecharte,
 Y de Abderramen te llama
 El rival mas digno, Tarfe.—

La ausencia.

En vano , con tristes ayes ,
Ausente bien de mi alma ,
Tu dulce nombre invocando
Lleno importuno las auras.
Entre las hondas cavernas
De aquellas altas montañas
Mis tristísimos gemidos
Pierden su fuerza abrasada :
Y de allí pasar no pueden
A demostrarte mis ansias ,
Y eco espirante y temblorosa
Aquí me los vuelve ingrata.
Las ternuras que te envío
Con mis amantes palabras
En mis oídos resuenan
Apenas son pronunciadas.
Y de que atiendas mis males
Perdida ya la esperanza ,
Discurso del fresco valle
A la frondosa enramada
Tan confuso y azaroso ,
Que apenas veo si pasan
Los mayores guiando
A su redil las manadas.

Ni oigo los dulces cantares
De las alegres zagalas
Como en días mas felices
Junto á ti los escuchaba.
En mi pálido semblante ,
En mis ansiosas miradas ,
En mi inquietud tanto tiempo
Se ve durar la desgracia,
Que nadie ya me pregunta
De mis angustias la causa ,
Y apenas me compadecen
Ni de mis tormentos hablan.
Ya llego al vergel florido
Y él me acuerda las guirnaldas
Que mis manos amorosas
Para tu frente enlazáran.
Y con memorias tan tristes
Como en otro tiempo caras ,
Mirar las flores me enoja
Y el brillante sol me enfada.
De allí me voy á la fuente
Donde con mimos y gracias
Recíprocas nuestros pechos
De la suerte se burlaban.
Desconsolado me siento
En donde tu te sentabas ,
Y prorrumpo al cielo dando
Esta sentida plegaria.

«Dulce bien del alma mía,
 ¡Cómo en perezosa calma
 Te olvidarás de que Anfriso
 Pena aquí por su adorada!
 Aquí fue donde tus ojos
 Con languidez me miraban:
 Aquí donde entre las mias
 Tus manos, Fili, estrechaba.
 Esta la fuente de donde
 Cogías, mi amor, el agua
 Con que tantas florecillas
 Regaste al salir del alba:
 Y también en donde á veces
 El nuevo cendal mojabas
 Para ponerle en silencio
 Sobre mi frente tostada:
 Donde después con mil risas
 Que el corazón me arrebatan,
 Celebrabas mis desenhados
 Y tus glorias celebrabas.
 Esta que miro en la arena
 Será de tu pie la estampa
 De cuando ocultos nos fuimos
 A la vecina emboscada...
 ¡O placeres, ó venturas
 Idas apenas gozadas!
 ¡Quién en aquellos transportes
 Estos males aguardara!

¡Y quién volviera, amor mio,
Quién volviera á aquellas ansias,
A aquellos sencillos besos
Que con rubor me libabas!
¿Por qué no vienes? ¡Ay triste!
Tal vez por la corte vagas
Divertida en otras glorias,
De mis penas olvidada :
Y tal vez la imagen mia
Sea para ti ya nada,
Nada lo que fuera todo ,
Tu bien, tu vida y tu alma.
¡Ay de mi vida! mis ojos
Hartos de llorar desmayan,
Y mi lengua se entorpece ,
Y no me tienen las plantas.
Oídme , amigos : si alguno
Parte á la corte mañana,
Le ruego que busque á Filis
Y le cuente mis desgracias.



Amira á Dalmiro.

¿De qué te quejas Dalmiro?
¿Qué dudas tu pena escitan?
¿Por qué tanta incertidumbre
Tu loca pasión fascina?
Mas no, Dalmiro: el amante,
Querido ya, solo ansía
Pintar por verdades sueños
Con que á su bien martiriza.
¿Te quejas porque mil veces
No te ofrezco el alma mía?
Pues veces mil te la ofrezco,
Y mil y otras mil la vida.
¿Es tu deseo al quejarte
Qué renueve mis caricias?
No he menester de tu queja;
Que yo sabré repetirlas.
¿Qué reconvencion ¡ay triste!
Podrás hacer á tu Amira
Que los delirios que siente
Al pueblo entero publica?
¿Que no los calla á su madre
Ni los calla á sus amigas,
Y el murmurar desatiende
De la maldad y la envidia?

¿No recuerdas que en las fiestas
En que cien jóvenes iban
Tras mí, tan solo los ojos
A tu dulce voz volvía?
¿Qué te buscaba entre todos
Mi tierna azarosa vista,
Olvidando que mi madre
Celosa mi brazo asía?
¿Cómo, mi bien, no recuerdas,
Cómo, ingrato amante, olvidas
Que cuando ayer tu pasabas
Mi calle al morir del día,
Enamorando á Filena
Para mi afrenta y desdicha,
Aun escuchaste este acento,
«No te aborrece tu Amira?»
¡Ay! tu la paz inocente
Me robaste en las Delicias:
Por tí sin color me veo
Con la faz amortecida.
Por tí no duermo de noche,
Y lloro lágrimas vivas,
Y aumenta mi larga angustia
El viento horrible que silba.
Una vez el ruido atiendo
De la fuente cristalina,
Y otra el son de la campana
Cuando las horas indica:

Ora del can los ladridos,
 Ora canciones festivas
 De los que rondan alegres
 A sus despiertas queridas.
 Y si un instante entretengo
 Los males que me atosigan,
 Oigo luego el ronco acento
 De una triste tortolilla
 Que remedando en su ausencia
 Y en su soledad la mia,
 Si con su arrullo me agrada,
 Me recuerda mis desdichas.
 Vuélveme mi paz, ingrato,
 Y mi juventud perdida:
 Vuelve la flor, que agostaste,
 A quién la llora marchita.
 ¡Qué injustos que son tus celos!
 Con ellos solo conspiras
 A que ofendida te deje,
 O á que eternamente gima....
 Pues bien: gemiré llorando
 Y maldiciendo mis dias;
 Mas sin odiarte: quien ama
 Ama su propia desdicha.



Anfriso á Dalmiro.

No dejes , tierno Dalmiro ,
Los amores de Rosana :
Mira que pierdes tus glorias ,
Y tus placeres se acaban.
No abandones la hermosura
Que es tu querida esperanza ,
La que te enseñó de Venus
A adorar la dulce llama :
La hermosura en que aprendiste
Del dios vendado las gracias ,
Y á ser galan verdadero
En tus auroras tempranas.
No olvides aquellos ojos
Que primeros te inspiráran
Amorosos pensamientos
Y vivas sabrosas ansias.
Ella sabe que la adoras ;
Tu sabes que te idolatra :
¿Quién os robará las dulces
Delicias que amor consagra?
Ella es hermosa , tú tierno ,
Gentil tú , y ella galana.
¿Quién ostentar mas orgullo
Podrá en las fiestas de cañas?

Vendrán las fiestas, y en ellas
 En tus brazos reposada,
 Será imágen de la verde
 Yedra que al olmo se abraza.
 Y cual sus hojas descuellan
 Que grato frescor derraman
 Sobre las sombras que forma
 El árbol que la engalana,
 Así á tu lado los ojos
 Revivirán de Rosana,
 Y ella en magestad la frente
 Alzará hermosa y gallarda.
 Así á tu lado orgullosa
 Mostrará la altiva gala
 De sus mejillas de rosa
 Con sencillez de aldeana.
 En vano amantes osados,
 De los noveles á usanza,
 Irán á rendirle ansiosos
 Los tributos que amor manda.
 Los mirará con desprecio
 Huyendo su dulce cara,
 Y á tí volverá los ojos
 Con dulces y tiernas ansias.
 La que ahora es tu cuidado,
 La que tus tormentos causa,
 Es tu dicha y embeleso
 Tu consuelo y tu esperanza.

A templar tus tristes penas
La hermosísima Rosana
Con solo blandos acentos
Y un mover los ojos basta.
Ella tan solo á tu pecho
Dará la plácida calma:
Tan solo á Rosana debes
Adoracion soberana.
No dejes, tierno Dalmiro,
Los amores de Rosana:
Mira que pierdes tus glorias,
Y tus placeres se acaban.
Si un instante solo incauto
Sus memorias olvidáras,
¡Ay que desdichas entonces
Tu vida triste aquejáran!
Tal vez entonces tu amante,
Tarde ya desengañada,
Juraria á tus amores
No volver, por Venus sacra.
Y en vano otra vez rendido
Con llanto de amor buscáras
Las delicias mal perdidas
Por tu condicion amarga.
¡Ay! tal momento no llegue:
Que, si se vé despreciada,
Te olvidará para siempre
Y no podrás recobrarla.

De Rosana aborrecido
En vano de otras zagalas
Irás á rondar de noche
Las entreabiertas ventanas.
Rápidos, breves instantes
Templarás la pena ingrata ;
Mas luego al llanto volviendo
Será tu angustia mas larga.
Y si las otras penetran
Tu mal oculta inconstancia,
Serás la burla del pueblo
Y el desprecio en la comarca.
Solo vagarás, lloroso ,
Sin compañero en tus ansias,
Mientras los otros pastores
Canten las dichas logradas.
Mira cuantos sinsabores,
Tierno Dalmiro, te aguardan,
Si por otra amante dejas
Los amores de Rosana.
No larga ausencia te entibie ,
Ni que al postigo no salga
A las señas del silbido
Cuando por su calle pasas.
Bien sabes, aunque su madre
La vijila y la amenaza,
Que á pesar suyo te adora
Y que recibe tus cartas.

Hace sobrado en quererte,
Y haces tú poco en amarla,
Que ella con peligro quiere
Y tú sin peligro la amas.
Ay, Dalmiro de mi vida,
Noche y día le consagra,
Ora hablando á tus amigas,
Ora llorando en tu casa.
Y cuando el cielo coronen
Las lumbreras soberanas,
Y la refulgente luna
Derrame su luz templada,
Al campo sal, y amoroso
Al cielo cuenta tu llama,
Y allí las glorias del día
En tu memoria repasa.
En tanto también « Dalmiro »
Repitiendo tu adorada,
Romperá el grato silencio
De su triste oscura estancia.
Los ojos alzando al cielo,
La cabellera á la espalda,
Y sus manos oprimiendo
Sus desnudas pomas blancas,
Con mil jemidos dolientes,
Con penetrantes miradas,
Por su honor y por el tuyo
Jurará entregarte el alma.

No dejes por otra, amigo,
 Los amores de Rosana:
 Mira que lo pierdes todo
 Y solo la muerte ganas.

*Al cumpleaños de la señorita Doña María
 de los Dolores Armijo de Cambronero,
 mi amiga.*

Yo no sé, celeste Amira,
 Si podrá decirte el labio
 La gloria que el alma siente
 Viendo florecer tus años,
 Hoy que con vírgenes luces
 De tu dulce vida al árbol
 Añade una rosa nueva
 El monarca de los astros.
 Que algun fúnebre recuerdo
 Y algun punzante cuidado
 Mi férvido pecho asedian
 Para menguar sus encantos.
 Y á no templar tu sonrisa
 El grave dolor amargo,
 Fuera mi tímido acento
 Ronco son desconcertado.
 Perdona, imagen del cielo,
 Si no alcanza el plectro á tanto

Que las cuerdas de mi lira
 Haga sonar con aplauso.
 Hoy Venus en el olimpo
 Celebre su nombre claro:
 Que yo el tuyo venturoso
 Hamilde cantor ensalzo.
 No de la torpe lisonja
 En el vil altar consagro
 Impura ofrenda: que el mio
 Son de la amistad los lauros.
 Las odoríferas flores
 Que yo te presente ufano
 Brillarán inmarcesibles
 Hasta en el sepulcro avaro.
 Ante mis ojos atentos
 Pareces clavel lozano
 Que del sañoso diciembre
 Sobrevive á los estragos:
 Vernal hermosa azucena
 Que, en el pensil descollando
 De la beldad, con su aroma
 Trasciende al valle cercano:
 De grato amor y ternura
 Brillante sol, un milagro
 De bondad, de claro ingenio
 Feliz y nítido rayo.
 Como á Rosana en los fuegos»
 Cantó Melendez ufano

Al son de cítara tierna
 Con indecible entusiasmo,
 Yo, si á sus manes divinos
 Robase el numen sagrado,
 Cantára á *Amira triunfante*
 «En la ciudad y en el campo:»
 ¿Gimes? ¿De modesto lirio
 Se cubre tu rostro? ¿El llanto
 Baña tu pura mejilla?
 ¿Tiembla tu seno ajitado?—
 Deja al corazon que vuele
 Por el halagüeño espacio
 De sus ideas, al gozo
 Templo y víctimas buscando.
 Vive y triunfa, que la aurora
 Brilla sin fieros nublados:
 Pura es su luz y te anuncia
 Siglos de sublime halago.
 Ni las rencillas te aflijen,
 Ni te apenan los cuidados,
 Ni de la vejez caduca
 Te yela el frio desmayo.
 Y tú el secreto conoces
 De ser feliz: que en el vaso
 De Minerva y de las musas
 Beben su licor tus labios.
 De Anacreonte y Villegas
 Osaste emprender los pasos,

Y modelos de buen gusto
Son tus primeros ensayos.
En vano callas : tu aliento,
Por la ternura inflamado,
Te hace traicion y revela
Que eres un mímico de Erato.
Vulgares almas no saben
Que en el delicioso engaño
De la ilusion se atesoran
Del existir los encantos.
La ilusion manda la gloria
De los héroes : mas , brillando
Sin su anable velo , al mundo
Escombros son los palacios.
Alza , pues , la hermosa frente,
Sacude el muelle letargo,
Y vuele tu voz canora
Por el confin mantuano.
Lleva tus dones al templo
Donde los bates hispanos
Se postran : allí suspira
Placer el aura , volando.
Si te rodea el contento
Con su esplendoroso manto.
¿ Qué te importan de la tierra
Los fatídicos amagos?
Allegando á la hermosura
De las letras el ornato.

Serás de Palas escudo,
 O insigne alumna de Pafos.
 Y cuando una sombra anuble
 De tu juventud los años,
 Aun te quedarán laureles
 Que oponer al orbe vano.

El pastor triste.

Todo es contento en el monte,
 Todo envidiable algazara:
 Yo solo triste lamento
 A su vista mis desgracias.
 Cantad, cantad, jilguerillos,
 Dulces cantad la alborada
 Para envidia de los dioses
 Y sus celestes moradas:
 Para alivio de mis males,
 Para consuelo de un alma,
 Hoy en la afrenta sumida,
 Feliz ayer y envidiada.
 Cantad, y vuestros gorjeos
 En las portuguesas playas
 Tan deliciosos resuenen
 Como en estas verdes ramas;

Y del portugués altivo,
 Que orillas del Miño vaga,
 Templad tambien, si suspira,
 Las duras queridas ansias.
 Trinad en tanto que Anfriso
 Lejos de su prenda cara,
 Al cielo alzando los ojos
 Amargos gemidos lanza:
 En tanto que vuestras glorias
 Con sus desdichas compara,
 Vuestra libertad hermosa
 Con su esclavitud amarga.
 Cuando iluso en mil venturas
 Eternizarme esperaba,
 Entre los brazos durmiendo
 De mi inocente zagala,
 Sus dolosos consrjeros
 En medio de ambos levantan
 Un muro que nos divide
 Mas alto que estas montañas.
 En triste mansion oscura
 Yaces: mi bien, encerrada,
 ¿Por qué á romper tus prisiones
 Mi débil poder no basta?
 ¡Que horroroso es el tormento
 Que á un pecho sensible abrasa,
 Si en el instante le sufre
 En que el placer aguardaba!

A vuestros dulces amores,
Jilguerillos, no es ingrata
La que adorais : con usuras
Vuestros cariñitos paga.
Mas ¡ ay ! en la triste tierra
Del fiero dolor esclava,
Se retribuyen con males
Las virtudes desgraciadas.
Vive el amor oprimido
Con las mas injustas trabas,
Y hasta el pensar en sus glorias
Arrastra el nombre de infamia.
Quien ama mas tiernamente,
Con mas fé , con mas constancia,
O es pagado con desprecios
O sufre penas amargas.
En el seno de las dichas
De la dolosa esperanza
Se alberga el crudo veneno
Que silencioso nos mata.
O tú , mansion reducida,
Y vosotras fuentes claras,
Verde alfombra que pisaron
Ayer de mi amor las plantas,
Decidme si ayer sensibles
No escuchasteis de Rosana
Mil cordiales juramentos
De volver hoy á pisarlas.

Decidme si ayer jimiendo
Mi labio fiel no esclamaba:
« Esta divina ventura
Volveré á gozar mañana:
De este albergue silencioso
Entre las espesas hayas
Beberé el aliento puro
Que mi dulce prenda exala.»
Pues hoy en el mismo albergue
Todos los bienes me faltan,
Y do ayer gocé mil glorias
Hoy la desdicha me acaba.
Envidias, murmuraciones,
Calumnias, odio, amenazas,
Todo sobre mí lo agolpa
La mano del cielo airada.
Los amados deudos míos,
Los pastores de la Guarda
En los rediles me injurian
Y en las aldeas me infaman.
Esos que en el frio invierno
Junto á mí se calentaban
A mi hoguera, me maldicen
E indigno pastor me llaman;
Y por ellos en la choza
De mi dulce prenda amada,
Para mal suyo y mi muerte,
No puedo entrar como entraba.

Y estas horas que solia
En honra suya ocuparlas,
Con ella al monte guiando
Sus ricas corderas mansas,
Diciéndole mis amores
Al grato son de mi flauta,
Mientras ella con descuido
Los blondos copos hilaba,
Desolado aquí me veo
Ya reducido á llorarlas,
A par que ingratos pastores
En verme morir se agradan.
Cantadores pajarillos
Que con deliciosas gracias
Quisisteis templar los males
Que venenosos me iustaman,
A Dios ¡ay! ¡á Dios! mis ojos
El sentimiento os declaran
Con que abandono violento
Vuestra mansion retirada.
A Dios, soledad hermosa,
Consuelo de mi desgracia:
A llorar sobre estas peñas
Aquí volveré mañana.



El amor respetuoso.

Amor te pido , Rosana ,
¿ Y solo amistad me brindas ?
¡ Y amistad no mas !— Decretas
Mi terrible despedida.
¡ Ay ! las penas que se agolpan
De tropel sobre la indigna
Existencia despreciable
Que arrastro en míseros días ,
No es bastante á numerarlas
La anudada lengua mia ,
Y á mi despecho entregado
Sé solamente sentirlas.
Ellas son mi amarga muerte :
Mas ¿ qué hacer ? En vano ansía
Desechar el alma triste
Las que al corazon cautivan.
Porque el mortal infelice ,
Eslavo de sus desdichas ,
Hace menor su quebranto
Con el dolor que respira.
¡ Cuánto para mi funesta
Fue tu amistad ! ¡ Cuán impía !
Si una flor cogí , con ella
Tomé punzantes espinas.

En las hojas de la rosa
Las puas envueltas iban
Que ora me elavan el pecho
Cuando la rosa es marchita.
¡Triste de mí que no puedo
Ni aun aspirar á la dicha
De gozar sereno y dulce
La hermosa amistad tranquila!
Mas no te culpo, Rosana,
No á tí te culpo querida
De la afliccion que padezco,
Y en el sepulcro me abisma.
De tu voz los dulces ecos
Y tus palabras benignas
Y tu virtud me robaron
El alma ¡oh Dios! que tu esquivas
Hasta tu desden respeto
Y amo la pena maligna,
Que si agosta mis placeres
Por tí la sufro, mi vida.
De tí recibo la muerte
Con gloria, si me la envías,
Que aunque triste don, es tuyo
Y no se evitar tus iras.
Pero temer de Rosana,
Que es la gloria de la villa
Y el honor de la hermosura,
La mas ligera perfidia,

Es ofender el modelo
De las virtudes sencillas ,
Es querer manchar el oro
Con vanas sombras perdidas :
Es un ultrage á los dioses
Que el decoro en ella fían ,
Es no amarla... y yo la adoro
Aunque me aborrezca altiva...
¿Altiva tú? No bien mio ,
Nunca la altivez habita
En los generosos pechos
Con la modestia sumisa.
Nunca el ave carnicera
Con la paloma se anida ,
Ni con la tórtola dulce
La sierpe que horrenda silba.
En vez de orgullo insensato
Mansedumbre santa brilla
En tu bondoso semblante ,
Fuente de inmensas delicias.
Reina la paz en tus ojos ,
Vive en ellos la alegría,
Y tú la virtud me enseñas ,
Si candorosa me miras.
Junto á las purpúreas rosas
De tus celestes mejillas
Del terso jazmin blanquean
Las tiernas ojos tendidas.

Y del coral de tus labios,
Do luce pura sonrisa,
Brotó el fecundo venero
De tus dotes peregrinas.
En tus acentos suaves
Abundante miel destilas
Que los amargos dolores
Del corazón dulcifica.
De tu ademán y tus pasos
Con la magestad festiva
El honor y el alto precio
De un alma sublime indicas.
¡Ay! yo la adoro postrado
Llorando lágrimas vivas,
De dulcísima ternura
Inagotables primicias.
Si mi pasión no alcanzase
La verde palma á que aspira,
Será, por humana y pobre,
De tu escelso amor indigna.
Tal vez no debes de amarme,
Bella Rosana querida,
Aunque mi amor inefable
Pagar con el tuyo ansías,
Porque conservas incanta
Calorosas las cenizas
De tu crudo ardor primero
Que aun perdidó te esclaviza.

Mas por tu bien y tu calma,
Si á tí, Rosana, te estimas,
Ya que no por mis amores,
Tales recuerdos olvida.
De la alma paz en el seno
Goza el sosiego tranquila,
Ya que no atiendas mis males
Ni á mis súplicas te rindas.
Sepa que en tu dulce acento
Gozo y contento respiras,
Y será mi angustia acerba
Menos pesada y maligna.
Si mis palabras te ofenden
Porque al amor se encaminan,
Entre las llamas del pecho
Las guardaré porque vivas.
Aunque el corazon me abraze
Cuando el incendio comprima,
Sellaré mi ardiente labio
Que temeroso palpita.
Mas si, en tanto que procura
Sofocar la hoguera activa,
Venec su lumbré y brotase
Por los ojos encendida,
Jamás me culpes, ¡Rosana!
Que el fino amor que tu inspiras
Es el imán, es la magia
Que el fuego invisible atiza.

Si largas fuentes de llanto
 Brotar por mis ojos miras,
 Déjalas correr, que sobran
 Del mar que dentro se agita.
 Con el dolor de no hablarte
 De mi eterno amor, delira
 Y se amedrenta confusa
 La asombrada fantasia.
 Si la engañada esperanza
 Sus nobles pasos retira,
 El corazon anhelante
 A mas amarte camina:
 Que es, adorada Rosana,
 De tristes almas mezquinas
 No adorar, cuando no esperan
 Premio á la amante fatiga.
 ¿A tu inspiracion sublime
 Do está el mortal que resista?
 ¿Dónde el mortal que tus pasos,
 Oyéndote hablar, no siga?
 Mas ¿por qué el alma afanosa
 Tambien placeres medita,
 Cuando solo al llanto triste
 Mis tristes ojos se inclinan?
 ¿Cuándo solo en la amargura
 Del desamor precipita
 Mi existencia abominable
 La que á morir me destina?

Ya que, Rosana, no adoras
 A quien por ti sacrifica
 Su bien, su gloria y su todo
 Con indecible porfia,
 Cuando exánime le veas
 Llorar al menos compasiva,
 Y que Anfriso te adoraba
 Al mundo entero publica.

A Elisa.

Si algun pesar, bella Elisa,
 Puede afligir nuestros pechos,
 Cuando traspongo los muros
 De la soberbia Toledo,
 Será que tú permanezcas
 En ese lóbrego encierro,
 Donde á penetrar no alcanza
 Con sus dulces rayos Febo:
 En esa mansion oscura
 Do vive eterno el silencio
 Del terror, y esclavizados
 Gimén los nobles deseos;
 Donde entre cadenas gime
 Tan cautivo el pensamiento
 Que teme la alevé plaga,
 Aun encerrado en el seno.

¿Qué te enamora en el campo
 Mustio, callado y desierto
 Donde las aves no cantan
 Sino con roncós gorgéos?
 ¿Tiénete á su orilla el Tajo
 Do solo sueñan los ecos
 De la mísera Florinda
 Que fabricó nuestros hierros?
 Te sustentan del romano
 Los poderosos recuerdos?
 ¿Del alarbe las conquistas?
 ¿O las memorias del Peno?
 Simple de ti: do se alzaba
 El doblado alcázar regio
 Que felices habitaron
 Tantos señores escelsos,
 Solo, con funesto asombro,
 Se ven derribados techos,
 Columnas rotas, ceniza,
 El polvo de lo que fueron.
 Do tachonadas alfombras
 Envidia daban al cielo,
 Crecen venenosas yerbas
 Sobre mortífero cieno.
 Do sonaba la armonia
 De los mágicos accents,
 Hierre el alma lastimada
 La voz del amargo duelo.

Julio murió: ni esculpidos
 Viven en mármol sus hechos:
 Que todo cede la vida
 A la segur de los tiempos.
 Las inscripciones borradas,
 Deshechos los pavimentos,
 Y las glorias de Castilla
 Heredadas por el miedo.
 El circo máximo, donde
 Nació el valor guerrero,
 Al rumor de las cuadrigas
 En belicosos torneos,
 Se hundió para siempre: quedan
 De él tan solo humildes restos,
 Do se detienen llorando
 Los sublimes pasajeros.
 En el abismo profundo
 Las altas metas se hundieron,
 Y solo duran las gradas
 De los públicos festejos.
 Allí las damas hermosas,
 En el amor compitiendo,
 A los vencedores daban
 De las carreras el premio.
 Allí brillaban un día
 Los plumajes y el acero,
 Las mallas y los brocados
 Y el oro fúlgido y terso.

Allí el amor jeneroso
 Brotaba pensiles nuevos,
 Y embalsamaban las auras
 Olorosos pebeteros.
 Ostentaba la hermosura
 Todo el honor de su imperio,
 Y acicaladas sus armas
 Los ilustres caballeros.
 ¿Y qué es ahora ese campo?
 Cenagal húmedo y feo,
 Teatro de la calumnia,
 Mansion de viles insectos.
 ¡Ay! La agorera corneja
 Domina ya los dos templos
 Donde Marte la victoria
 Mandaba y las paces Venus.
 Los artesones divinos,
 Que gloria del orbe fueron,
 Son ya del pueblo cristiano
 Miserables monumentos,
 Donde con escarnio inmundo
 Y con fatal vilipendio
 Reina del amor profano
 El vergonzoso cortejo.
 Tres mil lanzas guarnecian
 El cuerpo de Cristo yerto,
 En tres mil brazos robustos
 De hombres ricos de Toledo;

Y hoy treinta solas le cercan
 Con treinta quebrados petos
 Que trabajosos arrastran
 Treinta infelices plebeyos.
 ¿Qué las inclitas hazañas
 De los Alfonsos valieron,
 Rompiendo moros turbantes
 Con los católicos cetros,
 Si los hispanos trocaron
 En los siglos postrimeros
 La gloria de los combates
 Por el deshonor de siervos?
 ¿Si á las corvas cimitarras
 Los puñales sucedieron,
 Y á la tolerancia augusta
 Devoradores incendios:
 Esas llamas infernales
 En que los verdugos fieros
 A nombre del cielo hundían
 La hermosura y el ingenio?
 Todo es miseria y ruina:
 Todo te demanda acerbo
 Dolor y lágrimas tristes,
 Aunque son estéril fendo.
 Hondos jemidos te piden
 Los desolados lamentos
 De la ancianidad caduca
 Que mira el sepulcro abierto.

Llanto la noble manceba
 Que en ilustre cautiverio
 Del casto pudor las rosas
 Perdidas llora en secreto.
 Tributo de eterno llanto
 El río y el monte enhiesto
 Y el ancho valle que ocultan
 Cien malogrados trofeos:
 Gritos de horror y de ensajo
 Los quemados mausoleos
 Y el campo abrasado en donde
 Tantas víctimas murieron.
 De llanto y sangre arrasados,
 Elisa, mis ojos siento:
 Lágrimas ¡ay! verdaderas
 Que no previno el deseo.
 Un cerco de negras nubes
 Jira, Elisa, en torno de ellos:
 Verde es la rosa á mi vista,
 Y verde el azul del cielo.
 El corazón se me parte:
 Despedazan mil tormentos
 El alma del pobre Anfriso,
 A tales angustias muerto.
 ¡Ay! Torna á la corte, Elisa,
 Torna al amor de tus deudos;
 Vuelve á ser de su esperanza
 Un refulgente lucero

Que de las ínclitas prendas
 Que en tí admiran los iberos,
 No es, Elisa de mis ojos,
 Merecedora Toledo.

La primera entrevista.

Como la cándida rosa,
 La humilde frente inclinada,
 Recibe al sol que en oriente
 Con magestad se levanta:
 Y como las frescas hojas
 Del rocío salpicadas
 Va gozosa sacudiendo
 Al dulce amor de su llama;
 Y poco á poco en silencio
 El purpúreo caliz alza
 Hasta ver con ufanía
 Del mundo al bello monarca;
 Y cual los puros olores
 Esponjándose derrama,
 Mientras los rayos febeos
 La tiñen de viva grana:
 Así la vista primera
 Fue de Anfriso y de Rosana,
 Pastores que allá en el Tecla
 Apacientan sus manadas.

Recibió cortés á Anfriso
La dulcísima zagala,
Fijos los ojos en tierra
Y entrambas manos cruzadas.
Los finos cabellos de oro
Leves sobre el pecho vagan,
Y Cefirillo amoroso
Los mece blando y halaga.
En su cintura donosa
Prende una azucena blanca,
Mas blanca que nieve pura,
Mas fina que el fino nácar.
Liso cayado de fresno
Dibéjale con mil rayas,
Es su sosten y su apoyo
Mientras Anfriso la encanta.
Entre suspiros ardientes
Revela el pastor sus ansias
Que infunden nuevo contento
Al corazon de Rosana.
Y hace tales juramentos
Con tan ardientes palabras,
Que ella levantando el rostro
Se deja ver sobrehumana.
No mas fulgente aparece
El sol benigno, si rasga
Las nubes del marzo triste
Y de gloria se engalana.

Y la rápida ventura
 Que al tierno Anfriso arrebató,
 Al ver en ella las flores
 De la risueña esperanza,
 La del marinero escede
 Mirando la nave osada
 Que viene á prestarle auxilio
 Donde mísero naufraga.
 En aquellas dulces horas
 Felices momentos pasan,
 Y estrecha la simpatía
 Los sentimientos del alma.—
 Por mil gratas ilusiones
 Su pensamiento vagaba,
 Y sin saber qué era amor
 En su fuego se abrasaban:
 Que no hay placer que se iguale
 Al de un pecho que idolatra,
 La primera vez que siente
 Del amor la flecha blanda.
 Otra sangre parecía
 Que en sus venas circulaba,
 Y en sus rostros encendidos
 Otros colores brillaban.
 Sus ojos son mas que soles;
 Y en el cielo de su cara
 Vertían fuego amoroso,
 Ardiendo con luz mas grata.

Las avecillas parleras,
 Cantando en las verdes ramas,
 De aquellos finos amores
 Por bello instinto gozaban.
 El jilguerillo envidioso
 Batía sus cortas alas,
 Y dulcemente trinando
 Tras de su amante volaba.
 El orgulloso palomo
 Riza la hinchada garganta,
 Y, erguido el cuello, en mil ruedas
 El beso de amor prepara.
 Los dormidos cefirillos
 Dejan sutiles su cama,
 Y volando por los valles
 Remueven las frescas auras.—
 Ya Febo magestuoso
 El alto asiento dejaba,
 Y pardo manto cubría
 Las bóvedas nacaradas.
 Hacia su redil volvía
 El mayoral de Rosana,
 Y el de Anfriso sus ovejas
 Tranquilamente apiñaba;
 Cuando los dos pastoreillos,
 Sin cuilar de sus manadas,
 Se decían mil ternezas
 Con mil amorosas ansias.

Mas viendo á sus mayores
 Se humillan , y en voces vagas
 Y trémulas se despiden
 Porque hablan solo sus almas.
 Asi la rosa en la tarde,
 Sus hojas de viva grana
 Recogiendo , se despide
 Del sol que al ocaso baja.
 Su caliz al suelo dobla
 Cuando Febo el mar traspasa ,
 Y á levantarle no vuelve
 Hasta la risa del alba.
 Nuevas perlas el rocío
 Sobre sus hojas derrama ,
 En tanto que Anfriso llora
 Ausente de su zagala.
 Lloro tambien sin consuelo
 La hermosísima Rosana ,
 Y las lágrimas ardientes
 Sus lindas mejillas bañan.
 Mas al brillar nuevo día
 Que el mustio prado engalana ,
 Los pastores anhelantes
 Vuelven al valle y se abrazan.
 Cuentan su pena , suspiran ,
 Y el llanto de amor se acaba ,
 Mientras que el sol de las flores
 Quita la frágil escarcha.

*Quejas de un moro anciano á una Señora
á quien educó.*

No agora conmigo, ó Zaida,
 Tan necio orgullo mostreis:
 Que soy moro bien nacido,
 Si no desciendo de un Rey.
 ¿Y quién sabe si la mía
 Es regia sangre tambien,
 Aunque toscas vestiduras
 Encubran mi desnudez?
 ¿Quién sabe si vuestros hijos,
 Hoy verdugos de Ismael,
 Comerán el pan del pobre
 Entre la plebe soez?
 Que la segur de los siglos
 Rayo de los cielos es,
 Y lo que labra primero
 Suele derribar despues.
 No tanto orgullo, señora,
 En recompensa me deis
 De los favores que os hice,
 Siendo niña y yo doncel.
 Si no me debeis el oro
 Que engrie vuestra altivez,
 Deudora me sois, ó Zaida,
 De todo cuanto valeis.

Yo soy de vuestros blasones
El mas seguro sosten ,
Aunque desvalido gimo
En la caduca vejez.
Quizá , disculpad mi fuero ,
No alcanzárais tanto bien ,
De no haber sido este moro
La luz de vuestra niñez.
Yo el amor á la justicia
Con peligro os enseñé
Por los senderos ocultos
Del perseguido saber.
Yo la saludable fuente
De la piedad os mostré
Y arranqué de vuestro pecho
Del odio ciego la hiel.
Tratadme como merece
Un vasallo noble y fiel ,
Que ni en la paz ni en la guerra
Ha desmentido su fé.
Si vos nobleza heredada
Solo por azar teneis ,
Yo tengo la que en las armas
La que en las letras gané.
Vuestras empresas y timbres
Junto á los míos poned
En la balanza severa
De la opinion y la ley :

Y con estrañeza al punto ,
 Por daño vuestro sabreis
 Si pesa mas el ingenio
 Que las joyas y el poder.
 ¿Qué sois vos cuando en el lecho
 De la enfermedad cruel
 Os aquejan los dolores
 Y os falta el supremo bien ?
 ¿Qué sois vos cuando afligida
 Amargo llanto verteis ?
 ¿Qué es una vida , señora,
 En el humano vaiven ?
 De Ofir el oro preciado
 Y el diamantino dosel
 ¿El torrente de los siglos
 Podrán jamas detener ?
 De vanidades mundanas
 Descenid la regia sien ,
 E igual á vuestros vasallos
 Vos misma os contemplareis.
 Si en las losas de las tumbas
 Amontonadas se ven
 Lisonjeras inscripciones
 Al poderoso que fue,
 En el túmulo tendidos
 Todos los monarcas leen :
 « Cual la ceniza del pobre
 Es la ceniza del Rey.»

De todos vuestros mayores
 Que fenecieron , sabed
 Si en el sepulcro los pueblos
 Les pertenecen tambien.
 Borrad , señora , la injuria
 Que en mi vos misma os hacéis ,
 Y del cielo y mis suspiros
 A ser humana aprended.
 Tratadme como merece
 Un vasallo noble y fiel :
 Ni yo soy menos que un hombre ,
 Ni vos mas que una muger.

La fiesta de Adelinda.

Cantad , cantad , avecillas ,
 Volando de rama en rama ,
 Mientras por el rubio oriente
 Naciendo va la mañana.
 Hoy resplandece sin nubes
 Todo el cielo de mi patria ,
 Porque la bella Adelinda
 Con un cristiano se enlaza.
 Y hay regocijos y fiestas ,
 Bailes , tambores y zambras ,
 Y romería y banquetes
 En los bosques de la Guarda.

Ya por la cresta del Tecla
 Doblan mil rayos de grana
 Que entre la niebla descubren
 El castillo y las cabañas.
 Y allá á lo lejos se mueven
 Con los céfiros del alba
 De los altísimos pinos
 Las pirámides ufanas.
 Sobre el pardo risco erguido
 Que á la alta torre se iguala,
 A la luz del nuevo día
 Ya se deshace la escarcha.
 Relincha el potro y sacude
 Las largas crines, y salta,
 Y en cien carreras que emprende
 Deja el viento atrás y para.
 Y fatigado jadea
 Al pie de las hondas zanjas,
 Mientras del cuerpo humeante
 Vapor ceniciento lanza.
 En el vigoroso aliento
 Imita el son de las aguas
 Que se derrumban hirviendo
 De las vecinas cascadas.
 Y alegre al soto descende,
 Al ver la yerba lozana
 Que crece á la fresca sombra
 De las opuestas montañas.

De cuando en cuando contento
Los lucientes ojos alza ,
Y el rico pasto del monte
Registra en plácida calma.
Si en torno viejas yeguas
Tambien á los sotos bajan ,
Encelado las persigue
Y arroyos y lindes salva.
Cerca , el pescador desnudo
Tiende las redes y canta ,
Y voga en el mar sereno
Que lame la adusta playa.
Su consorte en ella atenta
La sabrosa pesca aguarda ,
De pequeños pescadores ,
Frutos de su amor , cercada.
El leñador sobre el tronco
Descarga gimiendo el hacha ,
Para encender en el bosque
Numerosas luminarias :
Y el cazador vigilante
Cruza las selvas calladas ,
Y al javalí peligroso
El cuchillo agudo clava.
Mas ¡ ay ! que el sol refulgente
Dora las cumbres mas altas ,
Y de sus rubios cabellos
Muestra las hebras doradas.

Ya por allí se divisan
Mil pastores y zagalas ,
Con sencillas cantinelas
Entreteniendo sus ansias.
Sueña en el valle profundo
A par del son de las flautas
Y las panderas el río
Que flores y mieses baña.
Retumba el eco en el monte,
Se agita el viento en las palmas,
Y sobre el claro torrente
Brilla la espuma de plata.
No hay yerba mustia en el soto ,
Ni flor en el huerto ajada ,
Ni choza triste que anuncie
Su pobreza ó sus desgracias.
El mas infeliz del pueblo
Cuelga vistosas guirnaldas
De mil rosas y claveles
En sus puertas y ventanas.
Todo respira placeres ,
Todo las delicias manda ,
Las flores con sus aromas ,
Las mugeres con sus gracias.
Los mancebos de la aldea
Y las vecinas comarcas
Juntos cantando se olvidan
De las rencillas pasadas.

En cuadrillas numerosas
La juventud mas gallarda
Puebla del bosque sombrío
Las descubiertas estancias.
Un grupo aqui satisfecho
De sus fatigas descansa
Al pie de la fuente pura
Sobre lechos de esmeralda.
Otro allí gritando aplaude
Del breve centro las danzas ,
Y no lejos se divisan
Juegos de carrera y cañas.
El labrador venturoso
Empuña, en vez de la azada ,
Ora el baston de la fiesta ,
Y ora la fulgida lanza.
Aqui paladin ligero
Bofordos tira y arranca ,
Y airoso caracolea
Con su soberbia alazana.
Y en la cerviz retemblante
Del mas bravo de Jarama
Quiebra el rejon , animoso ,
Cualquier galan de la plaza.
Quien del rojo de Setúbal ,
Que dora las hondas tazas ,
Bebe á la salud del dueño
O de su prenda adorada.

Quien á su pastora brinda
Del moscatel de la Guarda,
Y quien á la musa esquivada
Con rústico acento ablanda.
Lleno de vida está el mundo
De esta mansion retirada.
Do la sierpe de la envidia
Con sus silbidos no alcanza.
Ostenta el jóven su brio,
Y la hermosura sus galas:
Todos los bienes del orbe
Goza en la paz que le halaga.
Delicia, gloria y contento
Respiran todas las almas:
Hoy para el pueblo dichoso
No hay placer en esperanza.
Que hoy la gentil Adelinda
Con un cristiano se casa,
Tan cortés con las hermosas
Como bravo en la batalla.
Hija de un anciano rico,
Venerable por sus canas
Y sus virtudes, ignora
Las glorias del mundo falsas.
Pero amable y venturosa
Y en hacer felices sabia,
A la llorosa indigencia
La espina del mal arranca.

Celebra el amable anciano
 Desde un balcón de su casa
 La universal alegría
 Batiendo loco las palmas.
 Y la candorosa vírgen
 Bajo de un dosel descansa
 Que en la almena del castillo
 Le prepararon sus damas.
 Y el bello Enrique, su esposo,
 Que rendido la idolatra,
 Por visitar á los suyos
 En un gran potro cabalga.
 Y como todas las fiestas
 Con manos abiertas paga,
 Oye por do quiera el grito
 En que patrono le aclaman.

, *El columpio.*

Ya en el columpio nos miras,
 Bravo mozo; empuja presto:
 Oyeme Pilar, ¿no admiras
 Como de un lado al opuesto
 Con vuelo rápido giras?

Coge el vestido Pilar:
 Guarte, que el viento le mueve,
 Y, si le llegare á alzar,
 Mostrára tal vez en breve

Cuanto es decoro ocultar.

Y yo en mis ojos no mando,
Que ellos miran lo que pueden;
Mas si en el mirar se esceden,
Estos vaivenes durando ,
Por esclavos tuyos queden.

Cuando vienes me retiro,
Y huyes tú cuando yo voy ;
Pero tu dulce suspiro
Y el suspiro que te doy
Mezclarse en el viento miro.

Bajas , y el áura ligera
Tus rizos de oro levanta ,
Y alzas los ojos artera
Y en tu nevada garganta
Dudosa luz reverbera.

¡Qué oscuridad tan hermosa!
Negra noche , te bendigo :
Enmedio á la selva umbrosa,
Mientras mi pena te digo ,
Nadie por detras me acosa.

El sereno vientecillo
Que este columpio menea
¡Cuán dulce es en el sentillo!
Muy mas al alma recrea
Que el puro olor del tomillo.

No importa que el sol no alumbre :
Luce la modesta luna ,

Que allá desde la alta cumbre,
 Envidiando mi fortuna ,
 Recoge mustia su lumbré.

Si las estrellas se apagan ,
 Son tus ojos dos estrellas
 Que en el silencio me halagan :
 Yo me estoy mirando en ellas,
 Y ellas con mirarme pagan.

Basta , mozo ; el vuelo ten ,
 Que ya Pilar se marea
 Con tan revuelto vaiven.
 ¿Quién llama?— Pronto se apea ,
 Compon tus rizos y ven.

¿Es tu madre quien llamó?—
 Dile , Pilar , si se enfada ,
 Que el compañero era yo.
 Mas ¡ ay ! no le digas nada
 Si no te pregunta , no.

La vida feliz.

Salgamos , bella Jacinta,
 A ver tu hermoso jardín
 Y el robledal de la quinta,
 Pues ya canta el colorín ,
 Y el sol tus rosales pinta.

Ya del pórtico á la espalda
 Brilla el dorado limon
 Entre bullente esmeralda,
 Y el circular torreón
 Del rivacillo en la falda.

Lástima fuera y dolor
 Perder la dulce alborada
 Que el pardillo ruiseñor
 Junto á la estrecha cascada
 Dice al bosque encantador.

Despues de haber visto el mar
 Con admiracion y espanto,
 Quieren mis ojos mirar
 El enrizado amaranto
 Y el fresco y cándido azahar.

Si allí voga el marinero
 Sobre la espuma de plata,
 Aquí el feliz jornalero
 Penetra en la tierra ingrata
 Con el azadon de acero.

¿Por dónde Jacinta iré
 A refrescarme en la fuente,
 Que allá á lo lejos se vé?
 Ya no lo digas, detente,
 Sigo la estampa del pie.

En el agua mansa y clara
 Quiero mirarte gentil,
 Quiero conocer mi cara,

Y ver copiado el pensil
Y el buey que los campos ara.

No estará lejos la fuente :

Que , si no me engaño , sueña
Cerca de mi su corriente :

¿ Y oyes de una dulce avena
El son que apenas se siente ?

Guárdeos el cielo , pastor.

¡ Qué bien sueña el instrumento !

Sin duda entendeis de amor ;

Porque vuestro tierno acento

Me alivia el fiero dolor.

Cubrid las canas , anciano ,

Con esa gorra de pieles :

Que quema el sol del verano.

Dale , Jacinta , claveles

Para que adorne su mano.

Por aquí sigo , tú , ven ,

Que no te pierdes conmigo :

Corre , mi adorado bien.

A Dios , á Dios , buen amigo ,

Las dichas que quieras ten.

Ya bulle la fuente allí.

¡ Cómo entre yerbas clarea !

¿ No te agrada verla así ?

— Y en ella bañarme — Sea :

Lo mismo me gusta á mi.

¡ Ay que en las aguas , mi bella ,

:

Todo lo miro al revés!
 Otra Jacinta descuella
 Que en las plantas de tus pies
 Los suyos ocultos sella.

— La cumbre del monte erguido
 Aparece de él colgada:
 Colgado el pensil florido,
 Y la soberbia enramada
 Y el ruiseñor con su nido.

— Todo se derrumba , y cuento
 Que se está cayendo el mundo
 De su mismo fundamento
 A esotro cielo profundo
 Que tambien hundirse siento.

— ¡Qué ilusion tan placentera!
 Todo , mi bien , es mentira;
 Pero el corazon se altera,
 El alma siente y se admira,
 Y el dulce engaño venera.

— ¿Vamos al bosque florido?
 — Cierito que vamos agora.
 ¿No oyes el blando jemido
 De una tórtola que llora
 Su adorado bien perdido?

Mira al pie del tronco grueso
 Del roble añoso y robusto,
 Entre retamillas preso
 El tierno y gallardo arbusto

Del oloroso cantueso.

Mira la dulce lisura
De este pomposo laurel,
Y la gallarda figura
De este rizado clavel
Que á pesar del viento dura.

Mira ese manso arroyuelo:
Por la arena movediza,
No percibiéndolo el suelo,
Sin murmurar se desliza
Cual sobre un cauce de yelo.

Creyendo estoy que te agradas
Al ver del roble frondoso
Las anchas hojas dentadas,
O las del rosál gracioso
Medidamente picadas:

O el soberbio Castañar,
Y cerca de él blanqueando
El mas nuevo palomar,
Y por él de cuando en cuando
Las palomitas volar.

— ¡Ah! si: mi vista entretiene
Aquella blanca paloma
Que un pichon al lado tiene
Y á su mirador se asoma,
Por ver si su amante viene.

— ¡Ay Jacinta de mi vida!
¡Qué envidiable libertad

Se goza en esta manida!
 Y en el amor ; qué igualdad
 No meditada y tenida!

¡ Cuánto de gloria y placer
 Da al tierno pecho la vega,
 Y en torno á sus lindes ver
 Un rio entero correr
 Que mansamente la riega!

En esta mansion el ave,
 Mansion de eterno consuelo
 Y de delicias , bien sabe
 Que, si no hay término al vuelo,
 En ella volando cabe.

Tiene por jaula infinita
 El ancho cielo lejano;
 Mas del vergel no se quita,
 Y del rosal al manzano
 Trinando alegre se agita.

Solo una dulce cadena
 Que no aperece jamas,
 Que su libertad no enfrena,
 La impide que vuele mas
 Allá de la quinta amena;

Y es que revolando mira
 Por todas partes en ella
 Cuanto apetece y le inspira
 Aquel placer de querella
 Que osó remedar la lira.

Y, á esa cadena ceñidos,
 Esa libertad gozamos
 Aquí los dos escondidos,
 Y corremos y cantamos
 Felices y entretenidos.

— En pos de un bien otro bien
 Disfruta el alma tranquila:
 Si tú enlazas á mi sien
 Guirnaldas de rosa y lila,
 Guirnaldas te doy tambien.

Si tú suspiras por mí,
 Yo tambien por tí suspiro,
 Y muero de amor por tí,
 Y mil amores te tiro
 En un gayado alelí.

— Juntos cortamos la fresa
 Que brilla al damasco igual,
 Y que la vista embelesa
 Con su color celestial
 Sobre la redonda mesa.

De estrellas rojas sembrada
 O de encarnados vellones
 Luce en la alfombra pintada,
 Y con sus hojas y arpones
 Se cria del sol guardada.

A su licor en sabrosa
 No puede igualar la miel:
 Que siempre la abeja ansiosa

Se sacia primero en él
Que en la gaya flor melosa.

— ¿Qué falta en esta mansion

Para agradar á los ojos

Y agradar al corazon?

— Ni de amor á los antojos

Falta una dulce ocasion....

Mejor diré, prenda mia,

En este albergue dichoso

La ocasion es todo el dia,

Y en la regalada umbría

Ni el cefirillo es celoso....

Mas ¡qué agradable delicia

Ver con vista natural

Desde el reino de Galicia

El reino de Portugal

Que el ancho Miño acaricia!

¡Ese hermosísimo rio

Que tambien los campos baña

Con su fecundo rocío

De esta parte de la España,

Patria del dulce amor mio!

Desde aquí se ven cruzar

Cien fragatas portuguesas

Hácia la barra del mar,

Que van sin duda á buscar

Las mercancías inglesas.

Cerca del muelle se ven

La alta torre de Camiña,
 El generoso almacén,
 El marinero que aliña
 En su barquilla su tren.

Por entre aquel castañar
 Que crece al pie de una zanja,
 Y el apartado pinar
 De los bosques de la granja,
 ¿No ves las aguas brillar?

¿Y el torrente que espumoso
 Gotas de plata chispea,
 Y el mar subir proceloso
 Con abundante marea
 Por el estrecho riscoso?

¿No ves, Jacinta, mi bien,
 Todas estas cosas bellas?
 Mas ¡las miras al desden!
 ¿Te cansas, Jacinta, de ellas?
 ¡Quién tu pecho angustia, quien!

¿Sospechas que pienso ahora
 Siempre en la quinta vivir,
 Porque tanto me enamora
 Por sus calles discurrir
 Hasta que muere la aurora?

¡Ah! no lo pienses así:
 No mas mis ojos divierte
 El encarnado alelí,
 Que el muro doblado y fuerte

Do ayer sentada te ví.

Si hoy la villa con su aldea
Es á mis ojos galana
Y me complace y recrea,
Bien puede ser que mañana
Parezca á mis ojos fea.

Si yo me acostumbro á ver
El vario y bello primor
Con que enriquecen su ser
El monte, el valle y la flor
Que ora me infunden placer,

Pasaré del monte al lado
Desdeñoso, indiferente,
Ni el valle iré á ver sembrado
De flor y espiga creciente,
Ni el mar bravío ó templado.

Ni esta hermosa variedad
Grata variedad seria,
Y en la dulce soledad
Yo el tormento encontraria
De mi pesarosa edad.

Vivir en la quinta un mes,
El mejor de primavera,
Ocho en la corte despues,
Y en la ciudad otros tres,
Esta es vida verdadera.

Del triste mundo á pesar,
Tambien el placer se gasta

Con el continuo gozar,
Y un solo placer no basta
En un mezquino lugar.

Siempre , siempre repetido,
No parece un gozo tal;
Porque se cansa el sentido
De lo que siempre es igual;
Y es dolor un bien perdido.

Solo de tí , prenda mia,
Jamás se cansa mi amor,
Y aunque tu faz no varía,
Es á mi vista mejor
En cada instante del día.

Toledo.

A Dios , infausta Toledo,
Con tus soberbios blasones:
Lleno de fastidio y miedo,
Dejo tus tristes mansiones
Donde ya vivir no puedo.

Diez veces ví solamente
Dorar el sol tus almenas;
Y el alma afligida siente
Todas las amargas penas
Que un desterrado lamente.

En tí son noches los días,
Y las noches luto horrendo:

Tú las virtudes espías
 Con el fanático estruendo
 Que al monte y al valle envías.

La trémula voz de trueno
 Que en las bóvedas retumba,
 Bajo estéril polvo y cieno
 Abre á los justos la tumba
 Con amargado veneno.

Tú solazas, cuando jime
 El miserable cautivo,
 Y, si la verdad sublime
 Despide un ay fujitivo,
 Tu planta feroz la oprime.

Tú proscribes, temerosa
 Del bien, su influjo querido,
 Y á la maldad licenciosa
 Das el puesto merecido
 De la inocencia llorosa.

Por alto crimen castigas
 El dulce y noble contento,
 Y la libertad fatigas
 Del oculto pensamiento
 Con tus artes enemigas.

A la paz alegre y pura
 La paz del terror prefieres:
 Es tu dote la amargura,
 Y esclavas son tus mugeres
 De su falaz hermosura.

En la ciudad asombrada
 Silencio lóbrego reina:
 Tímida el aura callada
 Súbito las flores peina
 Y torna al campo ajitada.

Cada español de tu seno
 En su pálido semblante
 Lleva grabado el recelo,
 Y apenas al alto cielo
 Levanta la vista errante.

De la sociedad en vano
 En ti busqué los amores:
 Solo das al cortesano
 Crudas espinas, por flores,
 En trato fiero y villano.

En vano busqué en tu seno,
 Antigua corte de reyes,
 Un día alegre y sereno:
 Que el error y el desenfreno
 Son tus costumbres y leyes.

En vez del son acordado
 Del celestial instrumento,
 Fatiga al pueblo y al viento
 El grito desmesurado
 Del montaraz ardimiento.

Y los cánticos suaves
 De la virginal belleza,
 Que estimar en poco sabes,

Los truecas por la aspereza
De tus graznadoras aves.

Tú de la luz desconfías
Y de tí misma también,
Y en las cavernas umbrías
Sepultas el propio bien
Poco despues que le ansías.

Ay ; cuánto engañó mi mente
Quien me dijo que en tus muros
De la envidia maldiciente
Viven los hombres seguros
Como la primera gente !

Envidia y negro rencor
Las mismas piedras respiran:
Honda amargura y dolor
Los vientos que en torno giran
Con tempestoso fragor.

De tus cuevas empinadas
Y de tus angostas calles
Por el moro fabricadas,
Huyen mis plantas , lanzadas
A la anchura de los valles.

La voz del amor te espanta,
La de la amistad te ofende,
Y en tu cárdena garganta
El rudo tirano aprende
A pisar con recia planta.

Ni los recuerdos del Peno,

Ni las glorias del romano,
 Ni el blason del agareno
 Me tendrán por ciudadano
 Dentro de tu humilde seno.

Cartago y Roma pasaron;
 Pasó el imperio del godo,
 Y del bien que ellos gozaron,
 En medio del mundo todo,
 Tan solo escombros quedaron.

A la elocuencia profunda
 De tus sábios oradores
 Sucedió la lengua inmundada
 Que de funestos errores
 Tus pobres hijos inunda.

El pueblo atónito pende
 De la ronca voz tronante
 Que al crimen su pecho enciende,
 Y de un cielo intolerante
 Ser rayo de luz pretende.

Muda la verdad se postra;
 Lloro el ingenuo clamor,
 Mientras el eco traidor
 El miedo pánico arrostra
 Del vulgo murmurador.

Un falso apóstol alcanza
 De la inocencia aflijida
 Cruda y bárbara venganza,
 Y á los crédulos convida

Al destrozo y la matanza.

A Dios, ciudad ominosa,
Gérmen de eterna falsía,
Honda laguna afrentosa
Do la audaz hipocresía
Soberbia hirviendo rebosa.

A Dios lóbrega ciudad,
Do viven tantos Rodrigos
Como tiene de enemigos
La sacrosanta verdad,
Y el torpe crimen amigos.

Para siempre en este instante
Dejo tu adusta morada:
Vuelvo á la corte brillante
Do respira mi adorada
La luz del alba radiante.

Vuelvo á la corte do viven
En su centro los placeres,
Donde las gracias reviven
Con las ninfas de Citeres
Que mis amores reciben.

Donde el placer es la vida,
Donde el dolor es la muerte,
Donde la yedra está asida
Al olmo galano y fuerte
De tus vientos defendida.

Do el no gozar es afrenta;
Donde un suspiro naciente

El bien anhelado aumenta,
 Do brota pura la fuente
 Que los pesares ahuyenta.

Allí el arte de Tirteo

Muestra todos sus primores,
 Y es honor el galanteo,
 Y dan muy tempranas flores
 La esperanza y el deseo.

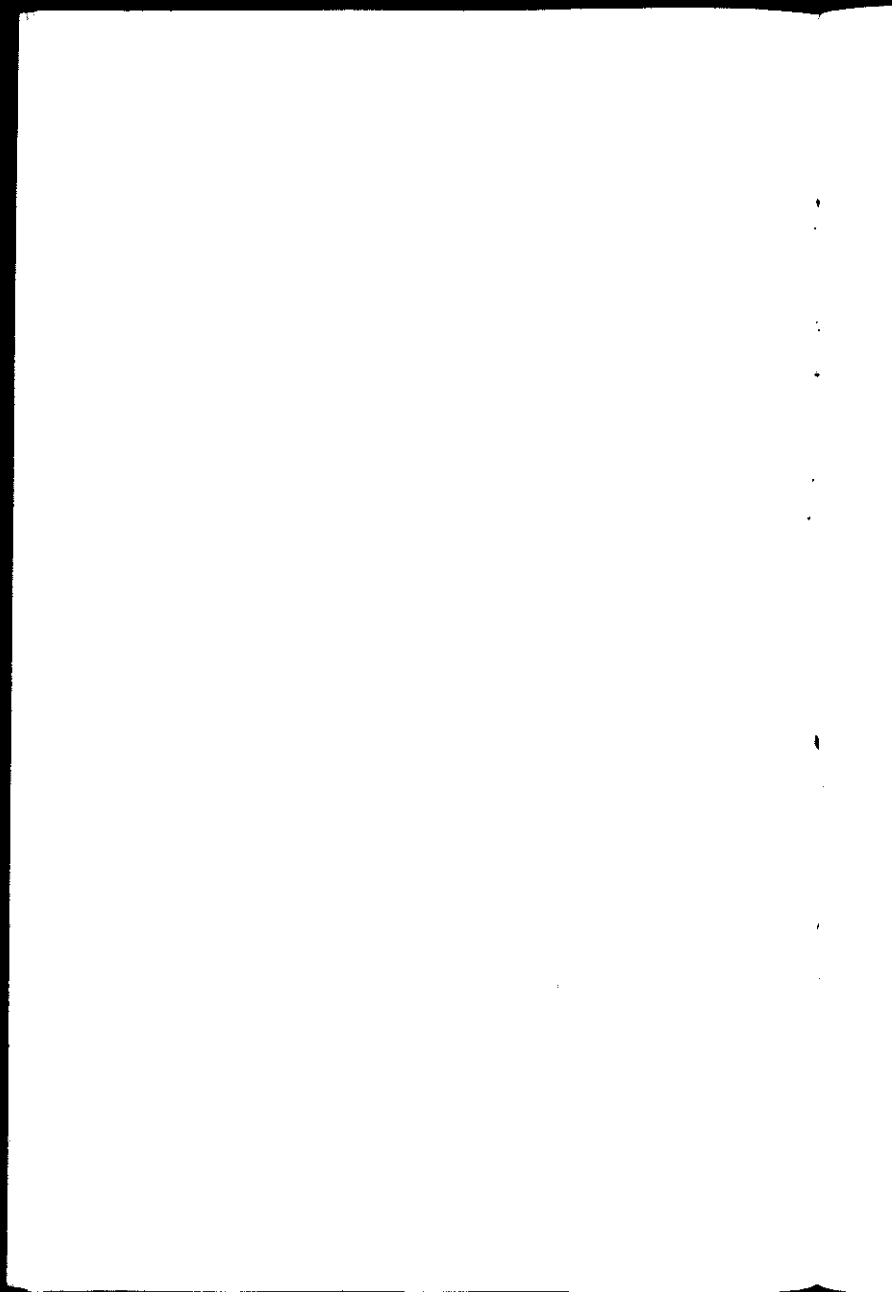
La amistad erige altares
 A la amistad verdadera:
 El amor tiene sus lares,
 Y una tranquila ribera
 El tranquilo Manzanares.

Las ciencias alzan su frente
 En su modesto retiro,
 Y son bálsamo clemente
 Al angustiado suspiro
 Que lanza el alma doliente.

No volveré, pueblo ingrato,
 Nunca á pisar tus umbrales,
 Aunque en el régio aparato
 Al grande Madrid te iguales,
 Tanto á mis deleites grato:

Aunque aumente tu tesoro
 El cielo, y tajo caudal
 Convierta en torrentes de oro
 De sus náyades el lloro
 Y su luciente cristal.

COMETS.



A la libertad.

Torna , ó preciosa libertad querida,
Torna al hogar del afligido hispano,
Y á la patria infeliz tiende tu mano,
Que siente ya desfallecer su vida....

Sana á la Iberia la profunda herida
Que le abrieran las armas del tirano,
Y restituye al pueblo soberano
La noble espada de la ley perdida.

No pienses ya que mira con recelo
El español tus cándidos pendones,
Ni que mas contra tí provoque al cielo.

Rota la venda á falsas ilusiones,
Ha aprendido en su largo desconsuelo
El arte de estimar tus ciertos dones.



A la patria.

Repite al fin la libertad su acento,
Despues de larga y mísera agonía,
No ya tan solo en la olvidada umbría
Sino del trono en el altivo asiento.

Levantando tu voz al firmamento
Tornas á respirar, ó patria mia;
Y al contemplarte la faccion inapía
Es débil tigre en el postrero aliento.

Van á cesar nuestras horribles penas,
Van á quebrarse *para siempre*, hispanos,
De tres pesados siglos las cadenas.

Si nos unes con vínculos de hermanos,
¡O numen que mi pecho ardiente llenas!
Se abismarán.... del orbe los tiranos.



A la juventud patriótica.

Al contemplar la horrenda tiranía
Su envejecido imperio vacilante,
Quiso robarte, ó juventud brillante,
Hasta la misma luz del claro día.

Pero, puesta al umbral de la agonía,
Supiste levantar la voz triunfante,
Y retumbando el mónstruo devorante
Cayó bajo tu intrépida osadía.

Así, despedazadas las cadenas,
De Cárlos destronado los blasones
Rotos desprecia la moderna Atenas.

Si al sublime huracan de las pasiones
El generoso vuelo desenfrenas,
Darás la libertad á las naciones.



Al General Mina.

Por la escarpada cima del Pirene,
Velado en magestad y en alta gloria,
El héroe de la patria y la victoria
Hacia los campos españoles viene.

No , cuando el grito universal resuene,
Se junte , ó dulce España , en tu memoria
Con sangre escrita la futura historia,
Aunque el ronco cañon el suelo atruene.

La ardiente espada que en el viento jira,
El bronce que retumba y centellea
Anuncian solo libertad , no ira.

Del fiero mal extinguirá la tea,
Porque justicia y ley Mina respira
Y el estandarte de Pelayo ondea.



A un escritor venal.

¡Eh! venal escritor : tu pluma impia
Un tiempo ; sí ! de la verdad hermosa
Mostró el altar á la nacion gloriosa ,
No empero virtud fue : fue hipocresía.

Cayó el poder de la razon tardía ,
Y á la maldad entonces victoriosa
Alhagando tu lengua ponzoñosa
A la gimierte humanidad hundía.

Mas tanto la virtud despedazaste
De tu patria infeliz torpe enemigo ,
Que el odio de los tuyos alcanzaste.

¿Al mar huyes? ¡traidor!.. pero contigo
Del crimen que en tu patria ejercitaste
Llevas la ley y el fallo y el castigo.



El extremo de la amistad.

Si á mi tornas los ojos brilladores,
Y un rayo de ellos tu piedad me lanza,
Aún soy feliz , ó Amira , y la venganza
No temo de los hadós triunfadores.

Mas quiero tu amistad que los amores
De otra hermosura igual , si á ver se alcanza;
Y esclavo amarte á tí sin esperanza
Que esclavizar de Venus los favores.

¡Oh! si el culto gentil fuera al Hispano
De honor y ley !... Con la pobreza mía
Feliz te alzára un templo soberano.

Mas , ya que estéril voto al cielo envía,
En sí mismo te erige el pecho ufano
Mil templos de serviente idolatría.



Rosana.

**En el capullo de encarnada rosa
Ya fresca ostenta la encendida grana;
Mas cuando sus prisiones rompe ufana
Descubre entera su beldad gloriosa:**

**Y en el pensil se enseñorea hermosa,
Emula del fulgor de la mañana,
Y es reina de las flores soberana
Que respetan su pompa magestosa.**

**Así Rosana en su nacer triunfante
Présaga fue de la beldad futura
Que envidiaría el astro rutilante.**

**Los dones desplegó de su hermosura,
Y brillando cual fulgido diamante
Es del orbe la envidia y la ventura.**



Mi bien.

Cual la gallarda y cándida azucena
Que se levanta sobre lindas flores ,
Venciendo sus balsámicos olores
De nieve y oro se presenta llena :

Y los sentidos manda y enagena ,
Esclavos de su aroma y sus primores ,
Y en los atentos ojos brilladores
Junta con el placer la blanda pena ;

Asi , bien mio , si jugando sales
Con las hijas de amor al verde prado
Entre las mas hermosas sobresales.

Yo fijo en tí la vista aletargado,
Y, si aspiro en tu aliento dulces males,
Vivo en pos de la dicha arrebatado.



La constancia.

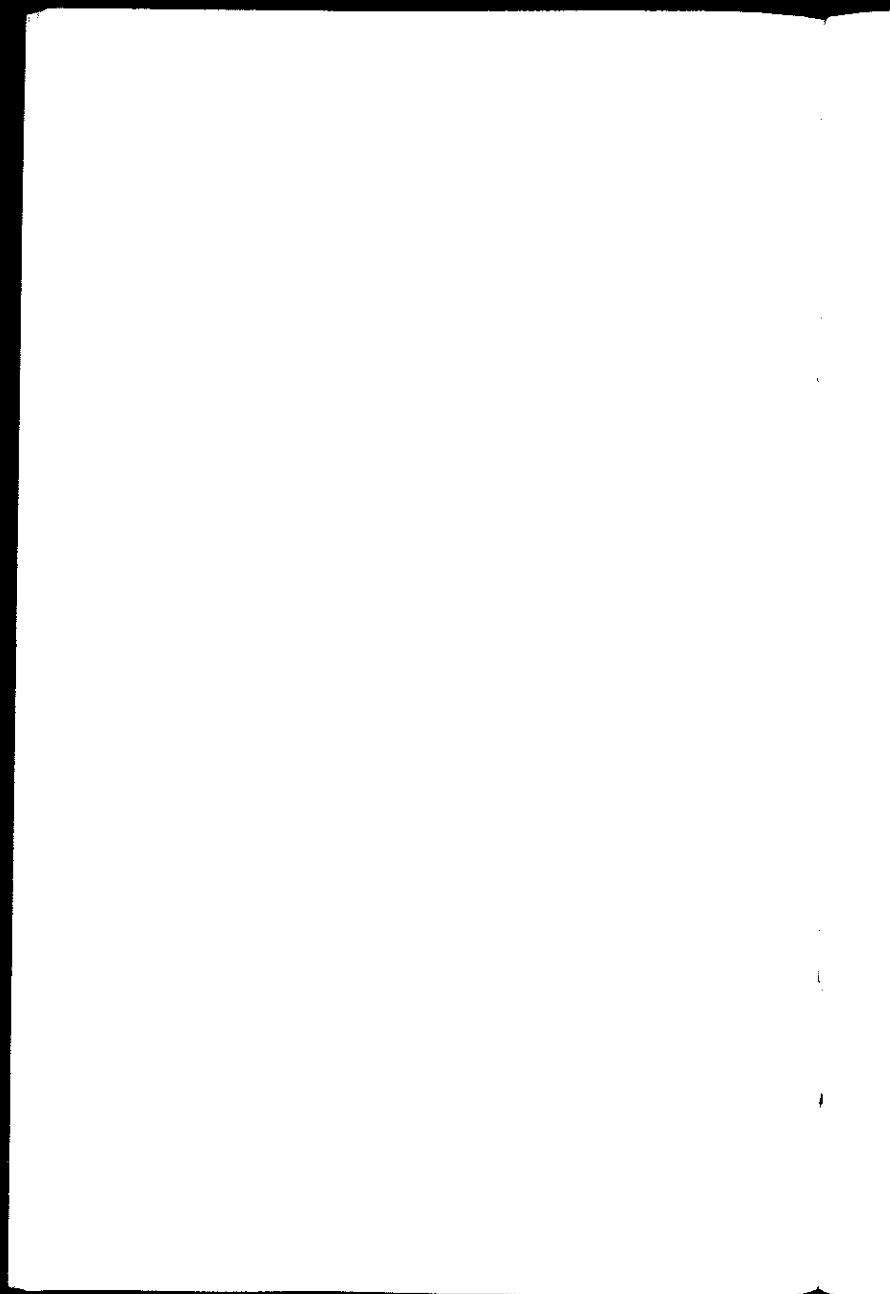
Mi humilde ruego despreciaste esquivo,
Cuando ¡infeliz! te requerí de amores,
Y aún de hablarte en mi pena y mis dolores
Cierto ó fingido tu desden me priva.

Pero el ardor de mi pasión se aviva,
Y destrozan volcánicos temblores
Mi tierno corazón como á las flores
Nacientes fiero el vendabal derriba.

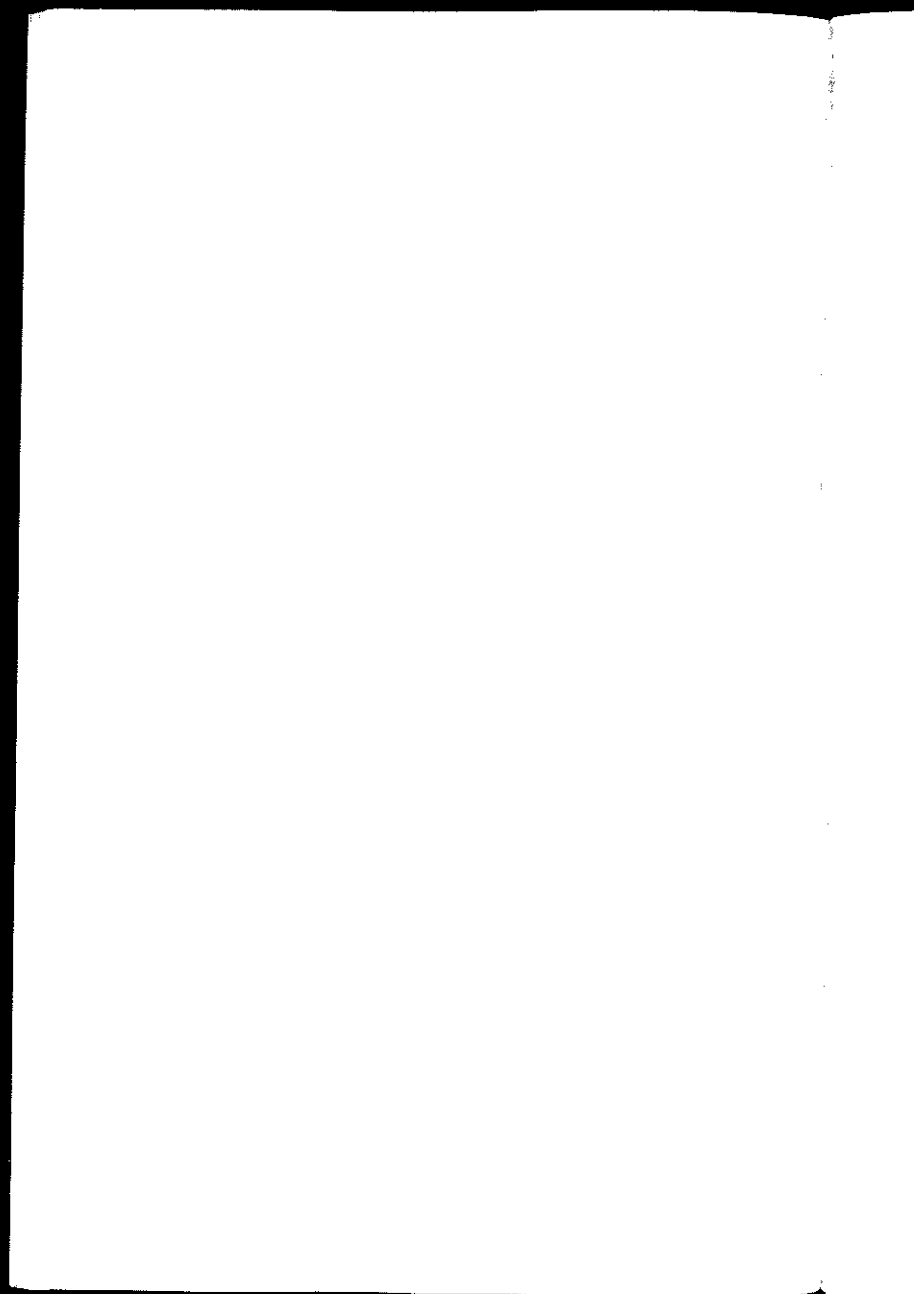
Porque á pesar del triste apartamiento
A que me tienes, Laura, condenado
Y del puñal que traspasarme sienta,

Te ven mis ojos de virtud dechado:
Y no sirve la voz del escarmiento
A quien de veras gime enamorado.





LETRILLAS,
ANACREONTICAS , CANCIONES.



La amabilidad.

Querido amor mio ,
Preciosa Filena ,
¡Qué hermosa en valia
Y en gracias te llega !
En el ancho prado
Mil y mil pascan ,
De rostros divinos
Y nítidas trenzas ;
Mas , si allí por dicha
Humilde te muestras ,
A todas las nubla
Tu risa modesta .
Los dulces galanes
Que hablaban con ellas ,
O tras ellas iban
Con planta lijera ,
En viéndote , alegres
Y prestos las dejan ,
Y en pos de la risa
De tus ojos vuelan :
En pos de la risa
De bondad que llevan ,
En pos de tu acento
Que manda y deleita .

Pregunta á los hombres
 Si mas á las bellas
 Altivas adoran
 Consigo soberbias,
 Que á un alma inocente
 De amable morena
 Que tímida escucha
 Cordiales finezas.
 Pregunta á los hombres
 Si mas los recrea
 La frente orgullosa
 De esquivá belleza,
 Que cándidos ojos
 Que á alzarse no aciertan
 Y en lánguidos jiros
 Se mueven apenas:
 Si acaso prefieren
 A risa sincera
 Y á rostro apacible
 De gracia y pureza,
 La risa afectada
 La risa violenta,
 Que grave escatima
 La hermosa altanera,
 Y el labio que libre,
 Tranquilo celebra
 Los pérfidos dichos
 Que el alma envenenan.

Los hombres , bien mio ,
Si adoran de veras ,
Placeres durables
Tan solo descan.
En torpes placeres
Un tiempo se anegan :
Un dia á la amable
Prefieren la bella.
Mas súbito olvidan
Las dichas ligeras
Y buscan ansiosos
La gloria completa.
No dades , no dades ,
Graciosa morena,
Que tu los triunfos
De Venus te llevas.
Lo ves en tu casa,
Lo ves en la agena ,
En donde admirado
Tu nombre campea.
De mí se decirte
Que mas me interesa
Tu voz temblorosa
Tu faz de inocencia ,
Que el fácil acento
Que rápido vuela ,
Y logra un aplauso
Por viles torpezas.

La bella orgullosa,
 La hermosa coqueta
 Parece á mis ojos
 Hermosa muy fea.
 Jamás apetezco
 Miradas que piensa
 Valer mas que el oro
 Que el Ofir encierra:
 Miradas que dice
 Que todos anhelan,
 Miradas que grave
 Robándolas presta.
 Los tiernos amantes
 Allá en la floresta
 Que Venus preside
 Y sus ninfas riegan,
 No buscan las flores
 Pomposas que crezcan
 Por cima de todas,
 De vicio deshechas,
 Que solo alcanzaron,
 Por bien, de la tierra
 Un pétalo altivo
 Y hojosas riquezas.
 Las flores ansían
 De encanto y esencias,
 Que el alma estasién
 Y el suelo embellezcan.

Tu virtud , bien mio ,
 Los hombres celebran ,
 Y no la hermosura
 Que nace y se hiebla.
 Sí niña y amable
 Venciste á las bellas ,
 Amable y adulta
 Sin fin te respetan.
 ¿Y aún triste suspiras?
 ¿Y aún tímida piensas
 Que nadie tus gracias ,
 Divinas atiende?
 A todos pregunta ,
 Pregunta á Sidera ,
 Si al verte en el prado
 Cobarde no tiembla :
 Si á todas las lindas ,
 Que á sí se celebran ,
 Tu humilde llegada
 Gimiendo no cuenta.
 Dalmiro y Alicia
 Te ven en las trenzas
 Lumbrosos diamantes
 Y al cuello mil perlas ;
 Mas quíérente finos
 Con el alma entera ,
 Y jamás tus bienes
 Por caso recuerdan.

Mas , ¡ ay ! quien tu casa
 Dichoso frecuenta
 Mayores elogios
 Callando te eleva.
 ¡ Cuál hija á su madre
 Mas plácida besa !
 ¡ Ni quien mas ardiente
 De amiga se precia !
 Sin tí , no sus labios
 Anfriso desplega :
 Sin tí , tus amigas
 Ni cantan ni alientan.
 Empero si dulce
 Pareces entre ellas ,
 Nacieron las dichas ,
 Nacieron las fiestas.
 Entre sí disputan
 A cual te merezca
 La pura mejilla
 Tocar la primera.
 Y cuantas te miran
 Una vez , de veras ,
 Son ya desde entonces
 Tus amigas nuevas.
 Mi bien , ¡ cuánto lustre
 Que exalta tus prendas !
 ¡ Dichoso quien propias
 Llamarlas pudiera !

A una envidiosa.

Oye, Cintia, ¿qué angustias
Te afligen y atormentan,
Que mal estás con todos
Y mal contigo mesma?
¿Por qué, cuando festivas
Y francas travesean
Tus compañeras, dime,
Ceñuda estas al verlas?
¿No sabes que aunque lindo
Tu blanco rostro sea,
Con la esquivez se pone
Cual nube veraniega?
¿Te vas y no me escuchas?
¡Ay! corajuda piensas
Que entiendo tu semblante
Y rápida te ausentas....
No importa: á tus amigas
Ha de decir mi lengua
Tus chismes vergonzosos,
Modelo de embusteras.
Sabed, amigas mías,
Y sabe tú, mi Delia
(Con piedad y con rabia
Mi pecho lo recuerda),

Que Cintia, presumida
 De despejada y bella,
 De todas las bonitas
 Es enemiga eterna.
 Pretende la infelice,
 Cual Venus citerea,
 Que todos los mortales
 Le rindan obediencia.
 En ambicion de amantes
 Ridicula se ceba,
 Juzgando que un Cupido
 Seria triste ofrenda.
 Desprecia á mil hermosos,
 Y de otros mil se befa,
 Y en todos halla faltas....
 ¿Habrá muger mas necia?
 Mas no quiero en silencio
 Pasar, cara Filena,
 El chaseo que le cupo
 A Cintia en la pradera.
 Lorino el mas gracioso
 De cuantos hermoscan
 Las sociedades altas
 De cortesanas bellas,
 Los dones de esta niña
 A contemplar se acerca
 Risueño, alborotado,
 Desparramando esencias

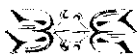
De sus cabellos de oro
 Donde las gracias juegan,
 Chancero y divertido
 Diciéndole ternezas.
 Cintia le mira, y luego
 Del jugueton se prenda:
 Depone el fiero orgullo
 Y el corazon le entrega:
 Cuando en brillante coche
 De voladoras ruedas
 Belinda se descubre
 A Cintia. ¡Suerte adversa!
 Desciende apresurada,
 Salúdala modesta,
 Y en pos á su Lorino
 Inclina la cabeza.
 Triste Cintia, enitada,
 Tu dicha fue lijera:
 Los ojos de Belinda
 Tus glorias recuperan.
 Lorino enajenado
 A Cintia rauda deja,
 Y Cintia se consume,
 Feroz se desespera.
 Antes era en su boca
 Lorino una belleza,
 Y en gracias y virtudes
 Una deidad perfecta.

Ahora es loco y torpe
 Y espanto de las feas
 Y seductor é ingrato
 Y de su sexo afrenta.
 De Cintia entre los labios
 Belinda era sincera
 Y amable sobre todas
 Y sobre todas bella.
 Ahora la apellida
 La misma boca, infecta
 De venenosos celos
 Y envidias y rarezas,
 Doble, sin gracia, infame,
 Traidora, deshonesto,
 Infiel á sus amigas,
 Calumniadora fiera.
 ¿Mas quien calumniadora
 Será, mi amiga Delia?
 ¿Tú, que con todas callas,
 O Cintia que deslengua?
 ¿Quiere mancebo ilustre!
 Bien hace si le encuentra.
 Mas sepa que á Lorino
 Le seguirá las huellas.
 Siga Cintia, camine
 Por escabrosas sendas,
 Las ramas apartando
 Que caminar le vedan.

¿Qué hará la desdichada
Sino enredarse en ellas,
Sin que un piadoso amante
A libertarla venga?
Dejarla que perdida
Se precie de altanera,
A Silvio desamando
Que mucho hace en quererla.
Mañana será el día
Que mire su soberbia
En duro abatimiento
Atada á mil cadenas.
Ahora mismo envidia
La suerte de las feas,
Y con un hombre inútil
Casar tal vez desea.
Si, Cintia : corcobados
Sin dientes y sin cejas,
O viejos achacosos
Ya solo te respetan.
Chismosa , que ofendiste
De un puro amor las prendas,
De celos devorada
En rabia vil deshecha;
Chismosa , que quisiste
Manchar la fama ajena,
Mira tu abismo , mira
Tu suerte venidera.

Ojalá que en tu rostro
Lloviendo las viruelas
Hagan hoyos profundos
Como profundas cuencas:
Y que á los cuatro lustros
Rugosa te envejezcas;
Porque mentir supiste,
Veraz en la apariencia.
Te llamarán entonces
Los niños vieja y fea,
Y yo desde este instante,
Por ver si te avergüenzas.
Entonces, sin virtudes,
Dime, simple, ¿qué esperas?
Arrepentirte? Es tarde.
Morirte? Sí, lo aciertas.
En tanto tus amigas
Ya habrán llegado tiernas
Al término querido
Que Venus les reserva.
Y al verte despreciable
Te mostrarán las bellas
Flores que en torno ciñan
Sus frentes halagüeñas.
Y en tanto ese Lorino,
A quien falsaría afrentas,
Y yo de tí burlado
Porque prefiero á Delia;

Y con desprecio miro
Tus trazas altaneras,
Los dos nos gozaremos
En libertad completa;
Lorino con un aria
Al lado de su bella,
Y yo con versos dulces
Al lado de mi prenda.
Callé: mas en silencio
Mi alma, en las ofensas
Pensando, mas le dijo
Que pronunció la lengua.
Y todas las muchachas,
Que habia mas de treinta,
Me cantan coplas suyas
Y alegres me rodean.
Y viva Anfriso, esclaman;
La torpe Cintia muera;
Y yo repuse: vivan
Mis amiguitas nuevas.



Mi patria.

Cercana al alto Tecla,
 Do nace el torbellino,
 Y al pie del ancho márgen
 Del caudaloso Miño,
 Que paga en su corriente
 Tributo al mar vecino,
 Se ve mi dulce patria,
 La mísera Salcidos.
 Allí mis años tiernos
 Corrieron al abrigo
 Del maternal regazo
 (¡ Para mí mal perdido !),
 En juegos inocentes,
 En risas y cariños,
 Tan solo el bien constante
 Gozando en mi delirio.
 Cortaba, no temiendo
 Del hado los caprichos,
 Las flores del contento
 Del árbol del peligro.
 Placer era á mis ojos
 Cojer el pececillo
 Que en la arena saltaba,
 Creciendo turbio el río.

Y
 Lo
 Mo
 Sin
 Y
 Tre
 Y d
 Arro
 Asi
 Por
 De l
 Viba
 Cual
 Seg
 Del l
 Mi d
 El ri
 Mi d
 Mas
 Me a
 Ora
 Hasta
 Y ten
 Y cl
 De su
 Fien
 Y su
 Y etc

Y mas placer en potros
Lozanos , fugitivos
Montar , correr los campos
Sin rienda y sin estribos.
Y mas placer que todo
Tregar al débil pino,
Y de sus altas ramas
Arrebatar los nidos.
Así lijero andaba
Por vacilantes riscos,
De las trenzadas hondas
Vibrando el estallido,
Cual ora por las calles
Seguras del Retiro,
Del brazo de una bella
Mi dulce brazo asido.
El riesgo era á mis ojos
Mi dicha , cuando niño;
Mas ora en los placeres
Me abrazo á los peligros.
Ora me guardo , ¡ ay triste !
Hasta del mal finjido,
Y temo el bien que busco
Y el aire que respiro.
De su traidor se queja
Filena en mil suspiros,
Y su desgracia lloro
Y eterna la imagino

En el tormento injusto,
Que acecha al tierno amigo,
Su muerte y mi desmayo
Presiento dolorido.
Resuena de la patria
Un ¡ay! entristecido,
Y un puñal de pesares
Penetra el pecho mio.
Así del fuerte acero
Al contemplar el filo
Ya miran los cobardes
Su blando pecho herido.
Así los temerosos
Del trueno á los ruidos
Ya ven lanzarse el rayo
Y abrirse los abismos,
Y derrumbarse el cielo
En cascos mil partido
Sobre la pobre tierra,
Sin guarda y sin asilo.
O edad, edad preciosa
Del existir benigno,
¿Quién á gozar volviera
Tus plácidos hechizos!
Mas ¡ay! que al cielo airado
En vano los repito:
Las dichas que pasaron
No torna el hado impío.

El pajarillo alegre
 Que hirió plomo maligno
 No encanta mas la selva
 Ni vuelve al caro nido.
 ;Qué breve que es la dicha!
 ;Qué largo es el martirio!
 Gocé un instante solo,
 Mas desde entonces jimo.
 El riesgo era á mis ojos
 Mi gloria, cuando niño;
 Mas ora en los placeres
 Me abrazo á los peligros.

Mi deseo.

Feliz yo, venturoso,
 Si logro que mis versos
 Agraden á la hermosa
 Por quien de amores muero:
 Y de las otras bellas
 El inocente seno
 Abrasen con la llama
 Del invisible fuego.
 Feliz yo, si las niñas,
 Ansiosas de saberlos,
 El seductor halago
 Esquivan de Morfeo:

Y las adultas sienten
 Que mis amores nuevos
 Parecen de los suyos
 Un natural bosquejo.
 Feliz, si al recitarlos
 Les late el blando pecho,
 Y advierten en sus almas
 Un ciudadito nuevo.
 Feliz si al escucharlos
 Los apagados viejos
 Avivan las cenizas
 De moribundos celos;
 Y rien complacidos,
 En nueva gloria exentos,
 Sus antiguos amores
 En mis amores viendo.
 Si logro esta ventura,
 ¿Qué importa que mis versos
 Atilden enojados
 Los críticos severos?
 Si un corazón amable
 Amable yo como nuevo,
 ¿Quién duda que en él puse
 Del blando amor el dedo?
 De que la copia imita,
 Mi Filis, al modelo
 ¿No es prueba que lo indiquen
 Los niños los primeros,

Por mas que la pericia
De rígidos maestros
Abulte la ignorancia
Del retratista nuevo?

Al mismo asunto.

No quiero deslumbrado,
No quiero con mis versos
Ganar las amarguras
De un enojoso empleo.
Ni cintas, ni oropeles
Yo delirante anhelo:
Que estorban tales dones
A mi vivir sincero.
Ansio los aplausos
Del vate predilecto
Que, honor del claro Betis,
Ilustra al universo;
Del vate que entonára
Con resonante plectro,
Así de los amores
Los dulces pasatiempos,
Cual de Dios y los hombres
Los memorables hechos
Que la severa historia
Recuerda en siglos ciento.

También de otros alumnos
 Del regio Apolo escelso
 El justo voto ansío;
 Que son mis compañeros.
 ¿Será que allá en los bosques
 Los pastorcillos ledos,
 Oyendo mis cantares,
 Se olviden de sus juegos,
 Y, por ganar amores
 De sus zagalas, tiernos
 Los aprendan y canten
 Con rústicos gorjeos?
 ¿Y que mi nombre graben
 En los añosos cedros,
 A los remotos siglos
 Sobreviviendo ileso?
 Así la triste parca
 Solo hundiera los restos
 Mortales en la tumba
 Del perenal silencio.
 ¿Será, será deidades,
 Que de su patria el suelo
 Inmortalice Anfriso
 Con líricos acentos?
 ¡Ay! no. Mas de la gloria
 El punzador deseo
 Da el pobre jenio mio
 Infatigable aliento.

Un guerrero y su querida.

A Dios, mi dulce Elisa :
Parto á buscar trofeos
Al campo de la patria
Para adornar tu templo.
Dame la fuerte lanza
Y el guarnecido yelmo :
Que ya en la plaza alegres
Me esperan mis guerreros.
A Dios : por mi existencia
Envia al alto cielo
Algun suspiro , y dame
Por despedida un beso.
Así á su dulce amada ,
El llanto comprimiendo ,
Habló el gentil Dalmiro
Con amoroso acento.
Y uniendo sus mejillas
Ambos amantes tiernos ,
Con los ardientes labios
Mil besos se imprimieron.
Mil besos... mas resucitau
Las armas y el estruendo
Del atambor ; la trompa
Retumba con sus ecos.—

Descíñese Dalmiro
 Del encendido cuello,
 Y perezoso parte
 La vista atras volviendo.
 La bella Elisa llora ;
 Mas dice á su guerrero
 Estas dulces palabras
 Que repitiera el viento.
 « Triunfa y ven. La patria
 Atenderá mis ruegos ,
 La libertad te inspire ,
 Gallardo caballero.
 Combate el despotismo
 Con inmortal denuedo :
 Del noble Cid es tuyo
 El generoso esfuerzo.
 La juventud hispana
 Será sublime ejemplo
 De fortaleza al mundo ,
 De honor alto modelo.
 Tan solo á ella es dado
 Romper los duros hierros
 Con que el tirano oprime
 Al inocente pueblo.
 En fria indiferencia
 Consúmanse los viejos :
 Que no vive , ó Dalmiro ,
 La cara patria en ellos.

La patria en tí respira,
 Respira en los mancebos
 Que vuelan al combate
 Sin canas y sin miedo.
 A Dios, Dalmiro mío,
 Y vence, que en volviendo...
 ¡Despareció!... Dios mío,
 Ampárale.... yo muero.»

El premio.

Tú sabes, dulce mía,
 Desde la hermosa noche
 En que tu vírgen labio
 Me supo hablar de amores,
 Cual es el juramento
 Que hicimos, ¡ay! entonces
 De unir hasta en la tumba
 Entrambos corazones.
 Pues oye: nunca temas
 Que de mi pecho noble
 Ni penas ni victorias
 Tu bella imágen borren.
 Cuando el nublado oculta
 Los encumbrados montes,
 Y el huracan destroza
 Los árboles y flores.

Tu rostro soberano
 Contemplo yo en los bosques,
 Y pienso que iluminas
 Su lóbrego horizonte.
 Retumba en las cavernas
 El trueno de los broncees ,
 Y gime por mil pechos
 Exámine Mayorte :
 La lluvia en gruesos mares
 Desgaja el firme roble ,
 Y ardiendo el rayo abrasa
 Cabañas y pastores.
 Mas yo , dulce amor mío ,
 Al pronunciar tu nombre ,
 Cercado del peligro,
 Desprecio sus furores;
 Porque imagino ardiente
 Que escucho allí tus voces ,
 Y de tu rostro veo
 Los soberanos soles ;
 Porque imagino verte
 Que , ejemplo á los varones ,
 Blandes el asta fuerte,
 Mi idolatrada Clori.
 En tí la patria vive
 Cual viven mis amores ,
 Y yo , venciendo al galo,
 Deshago tus prisiones.

Si á mi libre desco
 Igualan mis acciones,
 Pondré á tus pies, por digno
 Tributo de los hombres,
 Los nitidos turbantes
 Los músicos albogues,
 Las águilas altivas,
 Las cruces y leones.
 Y, en premio á mis fatigas,
 No quiero que me adornes
 Con fúlgidos brillantes,
 Con galas que me estorben.
 Me basta un breve anillo
 Que del cabello formes,
 Y en que «*al valor sin tacha*
La eterna amante,» hordies.

La persuasion.

¿Y aún dudas, Fili hermosa,
 De las palabras tiernas
 En que mi amor te juro
 Y mi constancia eterna?
 ¿No ves que noche y día,
 Enclavado á tu puerta,
 Los paso al cielo dando
 Mis ardientes querellas?

¿No ves que no me importa
 Sufrir la cruda bafa
 De todos mis amigos
 Que por tí me desprecian ?
 ¿No ves que me convidan
 A los bailes y fiestas ,
 Por distraerme un tanto
 De mis amargas penas ;
 Y que jamás me mueven
 Sus plácidas ofertas ,
 Que apenas , Fili , escucho ,
 Exento en tu belleza ?
 ¿Humildes y abatidos
 Mis ojos no contemplan
 Que en lánguidas miradas
 Se fijan en tu reja ?
 ¿No sabes que por siempre
 Callada está mi lengua ,
 Y que á tu nombre solo
 Mis labios se desplegan ?
 ¿No escuchas mis gemidos ,
 No miras mi impaciencia ,
 Y de mis ojos tristes
 Las lágrimas acerbas ?
 ¿No sabes , dí , que á todos
 Mi boca te celebra ,
 Y que me engrio ufano
 Cuando tus gracias cuentan ?

¿Qué cada acente tuyo
Suspiros mil me cuesta,
Y que á do quier que mires
Allí mi vista vuela?
Compasiva se duele
De mi la calle entera,
Y de mi amor tan solo
Murmúrase en la aldea.
Si en la noche se juntan
Tus amigas en vela,
Mi amor es lo primero
Que gratas se recuerdan.
Y sus tiernos amantes,
Al son de sus vibuelas,
Para que sus amores
Enamoradas crean,
Les dicen con ternura
En dulces cantinelas
Que las adoran tanto
Como yo á tí, mi bella.
Nunca he visto tu risa:
Te he visto siempre fiera
A mis cariños puros
Que sola tú desdeñas.
Y cuanto mas, ¡ay Filis!
Mis males acrecientas,
Tanto mas te idolatro
Y oprimo mis cadenas.

Yo te amaré mas firme
 Quanto mas me aborrezcas ,
 Aunque perder la vida
 Por mi constancia sepa.
 Mas ¡ay! un sentimiento
 Dentro en mi pecho queda ,
 Y es , Filis , que inhumana
 Mi tierno amor no creas.
 ¡Ay Filis de mi alma!
 Por toda tu belleza ,
 Por Venus y por todo
 Lo que mas fina quieras ,
 Del corazon me quita
 Tan horrorosa pena ,
 Y menos infelice
 Sin tal tormento muera.

A Albina.—Sus triunfos.

Cuando en el ancho prado,
 Albina, te paseas ,
 Mas que todas hermosa ,
 Mas gallarda te ostentas.
 Su caliz blanco y puro
 No mas graciosa eleva
 Por cima de las rosas :
 La cándida azucena.

Tus ojos como soles
Que alumbran y no ciegan,
Los rizos naturales
De tu gentil cabeza,
Tus mejillas rosadas
Como las rosas tiernas,
Tus labios de corales
De tu boca las perlas,
Tu talle delicado,
Tus formas hechiceras,
El breve pie que envidia
La hermosa Citerca,
Tu voz suave y grata,
Y de delicias llena
Todo lo oprimen, todo
Con plácidas cadenas.
Elisa y Adelaida,
Amables como bellas,
Parecen á tu lado
Flores mustias y secas.
Y tristes y abatidas,
Aunque de envidia mueran,
Tu angélica hermosura
Con humildad respetan.
Tras de tus huellas, blandos
Los corazones llevas
De cuantos la fortuna
De verte acaso tengan.

Tambien son tus esclavos
Los que en las cunas ruedan ,
Que , aunque niños , con risas
Ya tu beldad celebran.
Y si los mimas dulce ,
Si plácida los besas ,
En tí, mas que en sus madres,
Felices se recrean.
Y rien á tu vista,
Y lloran si los dejas ,
Y solo entre tus brazos
Su dicha toda encuentran.
Pues si á dominio tanto
Se estiende tu belleza,
Juzga tu , mi adorada ,
Cual mi destino sea.
Ojalá , dulce Albina,
Que amor tambien sintieras,
Y que yo las primicias
Con timidez cojiera.



A Filis bordando.

Cuando en bordar el velo
Te miro entretenida,
Tal vez contando amores
Que á idolatrar incitan;
Si por detras te beso
La cara peregrina,
¿Por qué te enojas, Filis,
Y muestras tan esquivo?
¿Por qué ¡ó dolor! me amagas
Con tus temibles iras?
¿No soy yo tu adorado?
¿Y tú no eres mi vida?
Cruel, dime; ¿ofendieras
A blanca palomita
Que temblosa en tus palmas
Picase la semilla?
¿O al cándido cordero
Que el haz de yerbecillas,
Osado te arrancase
De entre las manos lindas?
¿O al ruisñor que manso
Urgase tu mejilla
Desde la estrecha jaula
En que contento pía?

No , dueño de mi alma;
 Sensible tú serías,
 Y en cambio de estos juegos
 Volvieras mil caricias.
 Pues yo tan solo pido,
 Querida prenda mia,
 Que al menos no te enfades
 Ni grites ni me riñas,
 Si por detras te beso
 La cara peregrina,
 Cuando en bordar las flores
 Te miro entretenida.

A una mirada.

No lances de tus ojos,
 O pérfida Rosana,
 A mi sensible pecho
 Esa funesta llama,
 Con que abrasarme quieres
 Tan cruda como ingrata,
 De tus promesas finas
 Ya, facil, olvidada.
 Anfriso que en tu seno
 Moró con dulces ansias,
 ¿Agora , ó fementida,
 Ha de probar tu saña?

Te ofendes á tí misma
 Si á mí, cruel, me agravias,
 Y ese mirar terrible
 Contra mis ojos lanzas.
 ¡Oh! hiéreme, inconstante,
 Sin compasion el alma,
 Y abrasarás tu imágen
 Que en ella está grabada.

Mi lira.

La lira es el descanso
 De mi afanar continuo,
 Es de mis penas duras
 El mas perenne alivio.
 Desde que anuncia al día
 El rayo matutino
 Hasta que el sol se esconde
 Del mar en los abismos,
 En humildes tareas
 Contento me ejercito,
 Ganando el pan del pobre
 A los hados sumiso.
 Mas cuando ya la noche
 Su manto denegrado
 Tiende al orbe, abrazando
 El espacio infinito,

Con mi lira sonora
Al canto me apercibo,
Y escucha mis acentos
Tan solo mi retiro.
Con ellos tolerando
Al pérfido destino,
De mis horrendos males
La suerte no maldigo.
Antes un gozo puro
Disfruta el pecho mío,
Porque huérfano y solo
De mis afanes vivo.
En letargo profundo
El orbe entorpecido
Contemplo, mientras dulce
Mis versos me recito.
De danzas y festines
El goce apetecido,
O ya de los amores
El victorioso hechizo
Con ansias celestiales
Al son del plectro digo,
Y de mis largas penas
Y hasta de mí me olvido.
El alma, discurriendo
Por un pensil florido,
De gratas ilusiones
Se entrega al alvedrío.

Mil cándidas pastoras
 Risueñas imagino,
 Rondadas de otros tantos
 Felices pastorcillos;
 Y en sus campestres bailes
 Contemplo que las miro,
 Graciosas ostentando
 Donaires no finjidos,
 Al son arrebatado
 Del blando caramillo
 Que estáticos atienden
 Los dioses del olimpo.
 Mi lira es el descanso
 De mi afanar continuo,
 Es de mis duras penas
 El mas perenne alivio.

Las armas nuevas de amor.

Pensaste, ó dios Cupido,
 Con tus agudas flechas
 El corazon hermoso
 Herir de mi Filena.
 Sus lindos ojos miras
 Con bárbara fiereza,
 De tus funestos tiros
 Maligna mensajera.

Mas, al primer flechazo
 Que cuidadoso asestas,
 Tu antiguo poderío
 Perdido ya contemplas.
 Al carcax te se vuelve
 A tu pesar la flecha,
 Y brotan de tus ojos
 Dos lágrimas acerbas.
 Filena en pos te mira
 Y rie y travesea,
 Y un rayo de los suyos
 Te manda por saeta.
 Tú Amor, de amor herido,
 Hasta su seno vuelas,
 Y allí con tus insignias
 Sus órdenes esperas.
 La bella vencedora
 Gloriosa te decreta,
 Porque atrevido fuiste,
 Que su vasallo seas:
 Que en su pecho morando
 De rosas y de perlas,
 Con humildad le rindas
 Adoracion perpétua:
 Que mires allí siempre
 La causa de tus penas,
 Y que tu imperio amante
 De sus miradas penda:

Que arrojes por el suelo
 La aljaba con las flechas,
 Y para herir le pidas
 Las armas que ella precia:
 Que reines en su nombre,
 Y que en su nombre hieras,
 Cantando eternamente
 »Soy siervo de Filena.»
 De entonces sus acentos
 Por todo el orbe llevas:
 Con ellos de amor matas,
 Y son tus armas nuevas.

A Laura.

EL CONSUELO DE LA VEJEZ.

Ay Laura, no te rías
 De mí, porque soy viejo:
 Muchacho fui, y á veces
 Jugué tambien con Venus.
 Ni pienses que le envidio
 Al venturoso Delio.
 Los que feliz le imprimes
 Enamorados besos.
 Ya sé que en daño mio
 Blanquean mis cabellos,

Y que de un siglo todo
 Me encorvo al grave peso.
 Mas cuando en tus placeres
 Y en tu amoroso fuego
 La aurora de mi vida
 Ya moribundo acuerdo,
 Ni lloro en la desgracia,
 Ni jimo en el deseo,
 Ni envidia vuestra dicha,
 Ni tengo amor ni celos.
 Alabo muy tranquilo
 De tu zagal sincero
 La tímida osadía,
 El celestial respeto.
 La reflejante llama
 De tu mirar travieso,
 En vez de darme en ojos
 Me sirve de recreo.
 Al recordar las glorias
 De mis pasados tiempos,
 Sin próximos peligros
 Se goza el pensamiento.
 Conózcome, y alcanzo
 Que ya por mí no puedo
 Servir en las batallas
 Del dios del universo.
 Pero á ese rey divino
 De quien obtuve premios,

Que en diez felices lustros
Bien repetidos fueron,
Al cabo de mis años,
Inútil yo, le ofrezco
Por sucesores míos
Seis lindos nietezuelos.
Ellos serán un día
Batalladores nuevos,
Y acrecerá á la suya
La fama de este viejo.
Si del tostado vino,
Del néctar de los cielos
En ancha taza bebes
Por mano de tu dueño,
Del tinto de mis parras,
Amiga Laura, bebo
Por mano de mis hijos,
Por mano de mis deudos.
Si ganas orgullosa
De tu galán un beso,
Por componer los ojos
En ademán artero,
Yo plácido recibo
De mis hermosos nietos,
Delicia de mis años,
Cien besos y otros ciento.
Con ellos soy felice,
Por ellos, Laura, muero;

Yo por mi sangre vivo
Si vives tú por Delio.
Venid , hijos del alma,
Venid , que gusto veros,
Peinándome las canas
Colgados de mi cuello.
Recibireis el llanto
Del paternal afecto,
El llanto que á los ojos'
Se asoma y aun contengo.
Venid : tú , Laura , goza
Y rie con tu Delio,
Y entre tus tiernos brazos
El ria satisfecho:
Que vuestro amor no sirve
Donde el amor paterno.
Despues de inquieto amante
Fuí padre , y soy abuelo.



La esperanza.

Deja que el sol se nuble,
Querida hermosa , deja,
Deja que el trueno brame
Rodando por la esfera.
Nosotros no tenemos
La gloria en la ribera,
Ni en el revuelto circo
Donde el tumulto reina:
Que nuestras diversiones
En nuestro hogar se encierran,
Y en él somos felices,
Por mas que á mares llueva.
La vigilante envidia
No aquí, mi bien , te acecha:
Con libertad te minto,
Con libertad me besas.
Y aqui nos cumpliremos
Reciprocas ofertas,
Mientras la pobre Elisa
Del huracan se queja.



La vuelta de los Céfiros.

Los Céfiros alegres
Ya vuelven con el mayo
A acariciar las flores
Y á regalar los campos.
Con alas apacibles
De flor en flor volando ,
Do quier derraman dulces
Olores soberanos.
Con ellos se embelesa
El viento embalsamado ;
Con ellos se dispone
La pastorcilla al canto.
Con ellos nueva vida
Recobra el mustio prado ;
Con ellos, tierna Filis ,
Se olvidan los cuidados.
El bramador torrente
Que ensordeció los llanos ,
Cuando hinchado corria
Las mieses arrasando ,
Trocóse por ventura
En arroyuelo blando ,
Y las corrientes giran
En pequñuclos saltos.

De los floridos valles
 Las lindes respetando ,
 Las besa silencioso
 Al discurrir galano.
 Del márgen de las aguas
 Los Céfiros al árbol
 Se elevan y allí mecen
 Las hojas de los ramos.
 O ya sobre sus pomas
 Sensibles respirando ,
 Les dan sabor divino
 Con mil colores gayos.
 ¡ Oh ! ¡ qué tiempo , bien mio ,
 Tan otro del insano
 En que arrebató el cierzo
 La gloria de los campos !
 Donde el abrojo hería
 Tu delicada mano ,
 Tu blando pie , sonrien
 De Flora los encantos.
 Aquí no soplan , Eilis ,
 Los vientos del engaño ,
 Ni temeroso llora
 El genio encadenado ,
 Se mecen las delicias
 En los amantes brazos
 De la amistad , segura
 Sin leyes ni palacios .

Ven á gozar , mi vida ,
 Tan divinal ornato :
 Inútil te es el tiempo
 Que pasas no gozando.

A unos ojos negros.

Guarda, Filis hermosa ,
 Los ardientes luceros ,
 Que cuando ardientes miran
 Envidia dan al cielo.
 Sus pupilas encubran
 Los párpados , ó al menos
 Escóndelas un tanto
 Con ese oscuro velo :
 Que , apenas ¡ay! los miro ,
 En no sé que deseos
 Se abrasa y despedaza
 Mi corazon inquieto ,
 Que en incesantes golpes
 Al palpitarme el pecho ,
 Discurren por mi sangre
 Tropeles de tormentos.
 Mis ojos á los tuyos
 Con avidez atentos ,
 De vida ya privados
 Su accion y luz perdieron.

¿Por qué el cielo te ha dado
 Tan dulces ojos negros ,
 Que entreabiertos apenas
 Ya queman con su fuego ,
 Si á mí la ley me impuso
 De contemplarlos ciego ,
 Y rondarlos mas firme
 Cuando sus flechas pruebo ?
 ¿Cuál las negras pupilas
 Relucen , y en su centro
 Retratan mi semblante
 Con el dolor que siento !
 Pues de esos arcos iris
 Que cercan halagüeños
 Los párpados de rosa ,
 Celages del desseo ,
 ¿Do está quién , al mirarlos ,
 No siente ya el imperio ,
 Gozoso en el delirio
 Y esclavo satisfecho ?
 Son ruedas que de flechas
 Armó la diestra Venus ,
 Inmensos señorios
 A cada arpon cediendo .
 ¡Ay, Filis de mi alma !
 Tus lánguidos ojuelos
 Me han de quitar la vida ,
 Vana , infeliz sin ellos .

No vivo si los miró ,
 Si no los miro muero :
 De iman tan poderoso
 Queriendo huir no puedo.
 Un rayo de tus ojos
 Me arranca lloro tierno ,
 Y en lágrimas amantes
 Con turbacion me anego.
 ¡Qué devorante llama
 Qué plácido veneno
 Encierran , cruda Filis,
 Tus ojos hechiceros!
 ¡Ay, ay! ¡qué fiero estrago!
 ¡Qué bárbaro tormento!!
 Mas yo ¿por qué los miro ,
 Si dicha alli no encuentro?—
 No sé: Mi mal conozco ,
 Conozco ¡ay Dios! mi yerro ,
 Y adoro enagenado
 El mismo mal que temo.
 La mágia de tus ojos
 Me arrastra en mi desvelo
 A anticipar mi daño
 Hasta tocar con ellos.
 Aparta , Filis mia ,
 Aparta esos ojuelos ,
 O dales á los mios
 Algun falaz consuelo.—

Asi rogaba á Filis
 Rendido el pastor Delio ,
 Mas ella se gozaba
 Mostrándolos mas tiernos.
 Y súbito , bajando
 Los párpados , el velo
 Echó sobre su rostro
 Con ademan sereno.
 Filis, Filis , mi vida
 (El dijo en alto acento) ,
 ¡ Ay! dame que yo vea
 La luz de esos luceros ,
 Aunque de amor me maten
 En este instante mesmo:
 Si muero á todo trance ,
 Morir viéndolos quiero.

Un recuerdo.

Dicen que ayer , Rosana ,
 Lanzaba con estruendo
 Mares de inmensa lluvia
 El tormentoso cielo ;
 Y que terror ponía
 En los tranquilos pechos
 La centellante nube ,
 El retumbante trueno :

Que tristes prorrumpian
 En ayes lastimeros
 Los niños asombrados
 Y el asombrado viejo;
 Y que la tierra toda
 Con un temblor violento
 Crujia, amenazando
 Amargo fin tremendo.
 Mas nada oí, bien mio;
 Que, del peligro en medio,
 Tan solo yo existia
 Para el amor despierto:
 Nada sentí: que entonces
 Te estaba haciendo versos
 Donde te digo humilde
 Que te idolatro ciego.

La amenaza.

Alisio, que te burlas
 De mis potentes armas,
 Y piensas que á tu seno
 El flechador no alcanza,
 ¿Por qué, entretanto, evitas
 Hallarte con mi aljaba,
 Y temes á mis ojos
 Y al vuelo de mis alas?

Escóndete en el bosque ,
 O trepa á las montañas ,
 U ocúltate del Ponto
 Bajo las hondas aguas :
 Verás si mis arpones
 Hundiendo van las ramas ,
 Tajando van los riscos ,
 Y el mar volviendo en llamas ,
 Hasta clavarte el pecho
 Y el corazon y el alma ,
 Que es libre , si yo quiero ,
 Y, si yo quiero , esclava. »—
 Asi el amor alegre
 La libertad amaga
 De Alisio que en las selvas
 Altivo la proclama.

Mi cortesana en el campo.

Qué hermosa y que sencilla
 Se ostenta en la majada
 Mi idolatrada Clori,
 La que me roba el alma!
 En la redonda era
 ; Con qué donaire baila!
 ; Con qué primor del rostro
 El negro rizo aparta!

Miradla , labradoras ;
 Miradla , como manda
 Los juegos , las carreras
 Y las alegres danzas.
 Al pie del verde sauce ,
 Que crece á flor del agua ,
 Se esconde de las otras
 Que tristes las reclaman.
 Y nadie la divisa
 Hasta que rie y canta ,
 Y entonces como el viento
 Ya en otro puesto llama.
 Mas , ¿ dónde vá ? ¡ Silencio !
 Tened , tened , aldeanas :
 Miremos donde lleva
 Las atrevidas plantas.
 Allí dos haces coge ,
 Allá los deja , y marcha
 Pisando en los abrojos
 Cual sobre yerba blanda.
 ¡ Ay qué á los panes guía !
 ¡ Ay qué en el trillo salta ,
 Y al labrador sorprende
 Y por detras le abraza !
 ¡ Qué bien parece Glori
 Con su túnica blanca
 Junto á la negra yunta
 Que rige soberana !

Amable riberiego,
No temas: no se espantan
Tus bueyes; pues que llevan
La reina de las gracias.
En el granado circo
Mas mesurados andan,
Y del vigor perdido
Por ella se reparan.
Mi Clori venturosa
Hoy el jornal te gana,
En tanto que tú alegre
Mirándola descansas.
¡Ay mírala! contempla,
O rustico, su cara,
Que es bella como el cielo
Y fresca como el alba.
En ricos atributos
A Ceres se aventaja,
Que, si los campos pisa,
La mies espiga y grana.
Aprende de ella, aprende,
Que en sola una mañana,
Aunque nació en la villa,
Todo el centeno maja.
Tan solo como adorno
Lleva la luenga vara:
Que de aguijon le sirven
Dulcísimas palabras.

;

Si los robustos bueyes
 Mugiendo se adelantan,
 Y en el gredoso cieno
 Del arenal se atascan,
 Con una voz los guía,
 Con otra voz los saca,
 Mas nunca con el hierro
 Los hiere ni maltrata.
 Aprende á ser sensible,
 Señor de estas yugadas,
 Con quien para tí vive,
 Con quien por tí trabaja.
 ¿No estás alegre, dime?
 ¿No os complacéis, zagalas?
 Como un ciprés derecha
 Vá Cloris en su tabla.
 ¡Y cuán graciosa rie
 Volviendo atras la cara!
 ¡Y aplausos pide y vivas
 Batiéndose las palmas!
 Ya deja el trillo, amigas,
 Ya torna á nuestra estancia:
 Ven, reina de mis ojos,
 Divina cortesana.
 En tanto que te llora
 El labrador y exala
 Suspiros amorosos
 Que su pasión retratan,

Y el fuego inextinguible
 Que sin querer le inflamas
 Al son de las panderas
 Volvámonos á casa.
 Y mientras que en el pueblo
 Se encienden las lumbradas,
 De tus ardientes ojos
 Me abrasaré en la llama.

Al Sr. D. Manuel María Cambronero.

Deja de hablar, ó Fabio,
 De grandes y sublimes
 Sucesos de guerreros
 Que fueron infelices,
 O la paz envolvió
 En turbulentas lides,
 Como al fácil troyano
 La cólera de Aquiles.
 Ni al orador latino
 Que á Roma sobrevive,
 Y á par del rauda tiempo
 Famoso, eterno existe,
 Recuerdes arrobado
 En medio de los brindis:
 Ya se que Iberia toda
 Su Cicerón te elige.

Ya se que tus acentos
 Y tu constancia mides
 Con griegos y romanos
 De Astrea en los confines,
 Cuando potente arrancas
 Sus máscaras al crimen,
 Y la virtud defiendes
 Y la maldad persigues,
 Desde el honroso escaño
 Con armas invencibles,
 Impetuoso y dulce,
 Enérgico y sensible.
 Ya sé que eres escudo
 De hermosas infelices,
 De la viudez llorosa,
 De la horfandad que jime,
 O del buscado mozo
 Contra la falsa virgen,
 De España y de sus glorias
 Y de los pueblos libres.
 Mas no, mi dulce Fabio,
 En este instante olvides
 Que estamos entre damas
 Que solo amores piden.
 Mas precian de Cupido
 Las flechas, y los chistes
 De Baco, que de Astrea
 Los elevados timbres.

Remeda como artero
 Por nuevas paces riñe
 El amoroso Delio
 A su inocente Filis:
 Como la tierna Silvia
 Desden y celos finje,
 Porque Dalmiro llore,
 Que ya á sus pies se aflije:
 Como á Thalidio el noble
 Quiere rehar su Tisbe
 El codicioso Adonis
 Que á tres zagalas sirve.
 Ensalza sus colores
 De rosas y alelíes,
 Y el delicado talle
 Y el cinturon que ciñen.
 Del rojo cariñena
 De las paternas vides,
 Pisado en tus lagares
 Con plantas varoniles,
 Ofrecele una copa
 A la que el rostro incline,
 Por escuchar ansiosa
 Secretos que improvises.
 Y á la que astuta entonces
 El beso te adivine,
 En plácido silencio
 Por uno dale quince.

Tu sin igual donaire
De nuevo á Laura avise
Que aguarden igual premio
Sus labios carmesíes.
Para el soberbio foro,
Do magestad preside,
A Demóstenes deja
Y á Túlio y á Pericles.
Si de una fembra hermosa
Bello galan naciste,
Es tuyo el ensalzarla
Entusiasmando á Nise.
El orador que puso
Ternura en fieros tigres,
Bien puede derramarla
En ánimos sensibles.
De Laura las promesas
Con dulce ardor recibe:
Que, aunque eres viejo, tienes
Alientos juveniles.



El ruego indiscreto.

Pide el pastor Albino
 Amor á su zagala,
 Rendido y cariñoso,
 Al despuntar del alba.
 Amor le pide, cuando
 Toda su luz derrama
 El sol al hondo valle
 Do pacen las manadas;
 Y amor cuando el silencio
 Domina la campaña,
 Y Febe soñolienta
 Sourie desmayada.
 En tanto que la aurora
 Se anuncia en la algazara
 Del ruiseñor que trina
 Y el labrador que canta,
 Albino á su pastora
 Dirige mil plegarias,
 Y adora ausente y triste
 A su querida ingrata.
 Suspende el jornalero
 Los golpes de la hazada,
 Y en la silvestre mesa
 Recobra aliento y calma;

Y Albino flora entonces
Su vida y sus desgracias,
Y ofrece por despojos
A su Rosana el alma.
En breve y duro lecho
Los rústicos descausan,
Cual sobre blanda pluma
Y en esquisita holanda:
Y el desdichado Albino
La noche entera pasa
Despierto con las penas
Que su tormento agravan;
Y cuenta á las estrellas
El fuego que le abrasa,
Los males que parece,
Las dichas que le faltan.
Les dice cual se agosta
La flor de su esperanza
En el profundo abismo
De la confusa nada.
Los ayes lastimeros
Que en su dolor exala,
El nuncio son de muerte,
De muerte despechada.
Mas la pastora linda,
De amor escarmentada,
Recibe las querellas
Indiferente y sábia.

Desde la vez primera
 Salvó de las borrascas
 Del Dios su triste vida
 En una angosta tabla,
 Ni quiere mas contiendas,
 Ni los peligros ama
 Del que en las crudas lides
 Por el amor batalla.
 De Venus Citerea
 Presiente las bazañas,
 Y teme que sus dones
 Un triste don le traigan.
 Ni á compasion se mueve,
 Como otro tiempo grata:
 Que ó tierna se comprime,
 O esquivo el yugo canta.
 Por el contento jime;
 Pero la flecha insana
 Aun pende de su pecho
 Con fiero ardor clavada.
 Le falta á la infelice
 Valor para arrancarla,
 Y hora consintiendo
 Que le traspase el alma.
 Para sanar la herida
 El bálsamo prepara
 Que la amistad ofrece
 En sus tranquilas ansias.

Las nobles ilusiones
 Prefiere á las mezcladas
 De negras amargas
 Que el breve gozo acaban.
 ¡Qué suerte la de Albino!
 Tal vez en vano clama
 Por la suprema dicha
 Que aun moribundo aguarda.
 ¡Quién fuera en este instante,
 Quien fuera esa Rosana,
 Para ofrecer al triste
 La gloria soberana!
 Yo sé, Rosana hermosa,
 Que ese pastor no engaña,
 Y para tí el secreto
 De hacer felices guarda.

Una lección.

Cuando las albas teclas
 Hiriendo, dulce Filis,
 Las cuerdas sonoras
 Del instrumento vibres,
 Procura que de amores
 Tu corazon palpite,
 Si anhelas de Citeres
 Pintar las blandas lides.

Y elevarás tu mente
A la región sublime
Donde se oculta el trueno
Y de los rayos jimen,
Para que al son templado
Y al ronco son terrible,
Con rápido ardimiento
La tempestad imites.
Si de la dulce patria,
Que huérfana se aflige,
El lamentar profundo
Con hondo acento dices,
O el español valiente
De viles yugos libre
Que renovó los hechos
De Césares y Gides,
Verás como mis ojos
A tu cantar reviven,
Y lloran si tú lloras,
Y gozan si tú ries.
Mas ¿quieres que tu fama
Resuene desde Alcides
Hasta el inculto bosque
Do los isleños viven?
Ensayá los cantares
Del inclito Rossini
Que del celeste Apolo
Salvó las altas lindes.

Sensible á sus encantos,
Con modular felice
Penetrarás del alma
Los senos invisibles.
Modelos tan divinos
Constante y grata sigue,
Y un día serán flores
Cuantas espinas mires.
A los escollos fuertes
Opon desvelos firme:
Minerva adora siempre
A quien su don recibe.
Así la dura roca
Inmóvil ve y resiste
Atropellados montes
De mares que la envisten.
La senda de tu gloria
Constantemente sigue,
A tu ventura atenta,
Famosa como humilde:
Y siendo tú dichosa
Harás á otros felices,
Y yo diré orgulloso
El nombre de mi Filis.
Y en los pórticos bellos,
En lúbricos convites,
En bélicos torneos,
En danzas y festines,

A tí dirán primero
 Entusiasmados brindis
 El jóven que te adore,
 La dama que te envidie.

Viage al templo de Baco.

MENALCAS. — DAMON. — ALICIO.

Menalcas. De Baco al dulce templo
 Partamos ora alegres,
 Mil himnos entonando
 A Baco y á Citeres,
 Ora que á los mortales
 No allije el sol ardiente,
 Y que en los anchos bosques
 Reina la blanda Febe.
 Mientras á juegos torpes
 El cortesano entregue
 Los ocios de su vida
 Ya femenil y muelle.
 Las hondas escudillas
 Apurará tres veces
 La rueda, y otras tantas,
 Y aun ciento si os cumpliere.

Damon. Y mientras sobre el oro
 El crudo avaro duevme,

Soñando de la estafa
 En el feroz deleite,
 Nosotros recostados
 Al pie de aquella fuente,
 De aquel frondoso valle
 Sobre la alfombra verde,
 Tranquilos y contentos
 Veremos desprenderse
 Y súbita ocultarse
 La exalacion celeste.

Alicio. Veremos cual las hojas
 De los castaños mueve
 El ala vagarosa
 Del esfirillo leve,
 Y como silencioso
 Del álamo descende,
 Y con su aliento frío
 Regala nuestras frentes.
 Con planta fujitiva
 El delicioso ambiente,
 De yerba en yerba dando,
 Su flor apenas mueve.
 Discurre sosegado
 El montaraz torrente,
 Y sobre el fresco márjen
 Su claro aljófar llueve.
 Dudosa luz querida
 En las campiñas vierte

El astro de la noche
Desde el templado oriente.

Menalcas. Venid al templo hermoso ,

Partamos , ¿ qué os detiene ?

Ni el crimen allí habita ,

Ni Marte dicta leyes.

Ni allí tropezaremos

Con las malignas redes

Que el escondido dolo

A la inocencia tiende.

Si á alguno atormentaren

Cuidados de los reyes ,

Hasta el soberbio alcázar

A disiparlos vuela.

Mas si cuidados solo

De amor y agravios tiene ,

O le persigue airada

La desdeñosa suerte ,

Olvide sus rigores

Y entre nosotros quede

Y del amor y el vino

Aguarde los placeres.

Damon. ¿ Y cómo al sacrificio

Iremos ? ¿ Con afeites ,

Con trajes delicados ,

Con rosas y claveles ?

Menalcas. Jamás : en los torneos

De la sencilla gente

Tan solo son hermosas
 Las vedijudas pieles.
 Para beber buen mosto
 Y fresca y blanca leche
 No ha menester la boca
 De plata ni oropeles.
 A las zagalas lindas,
 Que con nosotros vienen,
 Ordénoles que vistan
 Los encarnados dengues.
 Aunque aldeanillas sean
 Y hermosas, son mugeres,
 Y, si las selvas aman,
 Por los adornos mueren.
 Ea, muchachos, vamos,
 Antes que el fuego cese
 Que en vuestras almas arde,
 O languidezca débil.
 Aunque estoy viejo y cano,
 Y ya setenta veces
 Pasar el año he visto
 Por mi redil de cespéd,
 Al veros animados
 Recuerdo mis niñeces,
 Y para el dulce vino
 El labio no envejece.
 ¡Qué llano es el camín!
 Ni los abrojos hieren,

Ni la maleza estorba,
 Ni silban las serpientes....
 Este es el templo, mozos;
 Aquel el Dios potente
 Que los agudos males
 Sabe trocar en bienes.
 Sus aras son sus pipas
 De muy antiguas creces,
 Que con su olor divino
 Las almas engrandecen.
 En vez de mármol rudo,
 Se ostenta entre paredes
 De vides, enlazadas
 Entre mil cañas verdes.
 Componen la corona
 Con que adornó sus sienas
 Espléndidos follages
 Y rubios moscateles.
 Aquí bebamos todos
 Hasta morir rientes;
 O hasta que el alba triste
 De nuestra paz se venga:
 Que el jerezano dulce
 Y el líquido de Yepes
 Contra la misma Parca
 Nos armarán valientes.
 Amor y vino y brindis
 Al que á su Filis bese,

Y en el amor y el trago
 Compitan los donceles.
 Si en amor jubilado
 El ciego Dios me tiene,
 Por cada beso ageno
 He de beber tres veces.
 Asi lo manda Baco,
 Dijo Menalcas : bebe
 Y apura una ancha taza,
 Y está para otras veinte.
 Imítanle gozosos
 Los locos mozalbetes,
 Y en brazos de Morfeo
 El alba los sorprende.

Los bienes ciertos.

El lírico de Teyo
 Con el amor y el vino
 Burlaba de la suerte
 Los ásperos caprichos.
 Y yo su tierno alumno
 Sus blandas huellas sigo,
 Y entono mil cantares
 A Baco y á Cupido,
 Las penas olvidando
 Del bárbaro destino,

Si vivo entre muchachas
Y entre licores vivo.
¿De los alzados puestos
Qué vale el atractivo
Donde Amira los ojos
Compone en blandos giros?
Qué vale la esperanza
De bienes infinitos
Al lado de los goces
Presentes do estasío?
Ea, muchachos, caiga
El Valdepeñas tinto,
Y tú, mi bien, apara
La copa que te brindo.
Bebamos, ensalzando
De Venus los hechizos,
Y allá dispute el griego
Con otro sus dominios.
No quiero yo buscarme
La gloria en los peligros,
Ni en pos de sombras vanas
Andar jamás perdido.
El Dios de los amores
Y el Dios de los racimos
Ofrecen bienes ciertos:
Sigámoslos, amigos.

Mi afición.

Vivir entre muchachas
Es mi constante anhelo ,
Y, por morir alegre ,
Morir entre ellas quiero.
Que Venus hizo blando
Su corazon al ruego ,
Y son de nuestros males
El único consuelo.

En un convite.

El vino te remoce,
O respetable Delio ,
Y alterna con nosotros
En el festin y el juego.
¿Qué importa que se rian
De ti los otros viejos ,
Si rien envidiosos
Y tú te burlas de ellos?
Recuerda tus niñeces ,
Y apura el vaso luego :
Para cuidados graves
De mas te sobra el tiempo.

Mas vale , si , caerse
 Beodo y soñoliento ,
 Que no perder en crudos
 Afanes el sosiego.
 ¿ Por qué suspira el hombre
 Sino por el contento?
 Pues bebe ; que sin tasa
 Baco le dá. Gocemos.

Una época de mi vida.

Pedile al Dios vendado
 Con ruego encarecido
 Una sensible amante
 De talle y rostro lindo ,
 Cuando apenas frisaban
 Mis años fugitivos
 Sobre los veinte abriles
 En que despierta el brio.
 Y Amor , dejando el arco,
 Escoge un caramillo
 De voces celestiales ,
 Y así riendo dijo :
 « Este instrumento sacro
 Pulsó una vez Batilo ,
 Y en él vertió el aliento
 Del genio que te inspiro.

Recíbele dichoso ,
 Con él te queda , Anfriso ,
 En cambio de la gracia
 De un corazon rendido.
 Dos lustros sin amores
 Aún vivirás tranquilo;
 Pero entretanto dulce
 Dirás amores finos
 A ideales bellezas,
 Con tal verdad fingidos ,
 Que acaso como ciertos
 Los miraré yo mismo.
 Mas tarde de Soffa
 Irás al templo altivo ,
 E informará tu mente
 Su respirar divino.
 Entonces á tu ruego
 Responderé benigno ,
 Y amor tendrás y amante,
 Sin sustos ni peligros.»
 Asi contento y ledó ,
 Del blando Dios de Gnido
 Cumpliendo los mandatos,
 Entre delicias vivo.
 A hermosas , que me ideo,
 Favor y amores pido ,
 Con ellas hablo tierno,
 Por ellas ¡ay! suspiro.

¿Es ilusion? ¿Qué importa!
 En la ilusion me miro
 Feliz mas que el amante,
 Si un verso dulce escribo.
 La ilusion es el gozo
 Que forma los deliquios
 De los humanos bienes:
 Sin ella son perdidos.
 Así de mil esclavos
 Del fiero amor me rio,
 Al ver que con mis versos
 Sus penas adivino.
 Y espero sosegado
 A que el amor benigno
 De amores me corone,
 De rosas y de lirios.

Los amores inocentes.

El niño Fileno
 Y Delia la niña
 Se fueron á un bosque
 Donde el sol no brilla.
 Llegaron jugando
 Con plácida risa,
 Sin pensar en padres,
 Maestro ni amiga.

Y bajo de un cesped
De sombra benigna
Felices durmieron
Su larga fatiga.
El aura que suena,
Y el ave que trina,
Y el agua que bulle
Su sueño acarician.
Despues de pasadas
Las horas estivas
Despiertan, y absortos,
Cobardes se miran.
En nuevos encantos
Y en nuevas delicias
Sus almas hermosas
Pensando se ajitan.
Placióles el sueño,
Y al sueño se incitan,
Y otra vez durmieron,
Y amor los inspira.



La paga doble.

Ayer, Filis hermosa,
Con gracia y con cariño
Me diste de tu huerto
Un bello clavelito:
Y por él me pediste
Un beso el mas rendido,
Y en tus labios de rosa
Yo le imprimí festivo.
Pues mira, que hoy te traigo
Dos claveles del mio,
Y por ellos ahora
Te quiero dos besitos.

Todos aman.

Caricias ama el niño,
Y, á sus encantos dócil,
En el materno seno
La linda mano esconde.
Cargado de laureles
Del áspero Mavorte,
A la beldad amable
Caricias pide el joven.

Si la vejez helada
Suspira por honores,
En el altar de Venus
Todas sus galas pone.
El codicioso avaro
No teme ya ser pobre,
Si del amor benigno
Probó las ilusiones.
Al pie de sus banderas,
Postrando sus blasones,
Estáticos se rinden
Los hombres y los dioses.
El cantor de las selvas
Aprende nuevos sonos,
Y la zagala hermosa
Derrama nuevas flores.
Allí rústica mano
De cetros mil dispone,
Y la corona ciñen
Los cándidos pastores.
Allí todo es delicias....
¿Y tú me ordenas, Clori,
Que del amor olvide
Las plácidas lecciones?
¿Quién, una vez dichoso,
Ser infeliz escoje,
Y en calma indiferente
Vivir por siempre inmóvil?

No pidas imposibles,
 O dame un pecho donde
 Se quiebren y deshagan
 Del Ciego los arpones.
 No pidas imposibles
 A quien suspira amores,
 O deja de ser bella,
 Mi idolatrada Clori.

A Laura desdeñosa.

No engañan, bella Laura,
 Tus ojos hechiceros,
 Ni mienten de Ciprina
 El devorante fuego.
 El céfiro jugando
 Lascivo en tu cabello
 Aspira los aromas
 De tu amoroso aliento.
 Hablan de amor tus labios
 En plácido silencio:
 Amor callada envías
 Del ajitado seno.
 Tú para amar naciste;
 Tú para ser de Venus
 Rosal con hoja y fruto
 Naciste al universo.

Y cuando mas pretendes
Con leves devaneos
Parecer libre, entonces
Con lazos mil te veo.
Deja, arterilla, deja
Los desdeñosos juegos,
Y, en vez de vanos triunfos,
Aspira á bienes ciertos....
¿Qué valen las lisonjas
Del mísero Fileno,
Si son de amor inútil
Inútiles señuelos?
¿Le ofreces con sonrisa
Un mimo de tu afecto,
Tal vez por dar en ojos
Al humilde Delio?
¿Simple de tí! ¿No sabes
Que puede avaro el tiempo
En un instante solo
Robarte ambos trofeos?
¿No vale mas, ó Laura,
Hoy un ardiente beso,
Que la esperanza triste
De darte á amores nuevos?
A mil esclavizando,
Estéril es tu imperio,
Estéril: ilusiones
Serán tus clamoreos.

Corta al engaño el nudo,
 Y con tu amante tierno
 Aprende á ser dichosa;
 Que en ser feliz no hay riesgo:
 No sea que imposible
 Te obligue el hado fiero
 Con lágrimas tardías
 A importunar los vientos.

El regalo campestre.

Atravesando el valle
 Con esta cantarita
 De leche, á tí la traigo,
 Pastora de mi vida.
 Y toda te la ofrezco,
 Pues ella es las primicias
 De aquellas dos ovejas
 Que en tanto precio estimas.
 Mas, porque nada falte
 En esta ofrenda fina,
 Las ordené yo mismo
 En tanto que pacían.
 Es tan dulce su leche
 Cual dulces las caricias
 Que á veces recatada,
 Sensible me prodigas:

Mas blanca que la nieve
Que cubre las campiñas,
Mas fresca que en el árbol
Jirándula muy fria.
Vámonos, pues, pastora,
Bajo de aquella encina,
Do están otros zagales
Con sus zagalas lindas.
Mas pruébala tú antes,
Mi regalada Silvia,
Y luego satisfechos
Iremos entre risas.
Yo la cántara llevo,
Tú lleva la escudilla
En una mano, en otra
El pan para las migas.
En rueda nos pondremos,
Y tú á mi vera misma,
Y escanciaré la leche
Que á largo sorbo brinda.
Pero tú, mi adorada,
Serás la preferida,
Y empezará la rueda
Por tí, mas que me riñas.
Y cuando murmuraren
De entrambos con envidia,
Hablándose en secreto,
Y luego necias rian,

Solo quiero que entonces
 Risueña tú les digas:
 »Anfriso es quien me ha hecho
 Esta fineza, niñas.»

Quien vence al amor.

guarda, Cupido, guarda
 El arco omnipotente,
 Y enrolla las banderas
 Que destronáran reyes.
 Ni ya las crudas flechas
 Con el dedillo pruebes,
 Si contra quien lanzarlas,
 ¡Ay infeliz! no tienes.
 Porque ya los amantes
 A tu pesar entienden,
 Que aquel, que mas te huye,
 Aquel es quien te vence.



El amor casual.

A la benigna sombra
De una pomposa encina,
Por cuyo pie un arroyo
Con lento curso jira,
El niño Delio andaba
Jugando con su Amira
Una tarde del mayo
Al fenecerse el día.
Lanzarse el uno al otro
Las blancas piedrecillas
De los contornos, era
Su juego y alegría.
Así las horas daban
A la inocente risa
En repetidos cambios
Sobre la yerba umbría.
Mas entretanto alegre
Cupido les afila
Dos flechas, recatado
Tras de una mies vecina.
Y luego á sus dos pechos
Certo se las tira,
Y del amor les abre
La mas sabrosa herida.

Entonces los zagales
 Dejar la fiesta ansían:
 Que á ignorados placeres
 Cupido los ostiga.
 Y por la vez postrera
 Rieron.... se estasían:
 Y de Amira en el balda
 Juntaron ¡ay! las guijas.

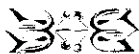
Un coloquio.

¿Por qué, Filis amable,
 Me pagas con desvios
 Los cándidos halagos
 De mi eternal cariño,
 Si en tu pecho se agita
 La llama que en el mío,
 Si tú también descas
 El premio que te pido?
 Si en esa boca hermosa
 Te diera yo un besito,
 ¿Tu madre conociera
 El mas ligero indicio?
 Solos estamos, solo
 Nos mira el jilguerillo,

**Y él solo nos escucha
Entrecabierto su pico.
Besémonos, amada,
Mil besos repetidos,
Y él cante nuestras glorias
En regalados trinos.
Y descansen luego
De tanto regocijo,
Jurando con los ojos
Amor eterno y fino.
Y luego muchas veces
Probemos los hechizos
De lánguidas miradas
Y lánguidos gemidos.
Así ledos gocemos
Hasta escuchar el ruido
De la puerta girando
Sobre el chillante quicio.
Entonces, serenando
Los rostros encendidos,
Tú tomarás la aguja,
Yo tomaré este libro.
Y en entrando tu madre
Le das otro besito,
Y á tu labor te vuelves,
Y luego sonreímos.**

El enfado ligero.

Enójose Dulcidia
Con su adorado Anfriso ,
Jurándole severa
Eterno y fiero olvido.
Llamóle mil apodos ,
Con el semblante altivo ,
Que oyó calmoso siempre
El amador sumiso.
Mas él en pos artero
Exala un fiel suspiro ,
Y luego triste esclama:
« ¿ Me olvidarás , bien mio ? »
Guardó la niña el rostro
Detras de su abanico ,
Y sin alzar la frente
« Yo no lo sé » le dijo.



El castigo.

Sentado un amorcillo
Sobre la estrecha via
Que forman las dos pomas
De la celeste Amira,
Posando sobre un dedo
La celestial mejilla,
Sus ojos asomaba
Y artero sonreía.
Mas ocultaba el falso,
Con pérfida malicia,
Las bien templadas flechas
De mi inocente vista.
Así el rosal hojoso
Encubre las espinas
Del pie con el follage
Donde las rosas brillan.
Le ví, por mi ventura,
O por desdicha mia;
Yo le contemplo ledó,
Y él plácido me mira.
Me llama, y con dos flores
El taimado me brinda;
Y loco por cogerlas
Me lanzo á recibirlas.

Mas , cuando me ve cerca
 Del cielo que me hechiza ,
 Saca la aljaba oculta
 Y rápido me tira
 Dos flechas en un golpe
 Al alma enternecida ,
 Que por la vez primera
 Gimió de amor cautiva.
 Asi la aleve abeja,
 Que calla adormecida
 Entre los clavos de oro
 De una azucena altiva ,
 Hierde la triste mano
 Que incauta la registra ,
 Y en pos zumbando vuela
 A la otra flor vecina.
 Herida siento el alma ;
 Y el hijo de Cipriaa
 Celebra su victoria
 Cantando mi desdicha.
 No mas presuntuosa
 La astuta sierpe pica ,
 Erguido el rojo cuello,
 La planta que la pisa ;
 Y , revolviendo fiera
 La centellante vista ,
 Soberbia se envanece
 Y entre el ramage silba.

Sujeto á los rigores
 Que el crudo Dios me envía,
 Le pido que se duela
 De mi afliccion maligna.
 Y así me dice el falso:
 « Quien del amor se fia,
 Incauto y sin apoyo,
 Facil galan peligra.»
 Esclavo, esclavo triste
 De la altivez de Amira,
 En tanto que ella quiera,
 Arrastrarás la vida.
 Y aprende en tus pesares
 Que del amor las dichas
 Primero es merecerlas
 Y luego conseguirlas.»

La niña hermosa.

Mi nueva palomita,
 Cuando del nido sale
 A remedar el vuelo
 De su amorosa madre,
 Al bosque la acompaña
 Y á los laderos valles,
 Do en torpes movimientos
 Las tiernas alas bate.

Arrullos temerosos
Formar apenas sabe ,
Y, si muy alto vuela,
Temblando al suelo cae.
Mas esta palomita
Será quien á las aves
Mas lindas en primores
Y en vuelo se aventaje.
Nació con formas bellas ,
Los ojos de azabache,
Bordados con dos cintas
Mas rojas que corales:
Un pico como el oro
De tricolor esmalte ,
Y el pecho asaz dispuesto
Del viento á los embates :
Las alas poderosas
Lijeras y suaves ,
Y sobre todo en ellas
Un liberal plumage.
Y cuando el jilguerillo
Y el águila triunfante
De esta avecilla vean
Las formas desplegarse,
Perdiendo su prestigio
Le cederán iguales
El mas sublime espacio
De la expansion del aire.

Asi tú, Silvia hermosa,
 Honor del Manzanares,
 Espiga de oro puro,
 Tesoro de brillantes,
 Dominarás del monte
 A los profundos valles,
 Y hasta el alcázar fiero
 Desde la choza amable.
 Muy niña te presentas
 En salas imperiales,
 Y ya de celos gimen
 Tristísimas bellezas.
 Si el pie tímida guías
 En los soberbios bailes,
 Domina el atractivo
 De tu candor afable.
 Ya desde ahora luces
 El delicado talle,
 El rostro de hermosura
 Las gracias celestiales.
 ¿Te acecha atormentada
 La envidia vigilante,
 Y amores venideros
 Medita arrebatarte?—
 En ellos inocente
 No empleas tus afares;
 Mas Venus que te sirve
 Publica lo que vales,

Y ofréctete, en pensiles
 De rosas inmortales ,
 Las flores que la envidia
 Pretende destrozarte.
 De niña eres temida ;
 ¿Quién hay que á tí se iguale ?
 ¡Y quién será el dichoso
 Cuya ventura labres !

El dia de Filis.

Hoy torna , linda Filis ,
 La aurora apeteccida
 Que aumenta tu hermosura
 Y aun mas la pena mia.
 Hermosa humilde, reinas
 De nuevas galas digna ;
 Y la virtud que adoras
 Tu bello rostro anima.
 Ya las aves canoras ,
 Como nunca festivas ,
 En trinos se deshacen
 Celebrando tu dia.
 Mas bella el alba bella
 Sus perlas anticipa ,
 Y los helados campos
 De flores mil matiza.

El sol, por saludarte,
Parece se desquicia
Del eje sempiterno
De do la luz envia.
En tanto los zagales
Y las pastoras lindas
Absortos enloquecen
En inocente trisca.
O bien el baile de jan
Y moscatel te brindan:
Le pruebas y cien tazas
La rueda luego empina.
O ya tambien que trisques
Cobardes te suplican,
Y bailas é ignorante
Mil almas esclavizas.
¡Con qué donaire mueves,
Serrana hermosa mia,
Del breve circo enmedio
La planta fugitiva!
Si en tornátiles juegos
Gentil el cuerpo agitas,
¡Ay! ¡cómo el blanco traje
Al vago viento envias!
Del pecho los tesoros
Se ocultan á mi vista
So la nevada toca
Y las cruzadas cintas.

Mas, ¡ay! el pensamiento
 Osado los registra,
 Y el alma apasionada
 Que bellos que los pinta!
 Con morbidez suave
 Desnudo el brazo oscilas,
 Y en natural desmayo
 La sien gallarda inclinas.
 En languidez hermosa
 Tu penetrante vista
 Recorre con dulzura
 Lo que la planta pisa.
 El Céfiro halagüeño
 En torno á ti suspira,
 Y mece blandamente
 Tu cabellera riza.
 O ya se posa fácil
 En sola una sortija
 Que, en tu frente jugando,
 Su blanca nieve aviva.
 Y entonces donairosa
 Con tu mano divina,
 Sin que dejes la danza,
 Sepárasla de encima.
 ¡Ay! deja el baile, Filis,
 Déjale, por mi vida;
 Pues, á par que tú bailas,
 Me abraso en llama viva.

Así jamás los años
De la vejez marchita
Escondan la hermosura
Que en cuerpo y alma anidas.
Y humilde la fortuna
A tus caprichos sirva,
Y tus seguros pasos
Eternamente siga.

La vida de los pajarillos.

El pajarillo alegre
Se mece con las ramas
Del bosque, y sus amores
En ellas libre canta.
Señor del campo inmenso,
Las horas descansadas
Y el tiempo fatigoso
Entre delicias pasa.
Huyendo tardamente
Por las espesas hayas,
Al compañero avisa
Su gloria ya cercana:
Y, cuando el pico siente
En sus abiertas alas,
Con libertad se rinde
A las comunes ansias.

Si los rayos de Febo
Con su calor le abrasan,
Del árbol á la fuente
A refrescarse baja.
El hambre, gusanillos
Y frutas se la apagan;
La sed el agua pura
Que el suelo fértil baña.
Si duerme, el ceñirillo
Vela su sueño en calma,
Y aromas de las flores
En torno le derrama.
Si el rayo le amedrenta,
Si teme las borrascas,
Y el abrasado plomo
Silbando le acobarda,
Del mundo desconoce
Las vergonzosas tramas
Que el dolo á las virtudes
Colérico prepara.
Si el cazador impío
Las selvas no profana,
Su libertad, su dicha
¿Que Soberano ignala?
¿O quien tuviera, Filis,
Contigo y mi cabaña,
Del pajarillo alegre
La vida regalada!

Que todas las angustias
 Que él en el campo pasa,
 Al lado de una pena
 De la ciudad son nada.

LA AMISTAD.

Al Sr. D. Manuel Maria Cambronero.

En brazos de la suerte
 Llevado á tierra ajena,
 Donde el contento rie,
 La gloria y la riqueza,
 Donde prodiga el cielo
 Su misma omnipotencia,
 Ni fui dichoso, Fabio,
 Ni tuve mas que penas.
 Cuando la ansiosa vista
 Tendí la vez primera
 Por la opulenta corte
 Que al mundo señorea,
 Mentidas ilusiones
 Finjieron mi existencia
 Colmada de delicias
 Y libre de tormentas.
 Mas luego el desengaño
 Corrió la falsa venda

Del grato error, y entonces
 Vertí lágrima acerba.
 Un ay, un fiel suspiro
 Del fuego que alimenta
 El corazon, las ansias
 Que adormecí despierta.
 La espina del recelo
 El alma triste aqueja,
 Y la flor seductora
 Deshecha al aire vuela:
 Tu bondadosa imagen
 Me busca y me rodea
 En medio á los festines
 Y en medio de las selvas.
 ¿Qué vale, repétian
 Mis labios, que del Sena
 Contemple yo las ondas
 Correr al mar soberbias,
 Si mi doliente llanto
 Corre también con ellas,
 Si bajo el sol radiante
 Suspiro entre tinieblas?
 ¿Qué sirve á mis deseos
 Vivir la patria eterna
 De libertad, si oprimen
 Mi cuello las cadenas?
 ¿Qué importa en los altares
 De la moderna Atenas

Ver al olimpo alzarse
Las artes y las ciencias,
Si otros encantos pide
Mi pecho , á que no llegan
Del oro los prodigios,
Del sábio las tareas?
Sin los consuelos , Fabio,
De tu divina lengua,
El mismo bien me clava
Del mal la aguda flecha.
El mal me dura siglos,
Las glorias me envenenan,
Y Jove, á todos grato,
Contra mí solo truena.
Cien veces condolidos
Oyeron mis querellas
Los manes de la noche,
Las bóvedas etéreas:
Cuando improviso rayo
Junto á mis pies se estrella,
Trayendo de las iras
Toda la rabia inmensa.
Al pálido reflejo
De lívidas centellas,
La sierpe de la envidia
Silbando me rodea:
El mónstruo furibundo
De la calumnia negra

Con su sonrisa amarga
 La torva faz me muestra.
 Lloré, lloré: testigos
 Son, Fabio, de mi afrenta
 Los ecos de la historia
 Que mi dolor te cuenta.
 Un profundo jenido
 Lanzaba el alma tierna
 A la memoria dulce
 De la perdida prenda,
 Que tímida inocente,
 Llevada á ignota senda,
 Oyó como verdades
 Mentiras lastimeras.
 Mas todas mis angustias
 El sacro honor me cuesta,
 Que ennegrecer osáran
 Emponzoñadas fieras.
 Yo las perdono; el día
 De mi ventura nueva
 Amaneció brillante
 Sin la tendida niebla.
 Torné á mi patria hermosa,
 Veloz como la cierva
 Que busca el fresco río
 Para vengar la ofensa....
 Ya está, ya está vengada;
 Contra tu seno estrechas

Al pobre Anfriso, y borras
Hasta del mal las huellas.
¡Cuán descargada siento
Mi frente, que se eleva
Al cielo soberano
Tranquila y satisfecha!
Santa amistad, escusa
Mis lágrimas, y prueba
Uno de mis suspiros
Para estimar la ofrenda.
No quiero extraños climas
Buscar, si en tí se encierran
De la virtud los dones,
La gloria de las letras.
Tú, que en los siglos vives
Y el porvenir penetras
De las edades, oye
Mi noble prez sincera.
Si de constante amigo
El nombre no me niegas,
Del cielo las rejiones
Son á mi gozo estrechas.



LA DESCONFIANZA.

Cancion.

¡Oh! ; qué pena tan bárbara aflige
Sin cesar mi destino severo!
El tesoro de amor por que muero
No me dejan los hados gozar.
¡Oh! ; qué bien pequeñuelo jugaba,
No sintiendo de Venus el fuego!
Por el cielo, deidades , os ruego
Que á aquel tiempo feliz me volvais.
 ;Qué delicias entonces sentia
Sin cuidar de las rápidas horas,
Solo yendo las aves canoras
A enlazar silencioso en mi red!
;O sentado á la orilla del río
Con mi Delio las aguas mirando,
En su espejo con risa notando
Otros labios riendo á la vez!
 ;O ya en ellas tirando embebidos
Piedrecillas , que blandas se hundian,
Donde círculos breves nacian,
Y crecian en torno despues!
De la paz el contento gozando,
No turbaba el temor nuestra gloria;

Mas hoy dobla mi mal la memoria
De mi alegre tranquila niñez.

Nace el alba de grana cubierta,
Brilla el sol de sus rayos cercado,
Deja el cielo la noche entoldado,
Y yo siempre muricudo de amor.
Yo idolatro á Rosana la hermosa,
De virtud y de gracias modelo;
Mas ¿qué importa, que importa, si el cielo
Me condena á perpétuo dolor?

Idolatro la hermosa que humilde
Ostentar el orgullo no sabe:
Que en su pecho celeste no cabe
Con imperio cruel dominar.
Ella acepta mis dones señora;
Ella rie conmigo halagüeña,
Mas su madre feroz me desdenea
Y deshace sus votos tenaz.

Mi adorada respeta los lazos
De la sangre que hierve en sus venas,
Y, si siente mis bárbaras penas,
Cede al fin á la voz maternal.
¿Qué me importa que lllore y suspire,
Cuando triste suspiro y padezco,
Si su mano ¡ay de mí! no merezco,
No pudiendo á su madre ablandar?

¿Qué me vale adorar solamente
Y escuchar del amor el acento,

Sin aquel suspirado momento
 Que dos almas adana en placer?
 ¡Oh tormento cruel de mi vida,
 Que aborrezco frenético y lloro!
 No me brindes en copas de oro
 Tu invisible amarguísima hiel.

Cuando el sol del oriente se lanza
 A la bóveda inmensa del cielo,
 Así brilla en los montes de yelo
 Como quita el desmayo á la flor.
 Mas yo en vano á los vientos fatigo
 Con amantes sensibles clamores:
 Que á halagar unos tristes amores
 No descenden los rayos del sol.

La súplica.

¿Qué á mí del noto soberbio,
 Ni de la cárdena nube
 Que al lúgubre cielo sube
 Terror y muerte á lanzar?
 Ya no me aflige, deidades,
 El campo de estragos lleno.
 Ni oír retumbar el trueno,
 Ni ruir la tempestad.
 Silba en torno de mi frente
 El vendabal furibundo,

Retiembla agitado el mundo
 Por el gigante del mal:
 Y yo, Rosana querida,
 Yo entonces tierno te adoro:
 Solo á tí, solo te imploro
 Como á mi numen de paz.

Sobre mi se engendra el rayo,
 Y, fuego inmenso arrojando,
 Vá los espacios cruzando
 Cual Jabelina fugaz:
 Llama horrible me circunda
 Y hondo sepulcro me espera;
 Mas solo, al morir, me altera
 La imágen de tu beldad.

En otro tiempo contigo,
 Hermosa del alma mía,
 Por estas selvas corría
 Y por la playa del mar.
 Allí los dos generosos
 ¡A cuántos dimos consuelo!
 Allí curó nuestro cielo
 Las angustias de un zagal.

Eran tus leyes mi acento,
 Tu blanda voz me guiaba,
 Nuestro amor se sustentaba
 Con el bien de los demás:
 Ora la agena desdicha
 Y el placer me son iguales;

Ni ya evito de mis males

La conjuracion voraz.

¿Qué has hecho de mí, traidora?

¿De mi corazon qué hiciste? —

Otro en mi pecho pusiste ,

Como el acero , tenaz;

Pues ni á compasion se inclina,

Si contemplo al mar horrendo

En sus abismos humliendo

La riqueza occidental.

Un corazon me dejaste,

Preso en amarga memoria ,

Tan insensible á la gloria

Como al sabroso penar:

Un alma helada que apenas

Siente el amor de la vida ,

Y á quien de estarte rendida

Tan solo el ansia le das.

¡ Si en tanto conflicto al menos ,

Cómo el hado me depara ,

Piadosa la voz sonára

De tu boca angelical!

Pero ¡ ay de mí! sumergido

En perpétua desventura

Respiro no mas , perjura ,

Para quererte y llorar.

Vuélveme tu amor , ingrata ,

Aquel amor delicioso ,

Aquel inquieto reposo,
Aquel tierno suspirar;
O restitúyeme al día
En que, por ceñir tus lazos,
Dejé los amables brazos
De la benigna amistad.



CANCION PATRIOTICA.

CORO.

*Soldados ciudadanos
Del gran libertador,
La patria salvaremos,
Al grito de la union.*

1.^a

**Del uno al otro polo,
Renuevos de Pelayo,
Cruzó volando el rayo
De libertad y honor;
Y el céltico castillo
Donde alumbró primero,
Ya ostenta al orbe entero
La enseña tricolor.**

2.^a

**La gloria, amenazada,
Del morador del Sena,
Pasó la amarga pena
Al pecho del traidor:
Lanzóle de sus muros,
Y, al grito de victoria.
El iris de la gloria
Divisa el español.**

3.^a

Perdió su fuero el crimen,
Y saben ya los reyes
Que solo justas leyes
Del pueblo son la voz.
Ya no dorados hierros
Mendiga el triste hispano,
Del mísero tirano,
Por digno galardón.

4.^a

Rodando ven sus tronos
Los déspotas del mundo
Al bátratro profundo
Del fuego vengador;
Y en vano al cielo claman:
Que Dios los libres guía
Contra la raza impía
Que al orbe esclavizó.

5.^a

De los romanos muros
En la orgullosa cumbre
Tibia fugaz vislumbre
De libertad lució;
Y ya la turba inmensa,
Del cielo usurpadora,
La negra sangre llora
Del torpe corazón.

6.^a

Hundida en el abismo
De la infernal afrenta,
Solo por suyo cuenta
El merecido horror.
A sus rastreros ayes,
Al fúnebre alarido
Responde el estampido
Del hórrido cañon.

7.^a

Como vital sustento
En nuestra amarga suerte,
La copa de la muerte
Nos daba la Afliccion.
Mas la piadosa patria,
Vengando los agravios,
Retira nuestros labios,
Y el fuerte brazo armó.

8.^a

Eléctricos clamores
De dicha y de contento
Suspira el manso viento
Y el ponto bramador.
La patria, destinada
A esclavitud eterna,
Entona el himno tierna
De gloria y salvacion.

Al arma, noble pueblo :
Bastante ya sufriste
El duro peso triste
Del bárbaro rencor.
Al arma, compatricios ,
Esfuerzo en la pelea ;
Y nuestro norte sea
El bien de la nacion.

10.

Asaz de agenos rios
Crecimos la corriente
Con nuestro llanto ardiente
De justa indignacion :
Asaz con él bañamos
El pan de la amargura :
Sobrada desventura
Colmó nuestro dolor.

11.

La angustia prolongada
Con el valor vencimos ;
Y, si en la lid morimos ,
Morimos con honor.
Mas no: los humildiremos:
Que nunca fueron bravos
Los déspotas ó esclavos
De la servil faccion.

12.

A nuestro hogar volvamos
Con la guerrera trompa,
Y un solo brazo rompa
La frente al opresor.
Y al justo, á quien estorban
Hasta el secreto llanto,
Consuele el beso santo
De nuestro dulce amor.

13.

Sobre la altiva palma
Y en las humildes flores
Iguals resplandores
Refleja un mismo sol:
Alumbra á toda España
De libertad el fuego,
Y el despotismo ciego
Perezca á su fulgor.

14.

Las crines sacudiendo
Ansioso del combate,
El pie ferrado bate
Impávido el bridon:
Las armas abrazando,
Único amparo nuestro,
Contra el poder siniestro
Volemos con ardor.

15.

Las músicas marciales
 Que alegran nuestros pechos,
 A los peligros hechos,
 Aterrán al traidor.
 La plácida esperanza
 La antigua fuerza dobla,
 Y eléctrico redobla
 Su trueno el atambor.

16.

El sol resplandeciente
 Que nuestros pasos guía
 Es, dulce patria mía,
 De libertad el sol.
 En la contraria hueste
 La confusión domina;
 Pero en la nuestra *Mina*,
 Cual César y Escipión.

17.

Y allí sobre la almena
 En donde el crimen flota
 La banderola rota
 Del miedo gritador,
 El estandarte noble
 De libertad pondremos,
 Y al mundo anunciaremos:
 «*La libertad triunfó.*»

*Despedida.*1.^a

A Dios, fortuna mia,
 A Dios, mi gloria entera,
 ¿Quién evitar pudiera
 Esta partida, quién!
 Aunque la ausencia es corta
 Largas hará mis penas,
 Que tú, ó suerte, me ordenas
 Sin duda por mi bien.

2.^a

A mil amantes finos
 Amor ha arrebatado
 Del seno retirado
 Del plácido saber.
 Mas desde que te adora,
 Filis, el alma mia,
 Mi ardiente fantasía
 Amor y ciencias vé.

3.^a

Ya veo el lauro hermoso
 Que ceñirá mi frente.
 Filis, á Dios, consiente
 Que he de tornar con él.

21

Con él ante tus plantas
 Me inclinaré rendido,
 Y hasta oírte un gemido
 La frente no alzaré.

4.^a

Así el feliz guerrero
 Al campo de la gloria
 Volando, la victoria
 Alcanza sin baldon;
 Y vuelve y cariñoso
 Presenta á su querida
 La espada no vencida
 Y el premio del valor.

5.^a

Con la preciosa imágen
 De su adorada ausente
 Mayores bríos siente
 Gallardo el adalid;
 Del cañon cavernoso
 Placiéndole el zumbido,
 Que al ronco viento herido
 De horror hace gemir.

6.^a

Amor y tu hermosura
 Inflamarán mi mente:
 Amor me hará elocuente;
 Minerva me oirá:

Mis sienes coronando
 Riente y dadivosa,
 «Vuela á tu dulce hermosa,»
 Entonces me dirá.

7.^a

Y en las alas del viento
 Vendré yo presuroso,
 Sin encontrar reposo
 Hasta volverte á ver.
 La dicha que yo goce
 Aquel divino instante
 Tu corazon amante
 La puede ya entender.

8.^a

Ese alazan que miras
 Las crines sacudiendo,
 Parece estar diciendo,
 «Ven, vuela, monta ya :
 »Señales de mis huellas
 »No dejaré en el suelo ;
 »Para mirar al cielo
 »Ni á un tiempo te he de dar.»

9.^a

Montar, llegar, la palma
 Coger apetecida,
 Volver á tí, mi vida,
 Casi á la vez será:

Será un instante solo;
Y en él la suerte impía
Tu plácida alegría
No basta á marchitar.

10.

A Dios, hermosa mía;
Si vuelvo coronado
El lauro afortunado
Se humillará á tus pies.
¿Querrás que tuyo sea,
O Filis amorosa?
¿Querrás que sirva, hermosa,
De adorno á tu dosel?

11.

Esta lágrima sola,
Que amor por mí derrama,
Nacida es de la llama
De mi constante fé.
No temas que te deje
Mi pecho ni te olvide:
Si quieres pruebas, pide:
Sacrificarme sé.

12.

Si esta lágrima acerba,
Si este gemido mío
Un necio desvarío
Tornase en falsedad,

Amor, amor permítame
Que yo el despojo sea,
Y que morir me vea
Sin alcanzar piedad.

13.

¡Mas tú, mi bien, suspiras!
¿Tambien, ó Filis, lloras?
Si es cierto que me adoras
No debes de llorar.
A Dios, detén el llanto:
Esquiva esa amargura,
Y piensa en la ventura
Que nos aguarda ya.

A una niña hermosa.

El color puro
De linda rosa,
Cuando graciosa
Comienza á abrir,
Junto á tu cara
¡Cuál desmerece!
Negro parece
Junto á carmín.

De la azucena
La limpia nieve
No, no se atreve
A competir

Con los albores
Que en tu faz bella,
Naciente estrella,
Veo lucir.

Si con los ojos
Pides al cielo
Breve consuelo
De tu jemir,
Tal luz despiden
Lánguidos, bellos,
Que yo por ellos
Amo el morir.

Hablas ¡ay Filis!
Y con tu acento
Un gozo siento
Dentro de mí,
Que dulcifica
Todas mis penas,
Y las cadenas
Que me ceñí.

Toda eres gracias,
Toda tú hermosa,
Mas que la diosa
Que en Chipre ví;
Mas que las flores
Que mayo adora,
Y que la aurora
Mejor de abril.

Yo no sé.

¿Por qué, Clori,
Tan callada,
Triste escuchas,
Dí, mis ansias,
Y los ojos
No levantas,
Y á mi ruego
Te desmayas?
¿Dime, hermosa,
Dí, por qué?
No lo sé.

¿El Dios lindo
De la aljaba
Con sus flechas
Te amenaza?
¿A tu frente
Las dispára?
¿O en el seno
Te las clava?
¡Ay! ¿suspiras?
¿Acerté?
No lo sé.

Decir quiero,
 Mi adorada,
 Flor que adornas
 La comarca,
 Si te envidian
 Las zagalas
 Los amores
 Que me callas.
 ¿Sin los tuyos
 Moriré?
 No lo sé.

Dime, Clori,
 ¿Quién te manda?
 ¿Quién visita
 Tu cabaña?
 ¿Por alguno
 De la Guarda
 Te desvelas?
 ¡Ay ingrata!
 ¿Y su nombre?...
 Juro á fé....
 No lo sé.

¡Qué tristeza
 Que te causan,
 Clori bella,
 Mis palabras!

¿Mis preguntas
Ya te enfadan?
¡Ay! ¡no puedo
No mentarlas!
Amor mio,
Callaré?
No lo sé.

¿Es tu madre
Tu madrastra?
¿Te castiga
Porque amas?
¿Algun novio
Te prepara
Que aborreces
Por sus canas?
Adivino?
Lo sabré?
No lo sé.

Dos zagales
Te idolatran,
Que te dicen
La alborada,
Con zampoñas
Y con flautas
Y con versos
Que te cantan.

¿Sus agravios
Temeré?

No lo sé.

El que menos
Dos mil mansas
Guia al seto,
Cuando el alba
Rubia dora
La montaña,
Y esas mismas
Vuelve á casa.
Yo soy pobre;
Ganaré?

No lo sé.

Yo te adoro,
Prenda cara;
Por tí muero,
Tú me matas;
Por tí visto
Pielles blancas;
Por tí pago
Las lumbradas;
¿Desamado
Moriré?

No lo sé.

A tí invoco
Cuando raya
El sol bello
La mañana.
En el pecho,
Clori, guardas
La ventura
Que me falta.
Me la ofreces?
¿Qué escuché?
No lo sé.

¡Ay! que el llanto
Con que bañas
Tus mejillas
Sonrosadas,
¡Es de enojo
Bella ingrata!
¿Tantas preces
Me son vanas?
¿Do con ellas
Triste iré?
No lo sé.

Al abismo
De la nada
Mi existencia,
Clori, baja,

Si mis penas,
Mi constancia
Con tu boca
No me pagas:
¿Sus delicias
Probaré?

No lo sé.

Si me ocultas,
Clori amada,
Lo que sientes
En el alma,
Dame al menos
La mirada
Que mis dudas
Satisfaga.
¿Compasiva
Te veré?

No lo sé.

Como el yelo
Se desmenuja,
De tus ojos
Fuego lanzas.
Linda Clori,
Mi zagala,
¿Leo en ellos
Mi desgracia?

¿Qué respondes,

Linda, qué?

No. Lo sé.

La impaciencia.

No tardes, bien mio;

Que muero de amor.

No bien de la noche
Las sombras huyeren,
Y apenas lucieron
El campo y la flor,
Por ti á sus orillas
Me vió la corriente
Verter floro ardiente
Que el suelo regó.

No tardes, bien mio;

Que muero de amor.

Mostróse la aurora
Cubierta de graua;
La vega lozana
Tambien se mostró.
Mostráronse en ella
Mil dulces pastores,

De sus mil amores
Gozando el favor.

*No tardes , bien mio;
Que muero de amor.*

El sol ya colora
Las aguas del rio;
Y yo en vano ausío
Que brille mi sol.
O linda pastora,
¿Quedaste dormida,
No oyendo , afligida
Mi lánguida voz ?

*No tardes , bien mio;
Que muero de amor.*

En tanto que bailan
Con dulce contento,
Y da vida el viento
De la flauta al son,
Yo aquí recostado
Llorando suspiro,
Y loco deliro;
Muriéndome estoy.

*No tardes , bien mio;
Que muero de amor.*

No tardes; que muero
 De envidia, mirando
 A Delio gozando
 Las dichas del Dios;
 Al verme yo solo
 De tí separado,
 Al ver que olvidado
 Seré con rigor.

*No tardes , bien mio;
 Que muero de amor.*

No cruda perunitas
 Que solo me vea;
 Que la burla sea
 De tanto pastor.
 En tanto que humilde
 Te ruego importuno,
 Zagal no bay ninguno
 Que alabe mi amor.

*No tardes , bien mio;
 Que muero de amor.*

¡Ay! mientras que bailan,
 Se dicen por señas
 Que ¡ingrata! desdeñas
 Mi triste pasion.
 Me miran , riendo
 De su bien al lado,

¡Y sufro angustiado
Tan negro baldon!

*No tardes, bien mio;
Que muero de amor.*

Amiro, el preciado
De bello y pulido,
Mi rostro adijido
Burlon remedó,
Diciendo »no hay Filis,
Serás infelice»...
Mas lo que él me dice
No lo creo yo.

*No tardes, bien mio;
Que muero de amor.*

¡ Los otros tañendo
Y alegres burlando
Y yo suspirando
En cruda afliccion!
¿ Los otros gozando
De amor la ventura,
Y yo en la amargura
Viviendo? ¡ Oh dolor!

*No tardes, bien mio;
Que muero de amor.*

¡Ay! ven, dulce mía,
 Y alivia el quebranto
 Que nuestro en el llanto
 Del fiel corazón:
 Que entonces yo, hermosa,
 Daré embebecido
 Mi pena al olvido
 Y haré el burlador.

*No tardes, bien mío;
 Que muero de amor.*

La insinuacion.

*No temas, bien mío;
 Que yo se callar.*

Aquí en la alameda
 Sin testigo estamos,
 Y los dos gozamos
 Feliz libertad.
 Premiar nuestras ansias
 Tranquilos podemos:
 Aquí no tenemos
 Socz murmurar.

*No temas, bien mío;
 Que yo se callar.*

Tan solo se escucha
 La clara corriente
 Que mece el ambiente
 Con soplo galan.
 Gocemos, gocemos,
 Y nuestra fortuna
 Que envidie la luna
 Con lánguida faz.

*No temas , bien mio;
 Que yo se callar.*

Los lobos no abullan
 Y duerme el ganado,
 Y está descuidado
 Mi buen mayoral.
 La selva está oscura,
 Y no estos amores
 Los demas pastores
 Sabrán sospechar.

*No temas , bien mio;
 Que yo se callar.*

¡Ay! dame la dicha
 Que impaciente espero;
 Sino yo me muero
 Con tanto penar.
 La noche es la vida
 De tiernos amantes:

Tan dulces instantes
No dejes pasar.

*No temas , bien mio;
Que yo se callar.*

Tú sola á este bosque
Primera has huido,
Y yo te he seguido
Tal vez por mi mal.
¿A amarme venias,
Y ahora recelas?
Por Dios , que te duclas
De un triste zagal.

*No temas , bien mio;
Que yo se callar.*

Levanta los ojos,
Los labios desplega,
Y á los brazos llega
De quien sabe amar.
Y nuestros suspiros
Sensibles unamos,
Y una vez venzamos
La suerte fatal.

*No temas , bien mio;
Que yo se callar.*

Un recuerdo.

*Ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.*

Vagando en las calles
Que forman aquellos
Arbustos tan bellos
Del fresco pensil,
Do brillan las flores
Y encantan las aves,
Filena, bien sabes,
¡O gozo sin fin!

*Que ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.*

Ayer escuchando
Tu voz melodiosa,
La angustia amorosa
Que sufro por tí,
Filena, en mi pecho
Cual llama encendida,
Del viento movida,
Crecerla sentí.

*Ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.*

Ayer en tus ojos,
 Mi dulce ventura,
 Piedad y ternura
 Mirando, jemí.
 Y, ardiendo en los mios
 De Venus el fuego,
 Al tímido ruego
 De amor me atreví.

*Ayer á tu lado,
 Ayer fui feliz.*

De asirte á mi brazo
 Me diste el contento,
 Y el dulce tormento
 Del gozo ¡ay de mí!
 Me embarga el sentido,
 Los labios me prende,
 Y el rostro me enciende
 Ya tinto en carmin.

*Ayer á tu lado,
 Ayer fui feliz.*

De amor y respeto
 Y oculta alegría
 Mi pecho sentia
 Cobarde latir;
 Y en largo silencio
 Llevé la memoria,

Pensando en mi gloria
Mil veces y mil.

*Ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.*

Mil veces pensaba
Mostrarte mi pecho
De amores deshecho;
Mas, ¡ay infeliz!
Llegado el instante,
Miedoso temblaba,
Y á hablar no acertaba;
Mas, viéndote á tí,

*Ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.*

Al fin te despides
De mí, sonriendo,
Los ojos moviendo
Con aire gentil.
Y, yo, enagenado,
No sé si mi acento
Aquel pensamiento
Te pudo decir.

*Ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.*

Hoy vuelvo , mi amada ,
 Al bosque florido ,
 Do quiera Cupido
 Mis votos oir.
 Allí yo te vea
 Cual rosa , lozana ,
 Y pueda mañana ,
 Del alba al reír ,

*Cantar que á tu lado
 Ayer fui feliz.*

La duda.

¿A dónde mis pasos
 Tan ansioso guío ?
 ¿O en cuál devario
 Se pierde mi amor ?
 Acudo temblando
 A ver mi adorada ,
 Que ayer enojada
 Mis ansias burló.
 ¡O prado risueño !
 ¡O plácida fuente !
 ¿Por aquí mi ausente
 No visteis pasar ?

¿ Los ojos al cielo

Sensible elevaba?

¿ O dulce invocaba

Un tierno zagal?

¡ Ay ! por ver si calmo

Sus fieros rigores ,

Un ramo de flores

Le llevo á mi bien.

Si enlaza con ellos

Su frente preciosa ,

Será venturosa

Mi suerte cruel.

¿ Pudiera irritarla

Mi sola presencia?

¿ Y yo su clemencia

Pudiera lograr?

¿ O tierna y benigna

Con dulces abrazos

En sus tiernos brazos

Me querrá estrechar?

Yo tiemblo y suspiro:

Que el alba colera.

Mi bien , mi pastora

Ya debe llegar.

¿ Mis dulces amores

Le diré atrevido ,

O á sus pies rendido

Gemiré no mas?

Así un pastorcillo
Por un fresco prado ,
De amores llagado ,
Cantaba infeliz ,
Cuando su zagala ,
Como el alba bella ,
La triste querella
Le oyó repetir.

Y apenas tocando
La pura esmeralda ,
Se llega á la espalda
Del triste pastor :
Y quieta y cuidosa
Quitándole el ramo ,
Gritó «yo te amo ,
¡Ay , tú eres mi amor!»



Un juego.

*¿Esta linda rosa
Ves, Filis, aquí?
Si á alcanzarla llegas
Será para ti.*

*¿No ves que frescura,
Que gajo matiz
De púrpura y nieve
Presenta gentil?
En tu blanca mano,
Que envidia el marfil,
O al pecho prendida
Pudiera lucir.*

*Si á alcanzarla llegas
Será para ti.*

*Mil dulces esencias
Verterá de allí,
Que ansiosa respire
Mil veces y mil.
Y al centro escondido
Del alma feliz*

Irán exalando
Delicias sin fin.

*Si á alcanzarla llegas
Será para ti.*

¿No ves que pimpollo?
Envidiale abril.
Sin él las praderas
Son yermo ruin.
¿Qué son á su lado ,
Qué valen, me dí,
Las flores que esmaltan
Tu pobre pensil?

*Si á alcanzarla llegas
Será para ti.*

Ven, Filis, acude ,
Ven, Filis , á mí ,
Y alcanza la rosa ,
Ven , tócala , sí.
¿No ves como quiere
Volar ácia tí?
Con poco que saltes
La puedes asir.

*Si á alcanzarla llegas
Será para ti.*

Conoce y estima
 La niña el ardid,
 Y amante se acerca
 Sin poder fingir.
 A entrambos devora
 Ardor juvenil,
 Y ansian entrambos....
 No lo sé decir.

*Si á alcanzarla llegas
 Será para tí.*

Mas ella, anhelando
 De amores morir,
 Quitóle la rosa
 Con mano sutil.
 Metióla en el seno
 Y huyó del jardín
 Al bosque vecino,
 Diciéndole así:

*«Si coges la rosa
 Será para ti.»*



El jilguerillo.

Jilguerillo ,
Tus amores
En las flores
Del jardin
Cantas dulce
Con mil pios :
Yo los mios
Siento en tí.

Cuando en trinos
Mil suspiras ,
Tú me inspiras
Tal placer ,
Que yo adoro
Mas ardiente ,
Nuevamente
Sé querer.

En tu dulce
Melodía
La alegría
Del amor
¡Ay! aprenda
Solamente.
Mi doliente
Corazon.

¡Ay! no cantes

De la ausencia
La inclemencia
Y el penar.
Y mis ruegos
No desdeñes;
No me enseñes
A llorar.

Si tu gimes
Amoroso,
Delicioso
Gemiré.
Si tus quejas
Das al viento,
Mi tormento
Lloraré.

A tu amada
Rodeando,
Y cantando
Con fervor,
Y mordiendo
Sus alitas
¡Cuál imitas
Tú mi amor!
Y cual linda

Se recrea,
Y aletea
Con tu ardor,

Asi Filis
Se inflamaba ,
Y agitaba
Mi pasion.

De una á otra
Rama vuelas ,
Te desvelas ,
Colorin ,
Por tu amada ,
Y euloqueces
Muchas veces,
Al gemir.

Asi inquieto
Discurría
Por la umbria
Del vergel
Yo, lloroso
Y angustiado ,
Besamado
De mi bien.

Mas vi luego
Mi querida,
Parecida
Como un Dios,
En la senda
De aquel prado ,
Muy pintado
Por la flor.

Y del pecho

La tristeza

Su belleza

Me quitó;

Y á mi loca

Fantasia

La alegría

Devolvió.

¿Tus ojitos,

Tristes, bellos,

Son aquellos

Que ayer ví,

Arterillos

Y graciosos,

Amorosos

Relucir?

Ya amanece,

Compañero

De mi fiero

Desamor,

Ya amanece

Tu ventura,

Con luz pura,

Como el sol.

Deja alegre

Tu jemido,

Compunjido

Del pesar.

Tu jilguera
 Verte ansía,
 Cerca pia,
 Llegá ya.

Mientras grata
 La corriente
 De la fuente
 Del pensil
 Los pies baña,
 Tortuosa,
 De la rosa
 Y el jazmin,
 Canta dulce
 Bienandanza
 Y esperanza
 De sentir
 Los deleites
 De Cupido
 Sobre el nido
 Que está aquí.

Entre hojitas
 Negreando,
 Y oscilando
 Junto á mí,
 Me recuerda
 Suelto lecho,
 Donde el pecho
 Fue feliz.

Breve cuna
De avecillas,
Do roncillas
No verás,
Preto el rauda
Movimiento
En mas lento
Tornarás.

A Dios plegue
Que el jilguero
Placentero
Vuele á tí:
Y á tu abrigo
Su adorada,
Cobijada,
Jima allí.

Con tu prenda
Venturoso,
Silencioso
Jemirás;
Mientras suena
Ronco estruendo
Del horrendo
Triste mar.

En tus goces
Embebido,
Su bramido
Perderé.

Y, al ver todas
Vuestras dichas,
Mis desdichas
Sentiré.

O tormentos
Que aun adoro,
Mientras lloro
Tanto azar,
Es mi alivio,
Mudo cielo,
Sin consuelo
Suspirar.

La dicha.

¡Preciosa aurora,
Divino instante,
Cuando anhelante
De amor jení,
Los ojos viendo
De mi adorado,
Que enamorado
Jinió por mí!
Sol que alumbraste
Tan claro día,
Tú el ansia mía
Viste nacer ;

Y aquí en mi pecho
Que » amor » esclama,
Tu misma llama
Sentiste arder.

O sol benigno,
Siempre mi mente
Tu luz fulgente
Bendecirá:
Que , aun moribundo,
Dalmiro hermoso ,
Tierno y gozoso
Me adorará.

Dalmiro mio ,
Los sinsabores
De los rigores
Vencimos ya.
Huyóse el tiempo
De la venganza ;
Dulce esperanza
Nos colma igual.

Mar proceloso
Los dos pasamos;
Pero tocamos
Puerto feliz ,
Y ora vivimos
Libres , mirando
A do bramando
Nos quiso hundir.

Tras de nublado
 Tempestuoso,
 Muy mas hermoso
 Reluce el sol.
 Despues de un triste
 Largo tormento,
 Mayor contento
 Nos dá el amor.

¡Qué bien se cogen
 las bellas flores
 De mil colores
 En el pensil!
 ¡Qué bien tu aliento
 Dulce respiro,
 Bello Dalmiro,
 Frente de tí!

Cuando no miro
 Tus negros ojos,
 ¡Cuántos enojos
 Suelo sufrir!
 Mas ¡ay! al verlos
 Veo mi vida,
 La paz perdida
 Se torna á mí.

Y el bien divino
 Que aquel momento,
 Trémulo, siento
 Con vivo ardor,

Al de mil tronos
Juntos escede ;
Tan solo puede
Gozarle un Dios.